



Coffee Sugar

Un lugar para empezar



Ariadna Baker



Coffee Sugar. Un lugar para empezar.

Ariadna Baker.

©Febrero, 2020.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Las ocho de la mañana y como cada día estaba abriendo las puertas de mi pastelería “*Coffee Sugar*”.

Tenía unas ojeras que me llegaban al suelo y una tristeza que no conseguía borrar de mi cara. Era un momento muy duro para mí, pues me había llevado la mayor decepción de mi vida, una de esas que no esperas sentir en ningún momento y menos en aquel.

Hasta el día anterior estaba llena de sueños y planes de futuro que se habían desvanecido de golpe.

Los tres últimos años había vivido con mi novio Edu, en un piso que alquilamos y después compramos gracias a que el banco me concedió el crédito, ya que trabajaba en una cadena de supermercados muy importante y estaba fija.

Edu tenía un apartamento a su nombre en un pueblo, pero lo había alquilado a una pareja, así que el que habitábamos lo compré a mi nombre, aunque lo pagaríamos los dos.

Un día tuvo la brillante idea de montar una pastelería con tartas, dulces y *cupcakes* para eventos, además de para venderlos allí mismo, dado que estaba provista de una zona de cafetería.

El préstamo para el negocio lo solicité también yo. Se suponía que lo íbamos a pagar entre los dos y como él trabajaba de eso, pues lo tendríamos más fácil para hacerle frente.

Dejé mi trabajo en el super en el que, como dije, estaba fija. ¡Adiós estabilidad! Trabajé con la ilusión de levantar ese negocio que era para ambos y, un mes después, me dijo que se enamoró de alguien. Por lo visto, de la noche a la mañana, ya no podía seguir conmigo y se iba, dejándome pagando sola el piso, además de teniendo que hacer frente a la pastelería y al crédito que se solicitó para ella, sin nadie que me pudiera apoyar.

¿Cómo me sentía? Al borde del precipicio...

Rota por la decepción y el dolor de ver marcharse con otra al hombre que amaba, al igual que aterrada con la idea de no poder defender la pastelería, ni pagar esos créditos que podían dejarme endeudada de por vida, llevándome a la completa ruina.

Mi padre falleció cuando yo tenía diez años y mi madre unos años después, cuando yo cumplí la mayoría de edad, se enamoró de un hombre de Turquía, se lió la manta a la cabeza y se fue con él. Me dejó con mi abuela, que murió un año antes de irme a vivir con mi novio, así que estaba más sola que la una y con un miedo que me paralizaba a mis veintisiete años.

Lo bueno es que nosotros las tartas, dulces y *cupcakes*, los encargábamos a una fábrica y nos llegaban diariamente recién hechos, al igual que el pan, así que solo tenía que venderlos y atender la zona de la cafetería, lo que suponía que quizás pudiera seguir adelante.

En ese momento no tenía dinero para pagar a alguien que me ayudara en el negocio, así que necesitaba hacer el máximo esfuerzo para que no se notara la falta de personal.

Lo mejor era que solo había la barra y tres mesas, realmente mis clientes venían a comprar los dulces o el pan o a encargar tartas y *cupcakes* para algún evento.

No me podía creer lo injusto que había sido Edu y lo más doloroso de todo fue que me dio la sensación de que se marchaba sin remordimientos.

Comenzaron a llegar los primeros clientes a por el pan y yo estaba lista, con mi pequeño delantal en la cintura y una sonrisa que escondía el hecho de que la procesión iba por dentro.

Para colmo estaba en una ciudad que no era la mía y no tenía ni amigas, a lo sumo conocidas de preguntar un “¿cómo estás?” o de darte los buenos días, buenas tardes o noches, así que todo a mi alrededor me resultaba más que deprimente.

Me estaba agobiando tanto con los pagos que se me vino a la cabeza la idea de alquilar una habitación de mi casa. Así lograría un ingreso extra, una ayuda mensual para vivir un poco más desahogada y afrontar mejor el pago de la hipoteca.

Ese día trabajé como una leona, intentaba no pensar. No había tiempo para eso y afortunadamente no me fue nada mal.

Eso sí, llegué a casa reventada y me tiré en el sofá nada más llegar.

Miré una aplicación en el móvil por el tema del alquiler de la habitación y puse un anuncio. No tenía que pensarlo, tenía que hacerlo antes de que las deudas acabaran conmigo.

No tardaron en preguntar, pero comencé a descartar hasta que un mensaje llamó mi atención.

“Hola. Sé que te llegaron mil ofertas para alquilar la habitación, pero me encantaría que antes de decidirte me dieras la oportunidad de hablar personalmente contigo”

Joder, parecía una súplica, pero era un hombre y no sabía yo si iba a ser muy arriesgado. Eso sí, por conocerlo y echar un primer vistazo, no perdía nada.

Le devolví el mensaje.

“Hola, estaré mañana todo el día en *“Coffee Sugar”* en la misma calle del piso cuya habitación alquilo. Puedes pasar por allí de ocho de la mañana a siete de la tarde. Gracias.”

Me metí en la ducha y me preparé un sándwich de pollo. Estaba molida, necesitaba dormir temprano, todo con tal de no pensar, aunque era inevitable hacerlo. El daño que me había causado Edu era demasiado grande.

Por la mañana me fui directa para abrir el negocio donde me tomé el primer café mientras miraba hacia fuera. El que había amanecido era un triste día de otoño y las primeras hojas comenzaban a caer de los árboles. Para más inri, chispeaba de forma intermitente.

Tenía ganas de llorar, me causaba mucha tristeza ese día gris mezclado con los sentimientos que anidaban en mi corazón. El dolor de seguir amando a Edu, a pesar del daño tan grande que me había causado, me sobrepasaba.

Un chico entró a la pastelería mirando un poco inseguro.

— Hola — sonreí.

— Hola ¿Hablé contigo anoche por lo del tema de la habitación?

— Sí — extendí mi mano — Me llamo Valeria.

— Hola — me apretó la mano con firmeza mientras me miraba a los ojos — Soy Thiago.

— ¿Un café?

— Claro, gracias.

Se sentó en la barra mientras se lo preparaba.

La primera impresión que me dio fue que se trataba de un chico simpático, de unos treinta y pocos años, educado, correcto y muy guapo.

— ¿Y bien? — puse el café en la barra — Me llamó la atención tu mensaje.

— Tengo un marrón impresionante — sonrió, negando mientras se mordisqueaba los labios.

— Ya somos dos — murmuré en voz alta, sonriendo con tristeza y volteando los ojos.

— Vaya, espero que estés bien — apretó los dientes.

— Tranquilo, nada que no se solucione tirándome de una buena azotea — bromeé.

— No por Dios, si no me tiré yo...

— ¿Mal momento?

— Muy mal momento, de esos inesperados que te parten la vida en dos en un segundo — volvió a apretar los dientes.

— ¡Cómo me suena! — ladeé la cabeza y le hice un gesto de que se esperara, que iba a atender.

Mientras atendía a la clienta no pude evitar pensar que ese chico tenía una mirada muy limpia, me transmitía una onda genial.

Volví junto a él y me preparé otro café para mí.

— Y bien ¿por dónde íbamos?

— Pues eso, te decía que estoy en un mal momento. Mi mujer me dejó hace dos días y me puso de patitas en la calle, ya que esa casa era regalo de sus padres. Nuestro hijo Nico de cinco años se queda con ella y vivimos en la calle de ahí atrás. No encuentro un piso para alquilar y, para comprar, necesito tiempo que me permita buscar tranquilo, así que en cuanto vi lo de la habitación que alquilabas... Pues eso, que no lo tenía en mente, pero me pareció una excelente oportunidad, al menos por un tiempo, hasta que encuentre algo por aquí. No quiero estar lejos de mi hijo — los ojos le comenzaron a brillar, parecía que mientras sonreía iba a romper a llorar.

— Vaya, lo siento mucho.

— Eso sí, trabajo desde casa, soy *Community Manager* — apretó los dientes.

— En tu habitación puedes estar el tiempo que quieras, incluso en el salón y la cocina, no hay problema por ello. Por cierto ¿Qué es un *Community Manager*?

— Te lo explicaré con mi caso concreto. Le llevo las redes a personas influyentes o comercios que quieren tener mayor visibilidad, consiguiendo así que obtengan más resultados.

— Una cosa — levanté la ceja — te acepto como inquilino siempre y cuando me eches un cable — reí — A mí me dejó mi novio hace dos días también y de regalo me quedé con la hipoteca, el crédito de la pastelería y asustada por lo que pueda pasar.

— Lo siento... Y no dudes que te voy a crear la mejor página de Facebook y de otras redes.

— Tranquilo, uno a uno, estamos empatados — reí para romper ese momento tan triste — Y lo de las redes te lo agradezco enormemente, cualquier ayuda será buena.

— Yo ya tengo todo en un trastero, solo me llevaré la ropa de esta temporada y los medios técnicos de trabajo.

— Pues cuando quieras — había empatizado a tope con él.

— Esta misma tarde si es posible — frunció el ceño.

— Por supuesto, yo salgo a las siete.

— Vale, esta misma tarde, al llegar, te pago el mes y la fianza.

— Tranquilo — sonreí.

Fue a sacar el dinero para pagar el café y le dije que no, insistió mucho y le pedí que esa vez no, que para la próxima.

Quedamos en vernos a las siete en la puerta del bloque y lo cierto es que me quedé encantada de haberlo recibido y aceptado. Se notaba que era una persona muy sana, muy correcta y que sería hasta buena compañía.

Pues ya con eso podría pagar la mitad de la hipoteca, todo un alivio para mí y además ese chico me transmitía tranquilidad.

Aquella jornada también sobreviví a llevar la cafetería sola. Salí muerta, pero la caja que conseguí me motivó bastante.

En la puerta del bloque estaba Thiago, con tres maletas y un par de cajas, lo ayudé a subirlas.

Le enseñé la casa, le indiqué cuál era su baño, ya que había dos en la casa, su habitación, que era bastante amplia e incorporaba como una zona de estudio, y la cocina, en la que le dejé bastante hueco, tanto en el frigorífico como en los muebles.

— Bueno, pero que sepas que no tengo ningún problema en que pilles lo que te apetezca de mi comida, además soy muy exagerado — sonreía.

— Tranquilo, aquí realmente solo ceno, al mediodía me quedo en la pastelería y me como cualquier cosa que compre en el super o en los alrededores — sonreí — Por cierto tengo hecho un caldo de pollo con verduras para cenar ¿Te apetece?

— Claro, mañana me encargo yo de la cena ¿Te parece?

— Por supuesto, a eso no puedo negarme — hice un gesto de cansancio — Ve poniéndote cómodo mientras me ducho y preparo la cena. Coloca tranquilo lo que quieras.

— Gracias — sonrió con ese gesto noble y de buena persona que tenía.

— No hay de qué — le devolví la sonrisa — Ya sabes que tienes tu baño para que coloques lo que quieras, acomódate.

— Claro — no dejaba de sonreír, era un encanto.

Entré en la ducha con un buen rollo impresionante, ese que Thiago transmitía con su presencia, con su nobleza y con su tacto. Tenía unos valores y una educación que saltaban a la vista.

Cuando salí me puse a preparar los cuencos de caldo y la mesa. No tardó en salir ya

cambiado, con un pantalón de chándal gris claro y una camiseta de mangas largas blancas.

Al momento, ya estaba ayudándome.

— Este caldo huele demasiado bien — dijo cuando se sentó en la mesa.

— Espero que no te decepcione el sabor — sonreí.

— Imposible, huele que alimenta — decía sonriente, mientras movía con la cuchara el caldo para que se enfriara — Han perdido a una gran mujer — dijo refiriéndose a mí.

— Bueno, no será tanto cuando no lo dudaron — negué volteando los ojos.

— Conmigo tampoco lo dudaron — rio, mirándome con esa tristeza que estaba soportando y que yo entendía a la perfección.

En realidad, yo era muy espiritual y pensaba que la vida nos había unido para que entre nosotros nos ayudáramos a superar una situación tan desalentadora y dolorosa. Sentir que tienes a alguien ahí para charlar, para desahogarte, a una persona que quizás pueda convertirse en un buen amigo de esos que se conservan para siempre, reconforta. Y yo lo necesitaba.

Tras la cena me acosté, pues no podía más. Thiago se fue a montar el ordenador, advirtiéndome que al día siguiente se iba a poner manos a la obra para dar visibilidad a mi negocio. Se lo agradecí en el alma.

Capítulo 2



Estaba lloviendo a mares y no me apetecía salir para nada, pero el deber mandaba...

Al salir de casa sentí cómo Thiago estaba tomando una ducha en su baño y le dejé una nota diciendo que cogiera todo lo que necesitara para desayunar, que no se preocupara por nada.

Menos mal que tenía la pastelería relativamente cerca y con una buena carrera llegaba rápido.

Abrí y no tardó en llegar un vecino mayor que venía cada día a por el pan.

— Buenos días, Valeria. Tenemos mal tiempo.

— Buenos días, Juan. Al mal tiempo, buena cara — sonreí mientras le daba su barra de centeno.

— Hoy me voy a tomar un cafecito aquí, apretó mucho la lluvia.

— Claro, siéntese, Juan. Ahora mismo le pongo uno como a usted le gusta.

— A mi mujer le encantaban los días de lluvia, se sentaba en la butaca, al lado de la ventana, y se pasaba las horas mirando hacia fuera — decía, recordándola.

— A mí también me gusta disfrutar de la lluvia, pero desde casa — sonreí — Venir a trabajar con un día así es deprimente — apreté la cara, produciéndole una sonrisa mientras le ponía sobre la barra el café.

Aproveché que estaba la cosa tranquila para tomarme uno con él mientras charlábamos. Era un señor al que me daba mucha alegría escuchar, aunque se le notaba apesadumbrado por la pérdida de su mujer, con la que había pasado muchísimos años, como decía él, toda una vida.

A la una de la tarde apareció Thiago por la cafetería con una bolsa en la mano.

— Buenas tardes, qué sorpresa — sonreí.

— Buenas tardes, Valeria — sonrió — Me fui bien temprano al super y aproveché para hacer una buena compra y me puse a cocinar. Te he traído unas lentejas que me han salido riquísimas, además de unas empanadillas — me dio los envases dentro de una bolsa.

— ¡Gracias! — los cogí emocionada.

— No hay de qué, espero que te gusten. Ahora me voy que me espera mucho trabajo y quiero comer pronto para ponerme a ello — me hizo un guiño.

— Muchas gracias — sonreí negando emocionada por ese detalle que había tenido.

Las lentejas estaban espectaculares, al igual que las empanadillas de atún y tomate hechas por él.

Había tenido un gesto que jamás lo tuvo mi ex conmigo. Me pareció precioso, eso o que yo estaba sola hasta no poder más y cualquier cosa que hicieran por mí la consideraba un regalo de Reyes.

Por la tarde llegué a casa y un rico olor me vino de golpe.

— Hola. ¿A qué huele? — hice un gesto de gustarme.

— Hola, Valeria. A una vela de las que no se encienden si no quieres, de esas que dejan la casa con un olor a vainilla exquisito, que se mantiene mucho tiempo.

— Joder, eso no lo sabía, pues es todo un acierto.

— Tengo la cena lista para luego, prepararé una crema de verduras y unos huevos rellenos.

— Al final te voy a tener que pagar yo — sonreí y fui a la nevera a coger un refresco — Joder ¿Has asaltado al super? — me quedé alucinada.

— Casi, además que lo haré siempre, por eso no te preocupes, de la comida me encargo yo.

— Ah no, te doy la mitad cada vez que vayas o no hay trato.

— Para nada, de eso ni hablar, solo te digo que no preguntes y cojas lo que quieras, todo lo que hay ahí es de la casa — sonreía.

— Igualmente te digo. Por cierto, traje unos dulces para que los pruebes — puse la bandeja sobre la mesa.

— Vale, probaré solo uno, que en breve cenaremos — sonrió cogiendo el de merengue y haciendo un gesto de placer al mordisquearlo.

Me enseñó lo que estaba haciendo en las redes con mi pastelería y la de seguidores que había conseguido. Era ideal, se veía todo muy cuidado y con unas imágenes de mi logotipo de lo más llamativas. Se lo agradecí de corazón.

— Mañana por la mañana voy al abogado. Mandó una propuesta de divorcio mi ex y a ver si me convence, yo solo quiero poder ver a mi hijo, lo demás me importa ya poco.

— Te entiendo.

— Pero vamos que supongo que la firmaré. Solicita para el niño trescientos euros al mes y no lo veo desorbitado, ya aparte le compraré ropa y cosas.

— Claro — me daba pena la aflicción que se reflejaba en su cara al hablar de su pequeño Nico, de solo cinco años — Ya sabes que puedes usar la otra habitación que hay libre para él cuando te toque los fines de semana.

— No te preocupes, puede dormir conmigo y lo mantendré mucho tiempo en la calle para no molestar.

— ¡No! Si la que trabaja en la calle todo el día soy yo, además que no me molestan los niños, me encantan, esa es la verdad. Ni te preocupes, tiene la casa para corretear y jugar libremente.

— Eres muy buena persona, Valeria.

— Y tú, no se te olvide — sonreí.

— Me preocupa mucho que su madre pierda la cabeza y se ponga tonta con el tema del niño y comience a ocasionar problemas.

— ¿Crees que es capaz?

— Vi mucho odio cuando me dejó y eso que fue ella la que se enamoró de otro, pero parecía como si ya sobrara en la vida de ambos. Ahora bien, con el niño no parto peras, lucharé todo lo que haga falta.

— Vaya, lo siento.

— Tranquila, podré con ello — sonrió con esa nobleza que se le reflejaba en la cara.

Cenamos esa crema y esos huevos rellenos que estaban espectaculares, inmersos en una charla que se hizo de lo más amena. Hablamos de libros, películas y series, casi teníamos los mismos gustos, por no decir que todos eran muy similares.

Esa noche vimos una película y luego nos acostamos, yo tenía que levantarme como siempre temprano.

A la mañana siguiente no llovía tanto, pero el cielo seguía muy gris.

Abrí la cafetería y entró una chica del barrio que siempre venía a por el pan.

— Hola, Clara — le sonreí mientras se frotaba las manos.

— Hola, Valeria. Vengo de sacarme sangre y estoy que me caigo — sonreía — ¿Me pones una tostada y un café?

— Ahora mismo — le hice un guiño — ¿Te pasa algo?

— No, es un control, pues tiendo a coger un poco de anemia, nada que no se cure — decía con esa preciosa sonrisa.

Clara tenía veinte años. Era una preciosa chica de cara angelical, con una melena lisa muy llamativa, educada, simpática y un amor de niña.

— Por cierto, Valeria. ¿No necesitas nadie para que te eche un cable aquí? — preguntó sonriente.

— Sí que lo necesito, el problema es que no puedo pagar a nadie aún, mi novio me dejó y tengo que hacer frente a todo sola — la miré con tristeza.

— No es problema, te comento. Sabes que estoy haciendo cursos de camarera y la Junta me paga unas prácticas remuneradas donde quiera durante tres meses, dos días en semana. No tendrías que pagarme nada, ellos se encargan del seguro.

— ¿Eso es así?

— Te lo prometo. Por eso vine a hablar contigo, pues me gustaría que fuera cerca de mi casa.

— Claro, no sabes lo bien que me vendría esa ayuda.

— Pues puedo venir los fines de semana que no estoy de curso y el trabajo aquí es más fuerte. Si te parece, claro.

— Claro, me encanta y más los fines de semana — sonreí emocionada de saber que la iba a tener de compañera.

— ¿No libras ningún día?

— ¡No! Ni pensarlo por ahora — sonreí volteando los ojos mientras me tomaba el café con ella.

— Pues, cuando yo ya me maneje bien, te puedes coger algún día y así descansas.

— Bueno con el hecho de que un día pueda entrar a las diez en vez de a las ocho, ya me doy por satisfecha.

Sonrió, era una preciosidad, una niña de esas que enamoraba a cualquier persona con su belleza y buen carácter, una chica que derrochaba paz por los cuatro costados.

— Pues voy a hablar en la Junta mañana, que está esperando a que yo elija puesto. Ellos se pondrán en contacto contigo y, si lo autorizas, el fin de semana comienzo.

— Claro, cariño.

Me fue a pagar y le dije que no, que ya era de la plantilla. Cogió el pan que le había encargado su madre y se fue muy feliz, pero más lo estaba yo de no estar sola al menos dos días en semana.

Esa mañana la cafetería se llenó, las tres mesas y la barra estaban constantemente ocupadas. No sabía si se habían puesto todos de acuerdo, pero me hicieron una buena caja, tanto la parte de cafetería como la de pastelería.

A la una apareció Thiago de nuevo con los envases de comida.

— ¡Pero bueno! ¿Me vas a mal acostumbrar? — reí.

— Más o menos — me hizo un guiño — Aunque esto lo hice ahora cuando llegué. Es un

sándwich vegetal con pollo, a mi forma — sonreía.

— Debe estar riquísimo. ¿Qué tal en el abogado? — le puse un refresco light, que sabía que le gustaba.

— Pues a ver, como te dije trescientos euros de manutención por el niño. La cuenta que tenemos en común con ahorros dividirla para los dos. El caso es que realmente ahí metía el dinero yo para comprar algo el día de mañana, ya que la casa que teníamos era suya, pero bueno, no me voy a pelear por dinero y seguiré currando. Con la mitad tengo para la entrada de una casa y algo más. Luego el tema del niño un fin de semana cada uno, vacaciones escolares a medias y dos días en semana, dos horas por la tarde. Lo he firmado, no quiero llevar a la madre de mi hijo a los tribunales, mucho menos por recuperar mi dinero íntegro pasar por un juicio, así que listo, a esperar la sentencia y ya. He firmado el convenio.

— Eres un gran hombre — apreté con cariño su mano por encima de la barra.

— Soy persona y Nico es mi vida — se le humedecieron los ojos.

— Lo sé.

Aproveché para contarle lo de Clara, quería cambiarle el tema. Se puso muy contento y me dijo algo que me dejó helada.

— Si algún día esto se llena, me llamas que bajo corriendo y te ayudo, no lo dudes nunca, al igual que si necesitas salir o descansar, yo vengo y te doy el relevo.

— Gracias, Thiago — me emocionaban esos detalles, estaba sola y cualquier cosa me ponía muy sensible.

— No lo dudes — me señaló con el dedo mientras yo sonreía e iba a atender a una clienta que

venía a por pan.

Thiago se fue un poco después y ya lo vería al llegar a casa, decía que se iba a trabajar y preparar la cena.

De repente veía cómo actuaba y me chocaba, Edu no era así. No se preocupaba de acercarme algo, o de preparar la cena. Inclusive, aunque los dos trabajáramos juntos, iba yo a por la comida. Vivía muy ciega, pero era feliz. Lo amaba y no me importaba que no fuera generoso conmigo, así de irracional es el amor.

Aquella noche preparó Thiago dos tortillas de espárragos que estaban buenísimas, además de unas croquetas que había comprado en una tienda del barrio en la que las hacía la dueña y eran caseras.

Thiago era divertido, pero estaba como yo, superando un momento en el que le costaba soltar toda la alegría que había en él. No obstante, lo iba haciendo poco a poco.

Después de cenar, vimos otra película antes de dormir, con palomitas incluidas. Nos reímos un montón, pues era una comedia romántica en la que los protagonistas, los amigos y todo lo que les pasó fue de lo más divertido. No podíamos ponernos derecho de tanto reírnos.

Me fui a la cama con la sensación de haber pasado una noche de cine, como si hubiera salido. Era evidente que no podía haber escogido mejor compañía para compartir piso.

Capítulo 3



Llegué a la pastelería y un rato después vino a visitarme un comercial de la Junta para rellenar el contrato en prácticas de Clara, así que quedó todo listo. ¡Ya tenía ayudante!

Me llamó emocionada algo más tarde y me preguntó si al día siguiente, que era sábado, podía comenzar. Por supuesto le dije que sí.

Una señora mayor, que venía a menudo, entró por la puerta esa mañana, después de varios días sin verla.

— Buenos días, Adelina ¿Estuviste enferma?

— Buenos días, cariño. No, se murió Anselmo hace diez días — sus ojos se inundaron al momento y salí a abrazarla.

— Lo siento, no me enteré de nada.

— Ya estaba muy malito y sufriendo mucho, por lo menos ahora está descansando en paz — decía con tristeza.

— Claro, tienes razón.

— Pues nada, ya volveré a salir a por el pan y eso, tampoco puedo encerrarme en casa

eternamente.

— Por supuesto que no — le agarré las manos con cariño.

Le puse el pan y me quedé con mal cuerpo. Empatizaba con su dolor, estaba acostumbrada a la presencia de alguien con quien había compartido su vida y de repente se veía sola, como Juan, que desde que perdió a su mujer venía siempre cabizbajo.

Aunque, a decir verdad, amigos no tenía en la ciudad, conocidos muchos, a algunos hasta ya les tenía cariño. Era gente de la zona que llevaba ya tiempo viendo y desde que montamos la pastelería habíamos tenido más roce con ellos, llegando a sentir afecto. Ese era el caso de Adelina y Juan.

A última hora de la mañana apareció Thiago. Su semblante era de lo más risueño. Me traía una pasta que había cocinado con langostinos, tenía una pinta que alimentaba.

— Quería comentarte que he pensado algo...

— ¡Sorpréndeme! — sonreí.

— Te recojo a las siete aquí, que quiero llevarte a un sitio a cenar...

— ¿Y eso? — pregunté sorprendida.

— Me apetece y creo que nos vendrá bien que nos dé el aire.

— En eso tienes razón... Pero yo también pago — advertí con el dedo.

— Ni de broma, he invitado yo — dio dos golpes en la barra y puso el dinero del refresco sobre ella.

— Ey, o te llevas esto, o te olvidas del plan de luego — reí.

Como para cobrarle, encima que me traía hasta la comida y tenía la casa como los chorros del oro...

Había tenido mucha suerte con él, ya me pude haber enamorado de un hombre así y no como Edu, la mayor decepción de mi vida ¡Menudo ojito tuve!

Comí de lujo, vaya mano tenía en la cocina, Thiago no era un hombre normal, era de otro planeta o que yo di con el peor, una de dos.

Por la tarde vino un grupo de estudiantes a merendar y además vendí muchos pasteles, casi se quedó todo vacío. Mi cara debía denotar entusiasmo, pues había más movimiento del habitual.

Estaba muy emocionada, entre la cena con Thiago, que me venía de lujo para despejarme, y el día redondo que había tenido en la cafetería, me sentía pletórica.

Miraba a mi alrededor y me decía que el local era una cucada. Estaba decorado y pintado estilo vintage, en tonos pasteles, con muebles en blanco. La vitrina le daba mucha vida con esa variedad de tartas y dulces de diferentes colores, como los *cupcakes*, que se veían preciosos.

Aunque no quisiera me preguntaba qué estaría haciendo Edu y si en algún momento tuvo remordimientos por lo que me hizo y por la forma en la que me dejó, sin pensar que me echaba a los leones. A mí, que se suponía que me quería, pero estaba claro que no. No me había querido en ningún momento, otra persona se va si se enamora, pero intenta al menos decir que no te dejará colgada con todo o busca una solución y más sabiendo que dejé mi trabajo fijo por ayudarlo con su sueño.

Mi trabajo no es que fuera para dar saltos, pero estaba feliz. Trabajaba cuarenta horas a la semana y cobraba mil doscientos euros, para mí era más que suficiente para vivir pagando una hipoteca de cuatrocientos euros. Lo malo vino cuando confié en él y me estampé, así que me tocaba adorar la pastelería y cuidarla como el mayor de mis tesoros si quería salir a flote.

Estaba agradecida por la aparición de Thiago, quisiera o no me daba mucha paz y protección. De repente, me sentía como más segura en casa, es decir, que si algo me pasaba tendría a alguien que se daría cuenta, no me quedaría tirada en el suelo o vete a saber dónde por una caída, por poner un ejemplo. Quizás fueran tonterías, pero eran mis tonterías y se me venían a la cabeza.

Deseaba con toda mi alma que terminara la jornada laboral y cerrar las puertas. Necesitaba justo lo que Thiago me había propuesto, tener un plan, pasear, cenar... Hacer algo distinto de lo cotidiano, de estar en el trabajo encerrada, poniendo una sonrisa a todos y escondiendo la tristeza que había en mi interior.

Imaginaba que con Clara todo sería menos monótono y más divertido, al menos me alegraría el tenerla allí, poder comentar, escucharla... pues eso sí, ella estaba llena de vitalidad, era toda simpatía y educación, muy graciosa, pero con mucho tacto, sencillamente sutil.

A pesar de todo lo ocurrido en mi vida yo era una chica bromista, llena de vida, muy simple, feliz con cualquier cosa, no necesitaba lujos ni grandes cosas para disfrutar.

Ya quedaba poco para que apareciera Thiago y para dar por concluido mi día de trabajo, pero era un cierre especial, además de deseado. Esa noche no iría directa a casa a descansar, sino que saldría un rato a desconectar y hacer vida social, esa que tanta falta me hacía.

Unos minutos antes de las siete me asomé al espejo de la pastelería. Me veía muy mona con aquel vestido midi floreado y mis botines. Apliqué un poco de carmín en mis labios. Vale, no era una cita, pero iba a salir y me parecía increíble. ¡Tenía ganas! Me asomé un poco más al espejo, ¡Ole, habían desaparecido! Ya no tenía aquellas antiestéticas ojeras que me hacían parecer un

cadáver.

Sabía que iba a ser puntual. Thiago era un caballero para todo, y eso se notaba de lejos. Efectivamente, antes de que terminara de echar el cierre, cosa que hice unos minutos antes de lo habitual, ya lo tenía tras de mí, echándome una mano con la baraja.

—Me has sorprendido. Lo último que esperaba yo era salir esta noche—le comenté mientras íbamos avanzando por la calle.

—¿En serio? Pues es viernes y la noche es joven, hay que salir de la rutina—parecía que él lo tenía muy claro.

—Sí, sí, lo que pasa es que los últimos acontecimientos han provocado como un paréntesis en mi existencia. ¿Sabes esa sensación de conocer lo que ha sido tu vida hasta ahora pero no lo que ha de venir?

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —arqueó su ceja.

Me eché a reír. ¡Vaya talento que había tenido yo! Desde luego, como si él no se hubiera llevado el mismo palo que yo...

Vi cómo se contagiaba de mi risa y esa sensación me gustó. ¡Menudas dos patas para un banco que estábamos hechos! Unidos en la adversidad, así es como sentía que estábamos.

El clima de la tarde acompañaba, la lluvia de los días anteriores nos había dado una tregua.

—La idea es tomar algo antes de la cena, pues si no, vamos a llegar los primeros e irnos los primeros y, por ende, pitar demasiado pronto para dormir y tampoco es que seamos gallinas para recogernos a toda pastilla—él solo se lo decía todo.

—No, no, que yo mañana trabajo, pero es viernes y me permitiré la licencia de acostarme un poco más tarde—le sonreí y comprobé gratamente cómo me devolvía una sonrisa cómplice.

Estuvimos en una bonita terraza tomando algo. El rato pasó volando, pues teníamos muchos temas de conversación comunes y, aparte, era una persona con la que podía hablarse de todo. En las cosas que decía y, sobre todo en cómo las decía, se detectaba su tolerancia. Era muy zen...

—¿Te parece que cenemos en un asiático que me encanta? ¿Te gusta ese tipo de comida?

—¿Tú has espiado mi diario? —pregunté, bromeando—Es una de mis preferidas y esa es de las pocas cosas que todavía no te he contado, porque mira que llevamos hablado estos días...

—Eso es cierto. Hechos hecho terapia el uno con el otro, yo estoy encantado. Noto mucha mejoría...

—¡Pues anda que yo! —reí. Nada más que veas que hace unos días parecía que estaba más muerta que viva y ya hasta mejor color tengo.

—¿En serio ese colorcillo de las mejillas es tuyo? Creí que era colorete—se estaba quedando conmigo.

Por unos momentos me quedé como sin saber qué decir...

—¡Anda ya, tonto! —terminé exclamando, mientras negaba con la cabeza. Me hacían mucha gracias sus arranques.

Llegamos al asiático y era una auténtica cucada. Nos sentamos el uno frente al otro, con las cartas en la mano, mientras se notaba a las claras que estaban surgiendo unas miradillas entre

nosotros de lo más juguetonas...

Pedimos varios platos para compartir y nos los trajeron. Lo primero que hicimos fue brindar.

—Brindo porque todo lo mejor esté por venir —choqué mi copa con la suya.

Comenzamos a cenar y le comenté que ya al día siguiente se incorporaría Clara en la pastelería.

—Supongo que debe ser una alegría grande para ti. Y, si la chica es como dices, va a ser fenomenal. Tú eres un amor y por lo visto ella otro, ¡seréis tal para cual! —rio.

—¿Yo soy un amor? —lo miré sorprendida, haciendo una muequita graciosa.

—Un amor total y te mereces todo lo bueno que te pase, que estoy seguro de que va a ser mucho—de nuevo me regaló una preciosa sonrisa que se clavó en mi alma.

—Mira, la realidad, te lo quería comentar, es que estos días mi local está teniendo mucha aceptación y creo que tu publicidad está teniendo mucho que ver con ello.

—¡Hombre, eso sí que me alegra! Me estoy empleando a fondo, pero saber que ya lo notas, me motiva todavía más...

—Por supuesto que lo noto y no sabes lo esperanzador que me resulta. De veras que no sé cómo voy a poder pagarte lo que estás haciendo por mí.

—¿Dulces gratis? ¿Te parece un pago justo? No sé si te he dicho que soy un goloso de primera y tus pasteles son una tentación sublime...

—Me parece muy poco, pero con eso cuenta, incluso, estoy pensando una cosa. Hoy he

encargado una nueva variedad que he visto en el catálogo del obrador. Quizás no te hayas fijado, pero me gusta personalizar los nombres de mis dulces. A esos los llamaré Thiago, si estás de acuerdo.

— Sensacional—su mirada en ese momento fue de lo más profunda y yo me perdí en la inmensidad de aquellos profundos ojos.

El resto de la cena la pasamos hablando del tema de Nico, al que echaba mucho de menos y a quien tendría que esperar a la sentencia de divorcio para poder ver, pues su ex se lo estaba poniendo complicado. Le di muchos ánimos y le comenté que en breve lo tendríamos corriendo por casa. Su mirada se iluminó y me dio un “gracias” de lo más sincero.

Después de cenar, volvimos para casa, dando un agradable paseo y charlando animadamente, con los ojos del uno puestos en los del otro. Fue una vuelta especial.

Al llegar, me despedí de él y me dirigí a mi dormitorio. Abrí la cama y me metí entre las sábanas y mantas. Me acurruqué en la almohada, de lo más emocionada. Habíamos pasado una noche espectacular, en la que a ambos se nos notaba lo a gusto que estábamos. Cerré los ojos y sonreí, en la oscuridad de una noche que ya me parecía más clara.

Capítulo 4



Esa mañana me estaba esperando en la cocina para que me tomara el primer café que me tenía preparado.

Nada más verme sonrió y extendió su mano con la taza.

— Buenos días — sonrió — Para ti — me hizo un guiño.

— Buenos días, Thiago — cogí la taza también sonriente — Es un detalle muy bonito por tu parte — mi cara expresaba lo agradecida que estaba con ese gesto hacia mi persona.

— No te mereces menos...

— No me malacostumbres, que luego te irás y me quedaré a cuadros ese día — sonreí.

— Siempre podemos negociar el quedarnos juntos — hizo un ruido con su garganta que me produjo una risa.

— Entre lo bien que cocinas, como me tienes la casa, a pesar de que estoy harta de decirte que no limpies lo que no te pertenece, y las raciones de comida que me llevas, añadido a las cenas que preparas...pide lo que quieras que no hay nada que negociar... ¡De aquí no sales! — reí mientras miraba esa sonrisa que me regalaba su cara y que me hacía valorarlo más por momentos.

— Muy fácil me lo pones — levantó la ceja mirándome sin dejar de sonreír.

— Fácil me lo pones tú a mí — negué sonriente, me lo bebí de un trago y lo puse sobre la encimera — Ahora me voy, que debe estar Clara al llegar.

— Mucha suerte con la compañera, seguro que te irá genial.

— No lo dudo — levanté la mano en señal de despedida y salí por la puerta.

Me dirigí a la pastelería y cómo no, en la puerta estaba Clara, sonriente, vestida de negro, como yo lo hacía habitualmente y nerviosa perdida.

— Buenos días, preciosa, qué puntual — le di un beso.

— Buenos días, mi primer trabajo ¿Cómo no estar la primera? — dijo con esa preciosa cara angelical y esa sonrisa tan bonita. Era una monada, una niña que tenía una dulzura y una naturalidad que no pasaban desapercibidas.

— Claro que sí, pues vamos a ello, comenzaremos con un buen café para nosotras — le hice un guiño.

— Yo prefiero un vaso de leche — sonreía.

— Pues un vaso de leche para mi niña — le hice un guiño.

Le di su delantal corto blanco y se lo puso, emocionada.

— Estamos guapísimas vestidas iguales — se agarró a mi brazo pegando su cara, riendo.

— Pues sí, luego nos echamos un *selfie* — preparé mi café y su vaso de leche.

— Sí y lo subo a mi Instagram — sonreía.

— Claro y me etiquetas, nunca subo nada, soy anti redes — reí.

Puse las tazas en la barra y nos las fuimos tomando mientras le explicaba un poco todo. No había mucho que saber, ya que los precios estaban por todos partes especificados y sobre todo en la caja registradora, así que era fácil.

Clara era hija única de un matrimonio joven en el que ambos trabajaban de enfermeros en el hospital. La habían criado con mucho amor y educación, saltaba a la vista, además era muy graciosa pero no de las que se pasan, sino de las te lo dicen en un tono bajo, sonriendo y sin ni una pizca de maldad.

Cuando llegó el primer cliente, que era Juan, ella fue corriendo a atender'. Además, fue divertido pues allí en la zona todos la conocían y se sorprendían al verla trabajando, cosa que agradó mucho. Era una niña que se ganaba a todo el mundo.

— ¿Qué dos días de la semana vas a venir? — pregunté en un momento que no hubo ningún cliente, la verdad es que no habíamos parado ni un momento.

— Los que quieras, Valeria — sonrió feliz — por mí vendría todos los días, aunque no me pagues.

— Eso sí que no, pero al menos sé que si entra un día mucha gente puedo contar contigo si en ese momento estás disponible.

— Seguro que lo estaré, ya solo me quedan los tres meses de prácticas y listo — sonreía, muy predispuesta.

— Pues si te necesito más días o un día no puedo venir yo, cuento contigo — le hice un guiño — Por supuesto, pagando.

— Ojalá esto se levante — decía mirándome emocionada.

— Entonces te contrato a jornada completa — solté una carcajada.

— Me encantaría — se puso las manos en la boca sonriendo emocionada.

— ¿Y cómo que te dio por estudiar hostelería?

— Me encanta el tema de restaurantes, pastelerías y cafeterías, pero si te soy sincera, no es a lo que me voy a dedicar. Eso sí, saqué el título porque cuando terminé el bachillerato les dije a mis padres la verdad — sonrió — que no sabía a qué quería dedicarme ni lo que deseaba estudiar y que hasta que no lo tuviera claro haría cursos, decisión que ellos respetaron. Hice un curso de peluquería de nueve meses y luego un curso de estética, este de camarera lo cursé porque me enteré que se había matriculado el chico que me gustaba — rio con suavidad y yo solté una carcajada brutal — Por eso ahora, ya que lo comencé, lo tengo que acabar — sonreía — Eso sí, el chico ya no me gusta, observé muchas cosas de él que no me parecían bonitas, así que se me pasó, pero ya tenía el curso avanzado — se encogió de hombros.

— Entonces lo que estás haciendo es aprovechar el tiempo ¡Qué suerte tienes! — sonreí negando. En ese momento entró otro cliente y lo atendió.

— Quiero ser piloto de aviones — me dijo cuando se marchó el cliente.

— Pues lo veo muy interesante y te pega, con esa cara lo veo, lo veo — afirmé feliz con la

cabeza.

— Mis padres dicen que me pondrían todos los medios. El dinero vamos — sonreía.

— Claro, para algo eres su única niña — le toqué su larga melena.

En ese momento llegó Thiago, yo ya la había puesto al día de todo así que sabía quién era, pero los presenté.

Nos trajo a las dos una pizza casera gigante que nos había hecho. Clara al verla soltó un “wow” que nos hizo reír y no era para menos, ya que tenía una pinta brutal.

— Es muy lindo — me dijo sonriente cuando se fue.

— ¿Te gusta? — pregunté sacándole la lengua mientras cogíamos una porción de pizza.

— Para ti, sí — reía.

— Bueno, yo tengo el corazón desmontado — negué.

— Y él, así que os lo podéis recomponer entre los dos — decía en tono suave, era para comérsela.

— Ni siquiera me planteo eso — me mordí el labio.

— Yo creo que vais por buen camino, te cuida mucho — sonrió y se fue a atender a un cliente.

Tuvimos que comer a toda mecha, aquello se puso a tope de repente, no parábamos ni un

segundo. A las seis de la tarde nos habíamos quedado sin pan, sin pasteles y solo atendiendo para cafés o refrescos.

A la hora del cierre miramos alrededor y nos echamos a reír, no habían quedado ni las manzanas caramelizadas, que duraban varios días hasta agotar la caja.

— Y mañana es domingo, se supone que es más fuerte — me puse las manos en la cara — No sé si arriesgarme y pedir muchos más pasteles y pan.

— Yo creo que sí — afirmó sonriendo.

No lo dude, llamé, me santigué e hice un pedido más grande de lo normal.

Clara me despidió con un abrazo enorme que me conmovió. Yo no estaba demasiado acostumbrada a tantas muestras de efusividad, pero lejos de molestarme, me resultó de lo más emotivo y se me debió notar en la cara.

Fui andando hacia casa despacito, tomando el aire. En esos momentos pensaba que bastante ajeteo tenía con el día a día de mi trabajo, como para terminar y seguir corriendo también.

En líneas generales, estaba muy contenta. Y es que eran varias las novedades de las que disfrutaba y todas buenas. En los últimos días y, después de que el huracán Edu hubiera sacudido mi vida, habían entrado en ella Clara y Thiago, dos personas por las que estaba empezando a sentir gran cariño.

Y por si eso fuera poco, ambos me aportaban mucho también en lo laboral, pues Clara parecía una jabata trabajando en la pastelería y Thiago estaba realizando una labor encomiable en las redes sociales, algo que se veía a las claras en los resultados diarios: vitrinas vacías y caja llena. Una extraordinaria combinación que me hacía feliz.

Llegué a casa y enseguida me embriagó aquel exquisito olor procedente de la cocina.

—Buenas, ¿es sopa eso que huele tan bien?

—Sopa de picadillo, ¿cómo lo ves? Salió con el paño en la mano.

—Lo veo genial y seguro que me sabrá todavía mejor.

—Eso espero. Por cierto, tienes buena cara.

—Sí, es que he venido paseando y no sabes lo buena que está la noche. Venía cargando las pilas.

—¿Sí? Pues a mí tampoco me vendría mal cargar pilas.

—¿Me estás haciendo una proposición? — puse los brazos en jarra.

—Sí, sí, pero decente—carraspeó—¿Qué te parece si dejo apartada la sopa y nos vamos a dar un paseo antes de cenar?

—Pues, ¡qué te voy a decir! Que me encanta la idea. Igual te parece extraño después de pasarme el día de pie, pero necesito estirar las piernas.

—No, no me parece extraño. Aunque no estés sentada, son muchas horas a pie parado y eso agota. Si quieres, a la vuelta, te hago un masaje en las piernas.

—¿Sabes?

—Sí, no se me da mal. Y para las piernas cansadas, te vendrá fenomenal.

—Vale, primero paseo, luego cena y por último masaje, he debido ser muy buena en otra vida, no creo merecer tanto—me eché a reír.

—Ah no, se te ha olvidado lo más importante: la peli.

—Tienes razón, esa que no falte.

—Claro, ya empieza a ser un clásico del final del día—hizo la señal de la victoria.

Se notaba a la legua que Thiago estaba muy cómodo en la casa. Y desde luego que no era el único. Desde que había aparecido en mi vida, yo estaba encantada. Ya no sentía esa angustiada sensación de soledad de los primeros días, sino que podía presumir de tener el mejor compañero de piso del mundo.

Sin pensarlo, salimos a caminar. Nos reímos mucho por el camino.

—Por cierto, Clara me dijo que te diera las gracias por la pizza, ¡estaba increíble!

—¿Os gustó entonces? Daba la impresión de haber salido bien, sí.

—Mucho, pero ¿Qué no te sale a ti bien?

—Te refieres a en la cocina, ¿no? —me gastó la broma y noté cómo mis mejillas se ruborizaban.

—Sí, básicamente, es de la cocina de lo que estaba hablando—contesté rápidamente para

correr un tupido velo.

Tenía su puntito Thiago. Era prudente y educado, pero también se dejaba caer con algunas bromitas de ese estilo, fruto de la confianza que estaba surgiendo entre nosotros.

Debía ser que yo llevaba mucho tiempo fuera del mercado, aunque eso no significaba que no hubiera notado en aquellos años que estuve con Edu que algunas personas me lanzaban la caña, sobre todo clientes del super. En cualquier caso, yo era fiel por naturaleza y siempre la esquivé con sutileza.

—¿Y qué tal hoy con Clara? —me preguntó.

—Mejor que bien. No puedo estar más encantada. Es una dulzura de niña y encima no veas si tiene ganas de trabajar. Se nota en cada detalle.

—Una dulzura de niña, entonces es la candidata ideal para trabajar en la pastelería—rio.

—Muy agudo. En serio, de veras que creo que me ha caído directamente del cielo y otra cosa te voy a decir—lo señalé con el dedo.

—Pues dila pronto porque me estás asustando, parece que me vas a echar la bronca—rio.

—Sí, sí, te la voy a echar, porque me estás llenando la pastelería de clientes—reí—Hoy hemos agotado existencias y logrado récord de caja.

—Pero esa es una gran noticia y las grandes noticias hay que celebrarlas, ¡vamos a tomar algo! —tiró de mi mano y nos metimos en un local, con agradable música de fondo, que estaba de lo más ambientado.

—Sígueme contando—dijo cuando pedimos.

—Pues eso, que me he aventurado, alentada por Clara, a pedir bastante más mercancía de la normal para mañana.

—¡Bueno, bueno! No podías darme mejor noticia. Ya verás cómo el negocio va a ir viento en popa y de aquí a nada le dices “adiós” a las deudas...

—¿Te imaginas? —solté de lo más emocionada.

—Me imagino, me imagino. Y no solo eso, sino que lo firmo—rio—Pongo la mano en el fuego.

—Ya veo que tienes gran confianza en la pastelería, no sé yo, igual es un golpe de suerte lo de estos días.

—No es ningún golpe de suerte, es lo que te mereces y otra cosa te voy a decir, la confianza no la tengo puesta en la pastelería, la tengo puesta en ti, pues creo que tú puedes con eso y con todo lo que te echen.

—Gracias, Thiago—mi voz se quebró.

¡Vaya amor de hombre! No solo me mimaba, sino que me valoraba y confiaba en mí como nadie. ¡No me había visto en otra así en la vida!

Después de tomar algo, nos fuimos para casa. Llegamos y, mientras fui a cambiarme, puso la mesa.

—Cielo santo, no falta un detalle—añadí al salir, viendo que ya estaba todo colocado.

—La sopita entra muy bien a esta hora y tengo aquí—me señaló otro plato, que estaba tapado
— un acompañamiento de verdura y carne.

—Vaya, con todo esto vamos a tener comida para una semana.

—De eso nada, tienes que alimentarte bien, que trabajas mucho. Es más, por ser sábado, me he permitido preparar también un poco de arroz con leche, con su canelita...

—¡Dios mío! ¿Dónde está la cámara oculta? No puedes ser real, eres demasiado bueno para serlo, el arroz con leche me fascina...

Se rio y me contagió la risa. De esa noche no sabría decir si me gustó más el arroz con leche, que estaba para chuparse los dedos, o las miradas que Thiago me lanzaba mientras nos lo comíamos. En cualquier caso, tanto el postre como las miradas compartían un denominador común: eran de lo más dulces.

Y la cosa no acabó ahí. Como lo prometido es deuda, al sentarnos en el sofá, Thiago me dijo de cumplir la suya y me regaló un masaje de piernas, mientras veíamos una película, que me hizo entrar en otra dimensión.

Capítulo 5



Otra mañana más que Thiago me esperaba en la cocina con un café. Si me paraba a pensarlo es que más suerte no podía tener de estar últimamente tan bien rodeada en mi casa y en la pastelería.

— Buenos días — me dijo Clara sonriendo.

— Buenos días, guapa — levanté la mano al chico del camión del reparto.

Lo bueno era que, tal y como yo abría, llegaban el pan y los pasteles, de tal forma que ellos mismos los montaban en la vitrina y en las canastas del pan. Gracias a eso, yo ni me preocupaba, era un buen servicio el que daban y lo dejaban de película.

Ese día había llegado la cantidad extra pedida y le pedí a todos los santos del cielo que se vendiera lo máximo posible.

— Ayer salí de marcha — sonrió agarrando la taza de leche que le había puesto delante.

— ¿Sí?

— Sí — reía suave, era toda dulzura — Me recogí a las tres — frunció el ceño.

— ¿Y por qué has venido en vez de dejarlo para otro día? — pregunté a modo de riña sin dejar de mirarla fijamente.

— No — reía — me hacía mucha ilusión venir.

— Además, no puedes quedarte las mismas horas que yo, sabes que es demasiado, ayer te lo permití, pero hoy a la hora de la comida te vas—le hice una advertencia con la mirada.

— De verdad, me gusta estar aquí, no te preocupes. Si un día me canso, me voy antes.

— Pero puedes entrar más tarde, no tienes que venir a primera hora.

— Tranquila, ya vendré más tarde cuando me apetezca, pero estoy bien así — me sonrió.

En ese momento comenzaron a llegar clientes. No dábamos abasto, ni un minuto, ni cinco segundos... Ante mis asombrados ojos, a la una de la tarde nos estábamos quedando sin existencias.

Llegó Thiago a traernos unas hamburguesas que nos había comprado. Era para comérselo y, al ver lo que estaba pasando, se ofreció a ir en su coche a por más bandejas a la fábrica, que estaba a quince minutos.

A las tres apareció con el encargo y lo colocamos rápidamente. Ya había clientes esperando a que llegara el género, así que a las cinco de la tarde volvió a quedarse todo vacío.

Estaba claro que Thiago tenía mucho que ver en aquel éxito, con las fotos que subió a la red y las campañas de promoción que estaba lanzando para que tuviera visibilidad, aquello jamás lo había visto.

Había hecho ese fin de semana la caja que solía hacer en una semana. No sabía si ocurriría lo mismo en todos, pero al menos algo de alegría me daba. Por no decir que mucha.

Pedí para el lunes un poco más de lo habitual, esperaba no cagarla, pero quería arriesgar. No quería quedarme corta ni pasarme, así que calculé diez unidades más de cada bandeja.

— Esto es para ti — le metí en el bolsillo a Clara treinta euros...

— ¡No! — dijo en tono asustado, pero bajo, siempre hablaba flojo — tienes que guardar para cuando vengan las vacas flacas — sonrió.

— No, esto es para ti. Si a mí me va el fin de semana bien, a ti también.

— Pero yo te quiero ayudar — adoptó un gesto de tristeza. Era conocedora de mi historia y empatizaba mucho conmigo.

— Ya me estás ayudando bastante — la abracé.

— Una cosa, si mañana ves que viene mucha gente, me llamas, que yo estaré en casa aburrida. No tengo nada mejor que hacer que prepararles la comida a mis padres — sonreía.

— Claro, no te preocupes, si se pone como hoy te llamo y de paso nos emborrachamos por el nuevo golpe de suerte — reí — Ojalá, me haría tan feliz saber que esto un lunes se pone como un domingo... sería una pasada — se mordisqueó el labio.

— De verdad que sí, sería la bomba, me daría una tranquilidad que sé que voy a tardar mucho en encontrar, espero que estoy funcione por mi bien — negué, sonriendo con tristeza.

— Seguro que sí, hoy voy a encender una vela para pedir que funcione.

— Te como esa cara — la besé muchas veces mientras le agarraba la cara y le producía una

carcajada.

— Bueno, bueno, que no es para tanto — reía.

— ¿Eso te parece? ¡Eres un milagro caído del cielo!

— ¿Igual que Thiago? — preguntó sonriendo.

— ¡Igual! No sabía yo que iba a estar tan bien sin Edu — me reí apoyándome en la barra.

— ¿Ves que no hay mal que por bien no venga? Ahora nos tienes a los dos por el precio de uno.

— De verdad que sí, bendito cambio, ahora me doy cuenta de tantas cosas — me quité el delantal y ella también.

— Pues sí, muchas veces tardamos en hacerlo y no somos conscientes porque la venda es más grande que nuestros ojos.

— Eso es... — cogí la chaqueta y el bolso.

— Mañana lo mismo me doy una vuelta para verte — sonrió y sacó los dedos en plan “V”.

— Claro — me moría de la risa con sus cosas, tenía unos gestos y unas expresiones de lo más graciosas y adorables.

— Gracias por el dinero — me dio un beso en la mejilla mientras salíamos.

— No seas tonta, ojalá esto fuera así todos los fines de semana y entonces te daré mucho más.

— No, hay que guardar — me acarició el hombro.

— Tranquila, muchas gracias por todo bonita.

En ese momento di por finalizada la semana laboral. ¡y cómo! Nunca hubiera imaginado que el domingo cerraría tan contenta. Las expectativas eran realmente buenas.

Llegué al portal de casa y casi me tropiezo con Thiago, que iba saliendo apresuradamente.

—¡Hola, Thiago! ¿Dónde vas con tanta prisa?

—A por una cosilla que se me había olvidado. Enseguida estoy de vuelta, ¡no te muevas!

—¿Cómo que no me mueva? ¿No puedo subir? — hice el gesto de quedarme como un pasmarote mirando y arranqué su risa.

—No, mujer, quiero decir que no te muevas de casa. Salvo que tengas algún plan, claro...

—Vaya, pues creo que sí. Ahora que caigo me llegó hace unos días a la pastelería una invitación de la Casa Real para ir a una recepción de Sus Majestades, pero no tengo claro que me apetezca acudir—reí.

—¡No, no, pues no vayas, que he tenido una idea mejor! —me sacó la lengua.

Subí y me puse cómoda, un tanto intrigada por saber dónde había ido Thiago. Salí pronto de dudas.

—Palomitas para el microondas, saladas—me enseñó lo que traía en una mano—Y chuches—hizo lo mismo con lo que traía en la otra.

—¿Y esto? —pregunté, divertida.

—Muy sencillo. Yo siempre he sido mucho de cine los domingos por la tarde, por lo que otro estaré encantado de invitarte a ver una peli, pero como hoy no sabía si te apetecería, nos montamos el cine en casa...

—Pues mira, a mí también me encanta el tema del cine, pero con honestidad te diré que hoy agradezco que nos montemos nuestra propia sala aquí, porque vengo reventada.

—¿Eso es una manera sutil de pedirme otro masaje de piernas?

—Hombre, no me hubiera atrevido yo a tanto, pero si eres tú quien lo ofrece, ten por seguro que no te voy a decir que no. Me viene de perlas.

—Venga, pues empecemos entonces por ahí. También he comprado esta mañana en la farmacia un gel para piernas cansadas que me han recomendado.

—Pero ¿cómo es posible? Tú estás en todo...

—Arte que tiene uno—se echó a reír mientras entraba en su baño por el gel.

¡Y otra vez aquel masaje! Vaya manos que tenía. Me relajaba las piernas una barbaridad...

—Espera, vamos a mejorarlo...

—¿Mejorarlo? ¿Estás de broma? Esto no se puede mejorar...

—Mujer de poca fe... Todo puede mejorarse.

Tenía razón y no tardé en dársela. ¡Vaya ambiente! Apagó las luces, colocó unas velas estratégicamente distribuidas por el salón, quemó unas varitas de incienso y puso un poco de música relajante de fondo, ¡sencillamente sublime!

—Dios, no sé si es el gel o son tus manos... Creo que es la combinación de ambos...—yo estaba flipando con la fuerza de aquellos dedos, resbalando sobre mi piel y poniendo mi circulación en órbita.

—Calla un poquito y cierra los ojos—me echó la cabeza hacia atrás—relájate, olvida la tensión, ahora estás en casa.

Justo había dado en el clavo. Estaba en casa, quiero decir que me sentía más en casa que nunca. Hasta ese momento jamás había disfrutado de unos momentos tan brutales como aquellos en mi hogar. Me sorprendía pensar que aquel efecto balsámico sobre mi persona lo ejercía alguien que hubiera conocido hacía solo unos días...

Terminamos y, mientras iba a lavarse en las manos, me pidió que permaneciera unos minutos así, relajadamente, sin siquiera abrir los ojos. Lo que más me gustó fue que, al abrirlos, él ya estaba allí, de pie, frente a mí, con esas miradas que me lanzaba y que me llegaban al alma.

—¿Cenamos temprano y luego vemos la peli tranquilos?

—¿Cena, palomitas y chuches? Tú me quieres cebar...

—¡Dios! Al final me has pillado, pretendía cebarte para luego echarte a la olla y acompañarte con unas patatas—rió.

—¡Pues de eso nada! Te he pillado y tu plan al garete... Ahora en serio, por mí pasamos directamente a la peli, hoy me sobra la cena con todo lo que vamos a engullir...

Apagamos la luz y seleccionamos peli. Insistió en que yo eligiera.

—Tú solito te estás metiendo en la boca del lobo. Si me dejas elegir a mí te va a tocar comedia romántica.

—Me sacrificaré—puso cara de mártir.

—No, en serio, si no te gusta, la escogemos de otro tipo—sugerí.

—Claro que me gusta, pero me gusta más quedarme contigo.

—¿Quieres decir...?

—Sí, quedarme contigo de gastarte bromas y eso, pero vamos que lo de quedarme, literal, dijimos que lo negociábamos—carraspeó.

Me hacía mucha gracia, pero, sobre todo me ponía un tanto nerviosa el no saber hasta qué punto lo decía totalmente de broma o si había algo de verdad en las palabras de Thiago. Yo acababa de salir de una relación y no era plan de plantearme nada y, aun así, me causaban un pellizco en el estómago ese tipo de afirmaciones.

Lo pasamos sensacional en nuestro cine improvisado y, de haber podido elegir, me hubiera encantado que la peli hubiera durado más... Me sentía de lo más a gusto en mi sofá y con él...

Capítulo 6



— ¿Me vas a poner todos los días el café? — pregunté a medio riña.

— Siempre y cuando me levante antes que tú — me hizo un guiño y me dio la taza — Buenos días, guapa.

— Buenos días. Ejem, ejem — le di un trago.

— ¿Tienes tos?

— Un poco, un poco — puse la taza en la encimera después de tomármela y marchando hacia la puerta, desde donde le tiré un besito causándole una risa preciosa mientras negaba.

Salí de allí y me fui a la pastelería. En la puerta ya había gente esperando, me quedé en shock, incrédula y el chico del reparto con todo preparado.

Sonreí dando los buenos días y abrí. En cuanto me puse el delantal, empecé a atender a la vez que me reponían todo. Aquello fue caótico, mi pan y mis dulces estaban siendo muy bien recibidos en el barrio, pero es que también venía mucha gente de fuera a por ellos.

— Llevo de más ¿Quieres que te deje dos bandejas de pan más y seis de dulces?

— ¿Tú crees? — pregunté y él miró a la cola, con eso me lo dijo todo — Vale, tráelas.

Me puse a atender. A las diez de la mañana no había parado ni para mi café, al igual que a las doce, que pasó Clara a verme y cuando comprobó el bullicio se puso el delantal y comenzó a echarme una mano.

La que estaba liando Thiago. La cuestión era que a los curiosos de los días anteriores les habían gustado nuestros productos y venían a repetir.

A la una de la tarde apareció Thiago con una tortilla de patatas y verduras, además de un caldo. Me había preguntado por mensaje si estaba Clara.

— ¿Voy a por algo a la fábrica?

— No sé, pero mira, los hojaldres de chocolate se han acabado ya, lo mismo que los bollitos con almendra — miré las bandejas en las que quedaban una o dos unidades de cada — Tráeme seis bandejas, sí y una canasta de barras rústicas.

— Ahora mismo — hizo un saludo militar y salió de allí pitando.

— Es un amor — dijo riendo y agarrando mi brazo — Está enamorado de ti.

— ¿Tú crees?

— Totalmente segura, no hay más que verlo.

— A mí me está gustando bastante, es la verdad — me metí un trozo de tortilla en la boca y puse cara de amargada.

— ¿Y esa cara?

— No me quiero enamorar — reí mirando a la nada y ocasionando una carcajada en ella, ambas paramos cuando me hizo señas de que entraban clientes.

— Mis padres están locos de contentos con el hecho de que trabaje aquí — se sinceró feliz, en otro de esos pocos huecos que teníamos de respiro.

— ¿Sí?

— Sí. Estoy en la zona, no callejeo y esas cosas que piensan los padres— sacó la lengua.

— Es verdad, pero se preocupan y me alegro mucho de que estén contentos.

Thiago apareció con el pedido y lo colocamos. Le debía la vida a ese hombre, igualito que Edu, que ahora que tenía con quien compararlo me daba un asquito... Vaya joya se había llevado la que me hizo el favor del siglo. Por fin lo veía claro.

No dejaba de agradecerle a Thiago el trabajo tan impresionante que estaba haciendo con mi negocio, tenía que agradecersele de algún modo, aquello ya tenía otro color.

La fábrica me ofreció otra vitrina igual que la que yo tenía para que dispusiera de más género y no tuviera que ir de forma precipitada. Me dio un poco de miedo, pero acepté, ya que entre la parte de la cafetería y pastelería tenía un gran hueco y me cabía perfectamente. Fue así como, animada por Clara, dije que sí, me la traerían a la mañana siguiente y por ende el doble de dulces, además de dos canastas más de pan.

— Verás que mañana me lo traen todo y no viene ni Dios — reí.

— No digas eso — me dio un golpe en el hombro — no seas gafe, vendrá mucha gente, yo

pasaré por aquí a las diez cuando haya dejado las lentejas para mis padres listas. Si está igual, me quedo, que no, pues me voy — reía.

— Vale, me parece genial, yo sola me ahogaría — puse cara de agotamiento.

— Tranquila, aquí está tu súper amiga para ayudarte — me dio un beso en la mejilla.

Ese día no quedó ni una triste almendra caída de un pastel, aquello era alucinante, me estaba impresionando cómo habían aumentado las ventas en los últimos días.

— Clara, hoy no te voy a dar dinero.

— No lo quiero — agarró mi brazo, riendo.

— ¡Calla, joder! — reí negando — Voy a ir apuntando los días que vienes de la semana y los domingos te doy lo que más o menos pueda por el total de los días, según cómo hayan marchado las cajas.

— No necesito nada, de verdad, ya me paga la Junta las prácticas — acarició mi hombro.

— ¡No! El trabajo hay que pagarlo, así que no digas tonterías que haré lo que quiera — le saqué la lengua.

— Haz lo que te parezca — negó y me dio un abrazo y nos reímos. De la noche a la mañana había encontrado en ella a la mejor compañera de trabajo.

La obligué a irse, ya solo era poner un café o dos. Faltaba poco para cerrar y no había nada que vender.

Me puse nerviosa al pensar en lo de la otra vitrina, inclusive tenía sitio para tres mesas y sillas más, ya que todo estaba ocupado durante el día.

Los nervios se estaban apoderando de mí, por una parte, por lo que comenzaba a sentir por Thiago, a lo que le tenía que añadir lo que me estaba pasando en el negocio. Era para alucinar, me sentía en una nube por completo.

Lo de Thiago me preocupaba. En concreto, enamorarme y pasarlo mal por no ser correspondida o que algo terminara mal si lo comenzáramos, pero era obvio que sentía mucho por él y que me encantaba tenerlo en mi casa, ya que me transmitía mucha paz. Estaba claro que me había tratado como nadie lo había hecho y eso había despertado en mí sentimientos muy bonitos que no esperaba.

Salí a la calle, ¡jolines costaba un poco echar la baraja! Di un saltito para pillar bien el saliente del que tirar.

—¿Problemas? —carraspeó detrás de mí Thiago.

—¿Tú estás en todas partes como Dios? —reí.

—No, en todas no. Más bien solo en las que se me quiere—era un caso.

—Pues, hablando de querer, yo quiero que me ayudes a bajar esto—señalé la baraja.

—Permítame, señorita—hizo que me quedara a un lado y la cerró.

Echamos a andar. Él llevaba algo en una bolsa.

—¿Se puede saber que llevas ahí?

—Ingredientes...

—¿Para?

—Hoy te llevo el asiático a casa. Te voy a hacer sushi casero.

—¡No me digas! No lo he hecho nunca.

—Pues siempre tiene que haber una primera vez para todo—arqueó la ceja y después me regaló la más pícaro de las sonrisas que le había visto hasta ese momento.

Llegamos a casa y nos cambiamos.

—¿Me vas a ayudar? —se volvió y yo ya estaba detrás de él, en la cocina.

—Eso parece, pero esto bien merece una copita de vino, ¿no?

—No podrías haber tenido una mejor idea.

Serví un par de copas y le acerqué una. Él ya estaba manos a la obra en la encimera, era extremadamente meticuloso en la cocina.

Con la música de fondo, me llegó aquella mirada penetrante con la que cogió la copa y la insinuante forma con la que dio el primer sorbo. Cielos, sentí un calor y un escalofrío que me recorrieron de arriba abajo.

—¿Cómo ha acabado la tarde en la pastelería?

—Inmejorable. No ha quedado ni rastro de nada, ¿puedes creerlo?

—Ya te dije que sí. Te veo con el negocio subiendo como la espuma y montando sucursales por todas las principales ciudades de España, tipo franquicia.

—¿Qué dices? Quitita, quitita, yo soy una chica sencilla. No me van esas historias—reí.

—Vale, pues entonces te veo con la misma pastelería, pero siempre llena hasta la bandera y con un montón de personas trabajando para ti. Y tú viajando por diferentes lugares del mundo, tomando ideas.

—¡Anda que no vuela nada tu imaginación! Yo, si puedo soñar despierta, me veo dentro de unos años cancelando préstamos y viviendo un poco desahogada. Con eso me conformo.

—¡Eso no lo dudes! Lo vas a lograr, y más pronto que tarde...

Lo pasamos muy bien preparando el sushi y mientras, Thiago me estuvo hablando de algunos de los entresijos de su trabajo.

—Yo, perdona, pero por mucho que me lo expliques no lo entiendo. Lo que tú haces es flipante, es como trabajar en un mundo paralelo a este, pero lo que haces en uno, redonda en el otro...

—Pues sí.

—Yo lo veo como una especie de “Matrix” como el de la película—reí.

—Bueno, yo nunca me lo hubiera planteado así, pero supongo que algo de razón tienes—se quedó pensando—A mí también me parece muy loable lo que tú haces.

—¿Y eso? Yo, solo despacho dulces, bueno, y pan.

—Ya, pero para los amantes del dulce, y yo soy uno de ellos, despachar dulce es como entregarnos una porción de felicidad, que además es muy colorida y alegre.

—¡Qué metáfora tan bonita! —me emocionó.

—Sí, pero no es mía. Verás, mi abuela tenía un pequeño obrador en el pueblo donde nació mi padre y donde íbamos a veranear cuando yo era pequeño. Ella misma hacía la masa del pan y los dulces, con la ayuda de otra mujer del pueblo, que la ayudaba.

—¡No lo sabía!

—Sí, salvando las muchas diferencias por la época y demás, no puedo evitar ver muchas semejanzas entre ella y tú. Ella también ha sido siempre una mujer valiente que se lo ha echado todo a la espalda y que ha sacado su negocio adelante.

—¿Y su marido?

—Mi abuela enviudó cuando mi padre era pequeño, casi recién nacido. Se quedó sola en el mundo en una época en la que las cosas eran realmente complicadas... Y más para una mujer sola.

—Entiendo, pobre, ¡y me quejo yo!

—Total, que ya está jubilada y por eso no puedo ayudarla en su negocio, pero sí a ti en el tuyo...

—Mujeres así son todo un ejemplo. Me habría encantado conocerla.

—Pues eso tiene fácil arreglo. Un día cogemos el coche, y nos vamos a verla.

—¿En serio me lo dices? Lástima que yo no libre ningún día...

—Al tiempo, bonita, pronto librarás...

Su cariñosa forma de hablar, así como los valores que demostraba cuando lo hacía, me fascinaban. Esperaba que no se me notara demasiado la cara de tonta que se me quedaba mientras lo escuchaba.

En la encimera, mientras hablábamos animadamente, trabajábamos codo con codo y yo lo notaba cada vez más cercano.

—Tienes un poco de aguacate aquí—me señaló la punta de la nariz.

—¿Dónde? Yo no noto nada—hice por quitarme lo que fuera.

—Aquí, guapa—noté cómo me lo puso él.

—¡Qué cara! Pero si me lo has puesto tú, yo no tenía nada.

—¿En serio? No me he dado cuenta—se hizo el tonto—pero si yo te lo he puesto, yo te lo quito.

Y fue al acercarse a mi nariz, cuando levantó mi mentón y sus labios besaron los míos. Un

inesperado beso que me supo a gloria y que, instintivamente, le devolví. Permanecimos así durante unos preciosos segundos, tras los cuales nos separamos y con una sonrisa en la cara terminamos de preparar la cena.

Ninguno de los dos dijo ni media palabra al respecto, pero la sonrisa que nos provocó aquel beso permaneció con nosotros durante toda la noche. En aquella velada, las miradas entre ambos se intensificaron y nuestros ojos hablaron, susurrando al otro que entre ambos estaba empezando a surgir una corriente de aire fresco para nuestras vidas.

Capítulo 7



Pues no me lo podía creer, el del reparto ya con la vitrina fuera y una cola de personas esperando.

— Buenos días a todos ¡Cuánto madrugáis! — bromeé mientras abría. Menos mal que la baraja se abría más fácil que se cerraba.

Todos saludaron sonrientes.

Me colocaron la nueva vitrina y rellenaron las dos de forma impecable, además de la cesta nueva de pan.

— Han sacado el producto estrella en la fábrica, son empanadas que se venden en porciones, aquí te dejo la información.

— Gracias, lo veo un producto bueno para añadir — Lo miré, doblé el papel y lo metí en mi delantal — Tráeme mañana una bandeja y comienzo probando con las doce porciones — sonreí.

— Claro, seguro que las pedirás de cinco en cinco en nada — hizo un gesto por la cola.

— Hasta mañana — sonreí feliz y comencé a atender. Ya ni tiempo a mi café me daba y esa mañana Thiago había ido a sacarse sangre muy temprano, así que me quedé sin el mío.

A las diez llegó Clara y se puso el delantal al ver las dos vitrinas llenas de gente, era mi salvación.

— Necesito tomarme un café, aprovecho ahora que hay poca gente ¿Te preparo un vaso de leche?

— Sí, por favor, me lo dejas ahí en un lado que yo me lo tomo a ratitos, ya sabes que me gusta tenerlo ahí.

— Claro — le di un beso en la mejilla.

Me tomé el café y apareció Thiago, dejándome boquiabierta con lo que sacaba de su coche.

— Pero Thiago — me puse las manos en la boca al ver cuatro mesas con sus sillas, que no tardó en montar. Al igual que las otras, de madera blanca, me quedé muerta.

— No podemos perder el tiempo — reía.

Clara me miraba sonriente y emocionada. Yo no me lo podía creer.

— Thiago ¿Cuánto fue?

— Aquí tienes el ticket, pero con una condición te lo doy — lo sostuvo en sus manos.

— Dime...

— Me lo pagas cuando estés totalmente desahogada y con dos meses guardados de gastos para tener algo ahorrado.

— Tengo cuatro meses guardados, así que ya te lo puedo pagar — reí — Además, con lo que saqué el fin de semana ya están cubiertas, créeme.

— Vale, pero otro día, nada de prisas de verdad.

— Thiago, no me busques — reí y lo obligué a sentarse en un hueco que había en la barra.

— Espera — se levantó — Falta un regalo que te compré y repito, es un regalo — me advirtió con el dedo.

Apareció con una caja grande y era un exprimidor profesional de naranjas, además me dio un cubo de madera precioso lleno de ellas.

— Esto es importante en una cafetería — me hizo un guiño — Ahora quiero un café y un zumo — rio.

— Me encanta — decía Clara, mirando el exprimidor lacado en blanco y el cubo con las naranjas que puse en alto, dado lo bonito que se veía.

Clara le preparó el zumo y yo el café. Acto seguido, nos pusimos a atender a otro pelotón de personas que entraron y, además, las siete mesas quedaron ocupadas al momento.

— Me parece que vas a tener que venir todos los días. Mañana te hago un contrato.

— No, si viene un inspector decimos que estoy en mis horas de prácticas, no puedes gastar dinero aún.

— ¿Por qué no? — reí — Te necesito y créeme que ahora mismo da para tu seguro y tu sueldo,

te contrataré seis horas al día, las más fuertes.

— Pues yo me quedo ocho, a mí no me echas tú a mi casa — reía.

Llamé al asesor para que le preparara el contrato. Al día siguiente pasaría Clara por la asesoría a firmarlo.

Thiago se quedó un rato, decía que se le estaban viniendo muchas ideas a la cabeza y que ya me las plantearía.

Comenzamos a barajar la posibilidad de abrir de ocho a una y de cuatro a siete, pero me daba un poco de cague. El caso es que ese día Thiago se quedó todo el tiempo apuntando ideas.

Al mediodía fue a pillar unos kebabs para que almorzáramos los tres en la cafetería, en la parte que había reservada y en la que no se nos veía.

Estuvimos meditando esa idea de abrir a turno partido. Suponía tener más vida, lo impresionante fue que a las seis estaba de nuevo todo vacío.

Thiago fue a la casa un momento y volvió con unos carteles preciosos diseñados por él e impresos, con los tonos y logo de la pastelería, con los nuevos horarios.

Los puso en el cristal, en un lado de la barra y en la parte de la máquina registradora.

Para mí era un sueño hecho realidad, tener mi rato libre para comer y descansar un poco, pero me daba demasiado miedo, aunque sabía que por mi bien sería lo mejor.

Clara decía que la gente se adaptaría. De todas formas, las horas de cierre eran las flojas, las que menos personas venían y era prácticamente seguro que sí se amoldaran a los nuevos horarios.

La verdad es que necesitaba un poco de vida, no tenía ni un día libre, era como vivir para trabajar y por la noche caer rendida.

Me encantaba el nuevo horario, pero me daba tanto miedo que pensé que la podía cagar y cargarme todo lo que habíamos conseguido esos días. No obstante, me pudieron la ilusión y las ganas de tener un poco más de espacio para mí, que me hicieron lanzarme al vacío y a la aventura de intentarlo.

— No te comas el coco que te conozco, verás que mañana va todo genial, a las diez estoy aquí y así por la mañana hago tres horas y por la tarde las otras tres.

— Gracias, cariño — la abracé.

— Gracias a ti por confiar en mí. Y una cosa — me dijo mirando a Thiago — A partir de ahora nos turnamos los domingos para entrar uno cada una más tarde. Tienes que salir algún sábado y disfrutar, no puedes vivir nada más que para trabajar y tu casa — me advirtió con el dedo mientras Thiago aplaudía dándole la razón.

— Bueno, bueno, no corráis tanto que eso ya son palabras mayores — volteé los ojos.

— Bueno, tampoco te veías en tan poco tiempo vendiendo tanto, poniendo turno partido y contratándome a mí — decía sonriendo con ese tono flojo.

— También tienes razón — le hice un guiño.

Aquella tarde cerré con una ilusión increíble. Bueno, si he de ser sincera, cerró Thiago, pues él fue quien echó la baraja.

—Mañana más y mejor—me dijo mirando hacia la pastelería, en el más convincente de los tonos.

—Cualquiera diría que es tu negocio. Te lo estás tomando muy a pecho...

—Es lo menos—rio—Yo estaba en la estacada cuando tuviste a bien acogerme en tu casa y recuerda que es de bien nacido ser agradecido.

—¿Acogerte? Eres demasiado condescendiente. Créeme que lo que hice fue alquilarte una habitación—comenté, mientras comenzamos a caminar.

—Para ti sí, pero para mí, representó más. En concreto, fue la posibilidad de volver a sentirme en un hogar y, además, con la mejor compañía, algo que me ha venido de rebote, y con lo que estoy encantado.

¿Encantado decía? Pues anda que yo, no podía estar más contenta. Íbamos andando por la calle e involuntariamente, nuestros cuerpos tendían a unirse, a llevar el mismo paso y a ir muy cerquita el uno del otro. Incluso, según íbamos charlando y bromeando, en ciertos momentos nuestras manos llegaban a rozarse por la proximidad.

El día había sido inmejorable. La posibilidad, materializada sobre la marcha, de tener a Clara conmigo a diario y el cable que me había echado Thiago, sin esperarlo, acababan de propiciar que el negocio diera un paso de gigante en tan solo unas horas. Junto a ello, el recuerdo del beso de la noche anterior me erizaba la piel.

—¿Damos un paseo antes de subir? —propuso.

—Genial, así estiro un poco las piernas y me sirve de ejercicio, que me das de cenar demasiado bien y al final lo van a notar estas—señalé a mis caderas.

—No te miento si te digo que esas están perfectas—hizo un gesto muy gracioso que corroboraba sus palabras.

—Bueno, pues en ese caso, para que lo sigan estando—reí.

Fuimos paseando hasta un parque cercano en el que había un estanque de patos. Era uno de mis lugares favoritos. Aunque ya había anochecido, terminamos sentados allí en una zona de bancos que había, a solas. Nos acomodamos y subimos los pies en los bancos de piedra, con las rodillas cruzadas y flexionadas.

—¿Y a ti? ¿Cómo te va tu trabajo? —pregunté.

—Bien, yo no puedo quejarme. Tengo una serie de clientes fijos, desde hace bastante tiempo, y con ellos doy por cubierto el cupo.

—¿O sea que también tienes lista de espera como yo cuando abro la pastelería? —bromeé.

—Podría decirse que sí, pero, de todas formas, prefiero algo más de tiempo libre y hasta que tenga un cliente menos, no cojo uno más. Es mi filosofía y así equilibrio muy bien mi vida laboral y familiar.

Me quedé mirando, porque sus ojos en ese momento lo dijeron todo.

—Echas mucho de menos a Nico, ¿verdad?

—Una barbaridad. De hecho, este parque me trae muchos recuerdos de él.

—¿Sí? Lo siento. No era mi intención ponerte triste.

—No tienes nada que sentir, ¡faltaría más! Yo lo traía aquí muchas tardes y por eso lo de los recuerdos, pero lo mejor es que sé que pronto volveré a traerlo.

—¡Eso ni lo dudes!

En ese momento, instintivamente, puse mi mano sobre la suya. Me dio un poco de corte y él lo detectó. Me sonrió de una forma preciosa y eso me dio confianza. Al fin y al cabo, ya empezábamos a tenerla entre nosotros, de modo que mantuve la mano así unos segundos, hasta que la aparté para echarme el pelo detrás de la oreja. Fue mi forma de salir del atolladero.

Un rato después abandonamos el parque. Llegamos a casa y me ofreció hacer una cena ligera, consistente en unas medias noches, que rellenaríamos con recortes de comida de los días anteriores.

—De vez en cuando hago eso. Miro lo que queda de otros días y lo encajo de alguna manera, para aprovecharlos. Odio tirar comida.

—¡Madre mía! Encima cien por cien organizado—reí.

—Encima y debajo—me echó un guiñito de ojos picarón que me llegó al alma.

Por lo que iba comprobando, él era mucho de hablar en doble sentido y eso me encantaba. Se notaba que era un tipo inteligente e incluso cuando decía algo con dobleces o un poco más atrevido de lo habitual, lo hacía con toda la elegancia del mundo.

En un periquete, estábamos sentados en el sofá, con una bandeja de medias noches por delante que no se la saltaba un galgo. Ese día pusimos una peli directamente, pues estábamos algo cansados y nos iríamos a la cama pronto. Por esa razón, cenamos en la mesa elevadora que tenía delante del sofá.

—Este sistema es muy cómodo—comentó mirándola—Aunque, donde se ponga una cena normal con la gente mirándose cara a cara y comentándose cómo han pasado el día, ¿no te parece?

—Totalmente. Este sistema está bien para un día como hoy, puntual—estaba de acuerdo con él.

—Sí, porque hoy tenemos menos que contarnos. Hemos vivido el día casi juntos en la pastelería—rio.

—Verdad y, yo he estado súper a gusto, pero no quiero que interfiera en tu trabajo. No vaya a ser que el mío comience a ir para arriba y el tuyo para abajo—hice el gesto con los dos brazos.

—No te preocupes, lo hago porque puedo y de corazón...

Y el corazón fue lo que se nos debió disparar a ambos en aquel momento en el que Thiago se me acercó y besó mis labios, aunque con aquel beso, además, acarició mi alma. Después, nos separamos y sonreímos, manteniéndonos la mirada, con unos ojos que denotaban lo que estaba empezando a pasar entre nosotros...y que los dos sabíamos.

Al terminar la película, cada uno se fue para su cuarto, no sin antes darnos un cariñoso “buenas noches”. En el justo instante en el que abrí la puerta de mi dormitorio, me volví y vi cómo él estaba haciendo lo mismo, echarme una última mirada.

Me metí en la cama contenta, muy contenta. Mi historia con Edu me había dejado tocada, pero el impresionante tacto de Thiago estaba obrando maravillas en mí. Me fascinaba ver lo bien que me trataba y lo despacio que actuaba, respetando mis tiempos. Con su buen hacer, me estaba ganando por días. La ilusión hizo que me costara un poco coger el sueño esa noche.

Capítulo 8



— Buenos días — sonreí y me acerqué a coger el café, pero me puso los labios para que antes le diera un beso y se lo di, por supuesto que se lo di.

— Ahora sí. Buenos días — me tiró un pellizco en la cara y me dio el café.

Me encantaba ese toque que le daba a todo, tan sensual, pero tan precavido y sin prisas a la vez. Era algo extraordinario tener cerca a ese hombre.

Me fui nerviosa a la pastelería. Cuando llegué ya había una cola importante, así que abrí corriendo y me colocaron todo en cinco minutos, en los que ya estaba yo lista para atender.

A las diez llegó Clara y sentí un alivio impresionante. Me estaba ahogando del estrés, así que me tomé un café y la miré reconfortada, mientras ella me sonreía de forma tranquilizadora.

— Ya le dejé firmado al asesor todo — sonreía.

— Me alegro, muchas gracias.

— A ti — me sacó la lengua.

Esa mañana fue un no parar. A la una, cuando cerramos, quedaba menos de la mitad del género y aún teníamos por delante toda la tarde, no podía estar más contenta.

Las empanadas se vendieron antes de las once de la mañana, así que llamé para que el día siguiente me trajeran tres bandejas.

Llegué a casa y Thiago estaba en la cocina con el horno, ya terminando de hacer un pescado con verduras y patatas que tenía una pinta de muerte.

Me dio un beso en los labios y me abrió una lata de refresco. Siempre tenía una sonrisa en su cara para mí, además de infinidad de gestos de cariño.

No me podía creer el comer tan relajada. Sentí como si me hubieran hecho el mejor regalo de mi vida y encima que me esperasen con la comida hecha, que me pusieran la mesa... eso jamás lo había experimentado.

Recogimos la cocina después de almorzar y de una charla animada y nos fuimos al sofá con dos cafés que yo preparé. ¡Me parecía lo menos!

Nos lo tomamos mientras me acariciaba la pierna con mucho afecto, riéndonos felices por el tema de la pastelería y diciéndome que el viernes nos iríamos a celebrarlo cenando fuera y tomando unas copas.

Era muy cuidadoso de no hacer nada que me pudiera sentar mal, hasta para tocar mi rodilla era cauteloso, actuando como lo podría hacer una abuela que con cariño te escucha. Mis ejemplos y yo...

Me quedé dormida no sé en qué momento y a las cuatro menos cuarto me despertó con cuidado y un cafecito de esos que tanto me gustaban.

Me lo bebí de un sorbo y salí hacia la cafetería donde ya había personas esperando y charlando con Clara.

Abrí y las mesas comenzaron a llenarse de clientes tomando cafés y pasteles, además la zona de vitrinas llena para llevarse pan o dulces.

La cosa es que aquello cada vez duraba menos y a última hora no quedaban ni naranjas, a pesar de haber comprado veinte kilos esa mañana.

Era impresionante...

— Mañana vamos a tener que traer al reservado muchas más bolsas de naranjas — dijo Clara.

— Sí, por favor, cómo se vendieron. Estoy alucinando.

— Esto tiene pinta de que la gente lo acogió muy bien — sonreía feliz.

— Mi ex era muy soso, no quería ni moverlo en las redes y sé que el trabajo que hizo de promoción Thiago fue lo mejor que me pudo pasar en la vida.

— Sí, está a tope, las ventas triplican a las del día que empecé, es fascinante.

— Así es. En el fondo me da mucho miedo que todo sea un golpe de suerte.

— ¡No! Ya tenemos a muchos clientes fijos, no es un golpe de suerte, les gustó lo que probaron — negó a modo de riña.

— Espero — reí — El viernes voy a salir con Thiago — me puse las manos en el pecho.

— ¡Qué bien! El sábado abro yo, no llegues a primera hora — me advirtió con el dedo —

Antes de las diez no te quiero ver aparecer.

— Te lo agradezco, aunque no prometo nada, ya sabes cómo soy — volteé los ojos.

— Me da igual cómo seas, solo te digo que disfrutes y que no te preocupes por nada — me señalaba con el dedo con esa cara de no haber roto un plato.

Me sentía con ella como si fuera mi hermana pequeña. Le tenía un cariño muy grande que se acrecentaba cada día, era algo que hacía mucho tiempo no sentía con nadie. Sin embargo, ahora me abría en canal con Clara y le contaba todo, al igual que yo solía escuchar esas historias que me contaba y que tanta gracia me hacían.

Me preparé un café y a ella un vaso de leche. Faltaban diez minutos para cerrar y ya no había nadie, ni nada, estaba todo completamente vacío. Me producía una gran felicidad ver cómo había crecido aquello en tan poco tiempo.

— Si esto sigue así, voy a buscar a alguien para que trabaje los fines de semana, o sea, el sábado con una de las dos y el domingo con la otra, así libramos un día — le hice un guiño.

— Eso estaría genial ¿Te imaginas?

— Si sigue así lo haré pronto, también tenemos que vivir, no sabes lo feliz que fui comiendo en mi casa y teniendo ese ratito para mí.

— Te entiendo — me miraba emocionada.

Y lo necesitaba. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza el que pudiera alguien trabajar conmigo y ya tenía a Clara, menos el cerrar al mediodía y seguir obteniendo los mismos resultados que habíamos alcanzado... Por eso, como mis sueños se estaban cumpliendo y yo era feliz con muy poco, pues ahora el siguiente paso sería poder librar uno de los dos días del fin de

semana e intentar tener una vida normal donde poder hacer las cosas que me apetecieran, como salir un día y recogerme a las dos de la mañana por poner un ejemplo, o a las siete si se diera el caso o se encartara, o quedarme viendo una película hasta altas horas de la madrugada...

Ese día me iba llena de sueños para mi casa, con más ilusiones que preocupaciones, y eso suponía un gran premio para mí.

Llegué a casa y vi un precioso *bouquet* de flores sobre la mesa. Eran variadas y coloridas y le daban un toque precioso al salón.

—¿Y esto? —las señalé, sonriente, mientras él se acercaba a darme un beso.

—Flores para otra flor—contestó con total parsimonia—Ahora bien, no conocía tus gustos, de modo que me tiré a la piscina y dije que pusieran de varios estilos...

—Son preciosísimas—las cogí y me las llevé a la cara, para olerlas.

—No te muevas por favor, Valeria, tienes una foto preciosa con ellas.

Fue a por su móvil y me echó una. Luego me la enseñó. Tenía razón, había quedado de lo más natural y eso que normalmente había que echarme varias para que me gustara en una.

—Parece una postal. Deberías sacarla y hacer un póster con ella.

—¿Lo dices en serio?

—¡Claro! Quedaría genial allí, ¿no te parece? —señaló una zona de la pared en la que podría encajar muy bien.

—¿Pues sabes lo que te digo? Que tienes razón. Apenas tengo fotos en casa porque a mi ex no le gustaban, decía que las casas con fotos parecían mausoleos, pero yo pienso que son instantes retenidos en el tiempo.

—¡Naturalmente! Y encima con esa cara tan bonita, ¡vamos! Es para empapelar la casa con imágenes tuyas...

—No te pases, jaja

—Yo siempre digo lo que siento...

—Gracias, tú también eres muy guapo—le solté de golpe.

—¿Te lo parezco?

—¡Claro!

Y se vino arriba. Vi cómo se acercaba a mí y, levantando mi mentón, me besó apasionadamente. No fue un beso discreto como los de las noches anteriores, sino uno largo y decidido durante el que me sentí flotar. Tanto que, cuando nuestros labios se separaron, me dio la sensación de que me temblaban las piernas.

—Ahora, ve a cambiarte, que sé que hasta que no lo haces no estás cómoda—me dio incluso un toquecito en el culo al darme la vuelta, que me supo a gloria y volé para mi dormitorio.

Cuando llegué a la cocina ya lo tenía todo bajo control.

—Vaya dominio que tienes aquí.

—Hombre claro, la cocina ya es mía y lo sabes.

—¿Sí? ¿Y lo mío que es entonces?

—Lo tuyo el sofá, para descansar.

—¿Eres de verdad? Me acerqué y le di un pellizquito en el brazo. ¡Jolines, mis dedos se resbalaron! ¡Estaba cañón el tío! —¿Haces deporte?

—Bueno, siempre me ha gustado cuidarme. Los últimos días han sido un poco caóticos, pero lo normal es que salga a correr varias veces por semana y haga algo de pesas, las tengo en el cuarto.

—A mí también me gustaba salir a correr, y digo me gustaba porque no sé cuándo volveré a tener tiempo de hacerlo—reí.

—Antes de lo que crees. Ya lo verás...

—¡El universo te escuche! Aunque parece que ya lo está haciendo—mi sonrisa confirmaba el buen momento que estaba empezando a vivir.

—Pues sí y cuando lo haga del todo, saldremos a correr juntos...

—Sería un sueño—me apoyé en la encimera y puse mi cara entre mis manos—También me gusta la bicicleta. Hace un tiempo que no tengo, pero está en mis planes volverme a comprar una.

—¿Sí? Yo tengo una en mi trastero. Tenemos que mirar rutas...

—¡Vale! ¿Cómo puedo ayudarte? —miré a lo que estaba haciendo.

—Sirviéndome una copa de vino y otra para ti—me sonrió.

—¡Así da gusto!

—Es crema de calabacines, ¿te gusta?

—¿Bromeas? Es una de mis preferidas, con ese saborcito final a queso que le queda... Es que el queso me pierde.

—¿Sí? ¿Tenemos una ratoncita en casa y yo sin saberlo?

—Más o menos—llegué a su altura y le puse una copa en la mano—Por nuestros planes—pensé en todos aquellos que íbamos haciendo sobre la marcha, sencillos, pero que me ilusionaban a más no poder.

—Yo no lo hubiera dicho mejor. Ahora a esperar que se terminen de cocer—acababa de poner los calabacines a hervir—Y luego a pasar por la batidora.

—¿De dónde te viene tanta afición por la cocina?

—De mi madre. Ella era cocinera en un restaurante familiar, de un tío mío. A mí el mundo de la cocina siempre me ha llamado, pero no quise dedicarme profesionalmente a él porque es muy sacrificado en horas y yo quería tener tiempo para mi familia, para el día que llegaran los niños...

—¿Te gustan mucho?

—Me encantan. Y Nico, creo que no es pasión de padre, pero es un niño muy especial, ya lo verás...

—Deseando estoy.

Mientras cenábamos, pensaba que el especial era él. Costaba trabajo encontrar hombres con tantos valores y a Thiago es que se veía que le salían del alma.

Recogimos la mesa y la cocina y nos sentamos a ver una peli, como ya era el ritual nocturno.

—Propongo empezar a ver alguna serie juntos a partir de mañana—sugirió.

—Me parece una idea estupenda.

Y sí, por un lado, me lo parecía porque yo era mucho de series, pero por otro, me encantaba porque era como tener la certeza de que él seguiría allí al día siguiente, y al otro y al otro...

—Tú eliges...

—¿Y por qué yo? —me colocó el catálogo de series por delante.

—Porque te dejo ventaja, la próxima vez lo haré yo.

—¿Harás qué? —esta vez fui yo la que lancé la bromilla al aire.

—Esto—me contestó—dándome un nuevo beso que me supo tan bien o mejor incluso que el anterior.

—Entendido—reí, feliz.

Y esa fue la misma felicidad que sentí cuando nos despedimos y me metí en la cama, consciente de que cada día íbamos dando un pasito más.

Capítulo 9



— Buenos días — sonreí al verlo con el brazo estirado para darme el café.

— Buenos días, preciosa — me dio un beso en los labios.

Me tomé el café rápidamente, mientras intercambiábamos algunas palabras y salí pitando hacia la pastelería.

Como siempre todo a reventar, joder y eso que yo llegaba antes de la apertura.

Miré a Clara que me sonreía mientras charlaba con un cliente y abrí. Entramos directas a preparar todo mientras nos colocaban las vitrinas y demás.

Quitamos rápidamente el golpe gordo y preparé un café, además del vaso de leche de ella, pero claro, nos lo tomamos por partes, aquello era un ir y venir constante de gente.

— Mis padres están locos de contentos con el hecho de que yo esté trabajando aquí — me repitió, como otros días.

— ¡Cuánto me alegro! — sonreí emocionada de saber que era así.

— ¿Sabes? Ayer estuve mensajeándome con un chico que me gusta, se llama Sergio y comenzó

a mandarme mensajes por el privado de Instagram — sonreía.

— ¡Vaya! Cuenta, cuenta — me acerqué a ella, mientras observaba que todas las mesas estaban atendidas.

— A mí me gusta de siempre, pero tenía novia — sonreía — Parece ser que lo dejaron y ayer me habló para decirme que era muy bonita la foto que había colgado — sonreía con esa sencillez que le caracterizaba — ¿Y?

— Estuvimos hasta las doce de la noche hablando y quedamos en que seguiríamos haciéndolo esta tarde cuando yo saliera de trabajar — puso una cara de ternura que me hizo sacar la mejor de mis sonrisas.

No pudimos seguir hablando pues no había tregua, así que nos pusimos manos a la obra hasta la una que cerramos el local y quedamos en vernos a las cuatro.

Llegué a casa y allí estaba Thiago en la cocina escuchando música y preparando la comida. Me dio un precioso beso.

— Vaya ¿Patatas fritas?

— Patatas fritas, con huevos y jamón — me hizo un guiño.

— Joder, eso suena genial — cogí una lata de refresco de la nevera.

— Eso está para darse un homenaje — me abrazó — ¿Qué tal la mañana?

— Pues a tope, bendito el día que te conocí...

— Eso estaba pensando antes — rio.

— ¿Qué pensabas?

— Todos se conocen en la calle y luego surge algo...

— Ya — reí — Y nosotros viviendo juntos antes de comenzar algo — lo abracé.

— Así, es... — me miraba feliz.

Era increíble, tenía que darle la razón en que todo había surgido al contrario de lo habitual, pero estaba naciendo algo con visos de hacernos vivir una historia de lo más bonita, al menos yo me ilusionaba pensando en ello.

Las patatas con huevos rotos y el jamón estaban deliciosas. Eso sí, me tumbé en el sofá que parecía que iba a reventar. No podía con la pesadez que sentía en la barriga, pero como sarna con gusto no pica, pues yo había disfrutado ese impresionante plato.

Me quedé dormida y me despertó veinte minutos antes con esa sonrisa y poniendo el café en mis manos.

Lo miré pensando la suerte que tenía y lo afortunada que había sido con lo que me había pasado con Edu. Ahora lo veía así, gracias a eso hoy tenía aquí conmigo a Thiago y este sí que valía su peso en oro.

Llegué a la pastelería y Clara ya la había abierto. Le había dado una copia de la llave y le dije que no me esperara más fuera, no era necesario.

— Ya he vendido en este rato veinte barras de pan — dijo feliz — además se agotaron todas

las empanadas, hay que aumentar el pedido.

— Pero ¿cuánto tiempo llevas aquí?

— Llegué a menos veinte, ya me aburría en mi casa, además mis padres hoy no vinieron a comer.

— Ah bueno. Pues yo me hubiera quedado durmiendo toda la tarde — reí.

— Haberlo hecho, yo te cuido esto como si fuera mío — sonreía, mientras se puso a atender a unos cuantos clientes que acababan de llegar.

Le sobraba razón en que ella lo cuidaba como si fuera suyo. Clara era honesta, trabajadora y muy dispuesta todo el tiempo, había hasta que frenarla, todo lo quería hacer ella.

Esa tarde a las cinco ya no quedaba nada, era increíble, me daba hasta vergüenza por los clientes, pero es que cada vez venían a por más, así que para el día siguiente pedí bastante más género.

— Te juro que esto no lo asimilo — dije, preparándome un café y a ella un zumo de naranja.

— Ni yo — sonreía — Es increíble lo bien que funciona, yo me siento muy feliz.

— Lo sé, bonita. No sé qué haría sin ti — reí.

— Pues encontrar otra — apretó los dientes.

— No, otra tan simpática y generosa como tú, no la encuentro en mi vida — la abracé.

— Yo tengo una amiga que dice que si hace falta podemos contar con ella — sonrió — Y si lo digo es porque sé que es muy trabajadora y le hace falta el dinero. Eso sí, está como una cabra, pero todo de boca — reía — Se llama Lola.

— Pues mira, tenla preparada, que nos puede hacer falta la semana que viene si la cosa sigue así.

— Te reirás mucho con ella, no sabes la boca que tiene, pero no para los clientes. En *petit comité* las sueltas toda — reía.

— Así era yo, pero mi ex me dejó tonta — reí.

— Pues con Lola volverás pronto a ser lo que eras. Conmigo no puedes porque yo no tengo ese desparpajo — sonreía y me encantaba.

— Pero tú eres pura dulzura ¿cómo vas a ser una deslenguada?

— Bueno, no soy tan dulce, lo que pasa es que es difícil sacarme de quicio.

— Ah no, ni creo que se consiga.

— Enfadada me pongo tonta, no hablo, es la verdad. Me puedan pedir perdón de rodillas, que yo me quedo inmóvil y no me sale ni una palabra. Lo mismo que si me buscan, me quedo callada, no respondo.

— Eso si te pasa conmigo un día me lío a hacerte cosquillas — le saqué la lengua.

— No creo que me enfade nunca contigo — reía.

— Ni yo, sigas o no a mi lado aquí, para mí eres ya mi niña bonita.

— Me alegro de que sea así — me acarició el brazo con mucha afectividad.

Terminamos de currar y nos despedimos hasta el día siguiente.

Salí de la pastelería con la sonrisa en la cara. Me encantó sentir la brisa de la tarde. Pasaba muchas horas encerrada y, cuando por fin me veía en la calle, era como si quisiera llevarme en los pulmones todo el oxígeno de golpe. Respiré hondo y seguí andando.

Me encontré por el camino con Vero, una chica que había sido vecina de la escalera y que hacía unos meses que se había mudado. No la había vuelto a ver desde entonces, aunque me comentó que se quedaba en el mismo barrio, pero en una zona más apartada. Y el caso es que no iba sola.

— Te presento a Marcos — levantó la ropita del capazo del cochecito de capota y lo que vi no me pudo inspirar más ternura.

— ¡Vero, es precioso! Y tan pequeñito...

— Muy pequeñito, sí, cumple hoy quince días. Venimos del pediatra, pero por rutina.

— Por favor, ¡pero si es una ricura! No tenía ni idea...

— Es verdad, no me dio tiempo a comentarte. Me enteré de que estaba en estado justo cuando llegué a la casa nueva y no hemos vuelto a coincidir — ¿Y tú? ¿No te animas?

—No, me temo que no. Yo también tengo una novedad grande en mi vida, pero no en forma de niño, sino de pastelería. Monté una.

—¿No me jodas que la pastelería nueva de la que todos hablan es tuya?

—Creo que sí, a no ser que haya otra más famosa en el barrio y yo no me haya enterado.

—No, no, es la tuya—rio—Fíjate que yo había escuchado hablar de ella a las vecinas, pero ayer me llegó una sugerencia de Facebook de una amiga, que vive justo en la otra punta de la ciudad, con la promoción de tu negocio.

—Sí, está teniendo mucha aceptación, se está moviendo mucho en las redes.

—Pues cuenta con una clientela más, porque mañana estoy yo allí a probar esas exquisiteces que corren de boca en boca, que todavía tengo las hormonas revolucionadas y necesito dulce.

Nos reímos con su comentario y le agradecí su confianza. Después me preguntó por Edu y la puse un poco al día. Se quedó patidifusa cuando le conté, pero lo mejor del asunto para mí fue comprobar que ya hablaba del tema sin ponerle emoción de ningún estilo. Ya mi ex no me generaba ni frío ni calor, indiferencia en estado puro.

Llegué a casa y olía que alimentaba. Me puse la mano en la frente, de lo más teatrera, para entrar en el salón y decirle a Thiago una vez más que él no podía ser de este mundo, cuando me lo encontré hecho un manitas, con el taladro en la mano.

—Te estaba esperando. Has tardado un poco más de lo habitual—bajó de la escalera en la que estaba subido y vino directo a darme un beso.

—¡No puede ser! —la emoción me embargó y no solo le correspondí con el beso, sino que me fundí con él en un fuerte abrazo—Thiago, es precioso.

—El mérito es entero de la modelo—dijo, señalando al vistoso póster que, según me contó, acababa de recoger.

—Pero ¡míralo! Si es enorme. Te tiene que haber costado una fortuna.

—¿Qué dices de una fortuna? Yo sé comprar a buen precio y, además, considéralo una inversión.

—¿Cómo una inversión? —me quedé mirándolo, intrigada.

—Pues sí, una inversión. Este cuadro quita las penas, o al menos me las quitará a mí cada vez que lo mire y vea tu cautivadora sonrisa.

—¡Yo es que te como! —le di un segundo abrazo tan fuerte que casi nos quedamos los dos sin respiración.

Le había faltado el tiempo para llevar mi foto a enmarcar, ¡y en tamaño gigante!

Estuvimos colocando el cuadro y él, muy bromista, hizo como que se caía de la escalera, ¡casi me da un síncope!

—A mí no me gastes esas bromas, que me pongo taquicárdica.

—¡Vaya buena casera que estás hecha! Miras mucho por tu inquilino—me dijo, mientras me besaba, al poner los pies en el suelo.

—Sabes que no soy solo tu casera...

—¿No? Pues dime aquí, bajito, al oído lo que eres.

—¡Yo que sé! —salí corriendo a cambiarme con las manos en la cara, roja como un tomate y muerta de la risa. Me había dejado sin palabras. No sabía qué contestar a su pregunta, solo sabía que me encantaban esos momentos tan espontáneos con él.

En unos minutos salí con ropa cómoda de casa y ya él estaba en la cocina. En el salón, ni rastro de la escalera ni de que allí hubiera habido un taladro minutos antes. Todo impoluto, como era su costumbre.

Pusimos la mesa y nos sentamos a cenar.

—Recuerda que mañana tienes que venir del trabajo directa a arreglarte, que no tenemos tiempo que perder—rio.

—¡Claro! ¿Dónde vamos a ir?

—Pues tengo en mente un sitio precioso, te voy a dar una sorpresa. Creo que te gustará...

No conseguí que soltara prenda durante toda la cena, ya lo intentaría más tarde en el sofá. Esa noche no vimos nada en la tele, ni peli, ni serie, ni ocho cuartos. No le dimos ni al botón de encendido.

Debimos pasar como unas dos horas en el sofá, de lo más acaramelados, pues Thiago me agarraba y me llevaba fuerte hacia él. Yo tenía la sensación de que el latido de nuestros corazones se sincronizaba en ese momento.

Estaba de lo más a gusto y no pude evitar que se me escapara un suspiro, que hizo que

comenzara a preguntarme por su significado. Mis orejas debían echar fuego de lo rojas que se estaban poniendo por segunda vez en la noche, pero él me apretaba más contra su cuerpo y todo se me pasaba.

Fue una velada encantadora en la que no logré sacarle ni una palabra sobre dónde iríamos al día siguiente, pero en la que sí saqué en claro que cada vez me gustaba más, sobre todo cuando empezó a besarme apasionadamente...

Capítulo 10



Nerviosa, así me levanté con la idea de ir por la noche a ese sitio tan enigmático...

— Buenos días, Thiago — sonreí al verlo sirviéndome tan feliz el café.

Le eché la mano por encima y le besé en la mejilla.

— Buenos días, preciosa. ¿Qué tal dormiste?

— Genial, la verdad es que me costó levantarme de lo bien que me sentía entre las sábanas — me lo tomé de un trago.

— Luego nos vemos, que te sea leve — me besó y yo me fui de lo más feliz del mundo.

Llegué a la pastelería y era brutal ¿De dónde salía tanta gente a las ocho de la mañana?

Clara ya estaba despachando mientras ponía el del reparto lo mejor posible aquel extra de todos los productos. Para mis ojos era fascinante ver la de bandejas que salían diariamente.

— Me encantan los tonos esos — señaló Clara a la parte de abajo de la vitrina.

— Estoy de acuerdo contigo, son de esos que llaman a comprarse — sonreí.

— Por cierto, mañana vas a entrar más tarde, que esta noche tienes una cita — me miró con esa sonrisa que era de lo más encantadora.

— Si, pero no mucho más y veremos si puedo o empieza a picarme el culo, sabiendo que esto está abierto, y me vengo, aunque no pueda con mi cuerpo.

— Bueno, bueno, eso solo significaría que no confías en mí.

— ¡No! — reí — Eso significaría que soy consciente de cómo está esto, y más en fin de semana, y no te quiero dejar a ti sola con este marrón.

— Pero si sabes que yo puedo — negó sonriente, mientras atendía a los siguientes clientes.

Claro que podía, pero yo sabía que ese negocio era mi responsabilidad y no la podía dejar con semejante papeleta sola por mucho tiempo. No era justo, al menos yo me sentía mal actuando así.

A las doce y pico de la mañana llegó una amiga de Clara, muy graciosa, me imaginé que era Lola, y cuando me la presentó lo confirmé.

Llevaba una pasada de lycra roja con una moña en la cabeza, además de sus labios rojos, como el jersey que vestía. Era otra monería, pero se veía menos tímida que Clara.

— ¿Así que tú eres la persona que Clara quiere que pongamos de apoyo? — pregunté sonriente, me causaba ternura, solo tenían veinte años, pero estaban dispuestas a comerse el mundo.

— Sí, a mí con que me des diez euros cada vez que venga, ya me siento salvada — reía.

— No, por favor, no soy ninguna aprovechada — negué riendo.

— Me hace falta trabajar, esa es la realidad. Mi madre se quedó parada y con lo de mi padre apenas tienen para tirar el mes, así que como para darme a mí para salir o comprar algo de ropa.

— Te entiendo.

— Os dejo hablando — Clara se puso a trabajar, ya que entraron clientes.

— Quería venir para que me conocieras y decirte que estoy a tu disposición cuando me necesites.

— Claro, hiciste bien. Creo que te vamos a necesitar muy pronto — le hice un gesto con la cara para que viera que siempre estaba aquello así de concurrido.

— Pues lo dicho, cuenta conmigo cuando lo necesites, yo encantada.

— Te puedo hacer un contrato en prácticas por dos meses para los fines de semana y luego, si esto sigue funcionando igual, podemos hacer otro como el de Clara.

— Yo, encantada — se puso las manos en el pecho.

— ¿Quieres empezar este fin de semana?

— ¿Mañana?

— Claro.

— ¡Sí! — miró a Clara, que la vio aplaudir emocionada y comenzaron a sonreír.

Llamé al asesor y me dijo que se pasara por la tarde a firmarlo para que pudiera comenzar al día siguiente.

Lola se fue con los ojos llenos de ilusión y quedó en vernos por la mañana. Me quedaba más tranquila, ya que tendría Clara compañía el tiempo que yo me retrasara.

— Has hecho el fichaje del siglo — dijo desde la puerta señalándome y riendo.

Miré a Clara que negaba con la cabeza, riendo también.

— Es todo un personaje, pero leal, fiel y muy buena persona.

— No lo dudo — sonreí mientras limpiaba la barra.

— Verás lo que nos vamos a reír, tiene una lengua... — se señaló a la boca y movió luego la muñeca con rapidez.

— Así nos da vidilla — le hice un guiño.

A la una cerramos y quedamos en vernos a las cuatro. Se iba muy contenta por mi decisión de haber empleado a su amiga. Por mi parte, pensaba que era tan mona que ¿cómo no le iba a ofrecer trabajo si nos hacía falta personal y parecía tan adorable?

Estaba segura de que con ellas dos iba a ser todo más ameno, ya lo era con Clara, así que añadiendo a Lola sería muchísimo mejor.

Llegué a casa y ahí estaba Thiago sonriente en la cocina, mirándome con esa cara que hacía que babeara por el pasillo hasta llegar a él.

Nos dimos un precioso abrazo.

— Ummm, cómo huele...

— Es atún con cebolla caramelizada al Pedro Ximénez.

— Tengo que decirte dos cosas — me dio una lata de refresco.

— A ver, las que quieras, menos que me vaya — sonrió.

— ¿Irte? Estás secuestrado, por cierto, de eso quería hablarte.

— No me vas a pagar ni un mes más y aquí tienes el dinero que me pagaste por el primero. No protestes — le puse la mano en la boca cuando fue a hablar — Me escuchas — reí — Con los que he ganado la última semana tengo pagado todo el mes, así de alucinante, con las niñas incluidas.

— ¿Niñas?

— Eso luego te lo explico, pero no me cortes. Haces que tenga visibilidad en las redes, que venda cuatro veces más, me cocinas, compras la comida... Si piensas que te voy a coger el dinero, demostrando tan poca vergüenza, es que no me conoces.

— Pero eso lo hago porque yo también como, lo de la publicidad es porque quiero y no me cuesta, pero lo de pagarte la casa es lo normal — negó lentamente, suplicando que no le diera el dinero.

Se lo metí en el bolsillo.

— Lo gano bien, no me supone nada ese dinero de verdad. Solo quería estar en la zona por mi hijo y mira, ahora no me quiero ir de aquí — rio.

— Ni yo que te vayas — lo abracé — Pero créeme, no quiero ese dinero, no disfrutaría de ti de la misma manera.

— Si es por disfrutar — hizo ojitos — yo me quedo el dinero, que no te preocupes que se invertirá en cenas y salida los fines de semana — hizo un ruido con la garganta.

— Haz lo que quieras, es tuyo — le saqué la lengua y me volvió a besar.

Unos momentos después nos sentamos a almorzar y en mi vida había comido unos solomillos de atún tan deliciosos y bien cocinados.

— No, no — hice el gesto de fetén — esto es una exquisitez — solo me faltó gemir de placer. Me cohibí, pues ya iba a ser muy atrevido, pero la comida bien lo merecía.

— ¿Cuántos puntos sumo con esta exquisitez? — me hizo un guiño.

— Ah no, ya no quedan puntos, te los llevaste todos.

— Y yo sin enterarme — negó bromeando.

— Es que no me haces caso — voltee los ojos, siguiendo la broma.

— ¿Dices que no te hago caso? Solo me falta ir a hacer guardia a la pastelería, sentado en la

barra.

— ¿Y para qué quieres hacer guardia? — reí mientras mordisqueaba otro trozo.

— No sabes la de chicos que estarían dispuestos a conquistar a alguien como tú — levantó la ceja.

— ¡Por favor! No me digas eso, que cala hondo en mi alma.

— Que cale, que cale — frunció el ceño.

— Eres como un niño pequeño — reí mientras babeaba con sus cosas, me encantaba.

Recogimos la mesa y nos tomamos un café en la cocina mientras le conté lo de Lola, cosa que le pareció genial. Se notaba en la sonrisa de felicidad que esbozaba con ese tipo de noticias, sabor de cómo me iba relajando respecto a los temores que tenía cuando él me conoció.

Un rato después estábamos en el sofá y Thiago hacía con el dedo como si fuera un reloj de esos de péndulo, con la broma de que me iba a quedar en cero coma dos segundos dormida.

Y así fue, me quedé frita y no me desperté hasta que me avisó con el café en la mano.

— Me encanta esto de la siesta — lo abracé.

Me bebí el café y quedamos en vernos más tarde. Quería llegar antes que Clara, que cada vezabría antes.

Y no, no fue posible, ya estaba mi niña despachando sonriente y feliz como una pequeñita el

día de Reyes ¿De dónde sacaba esa vitalidad?

— No paras — reí.

— Pues ya recogí hasta la cocina de mi casa para que mis padres se fueran a descansar — sonreía — No veas la que me dio Lola por mensaje agradeciéndome lo de trabajar aquí. Está de lo más emocionada.

— Me alegro mucho, se ve adorable.

— Es muy viva, ya lo verás, como te dije es la alegría de la huerta.

— Por cierto ¿Qué tal con Sergio?

— Hemos quedado en ir hoy al cine — unió sus manos y me miró con emoción.

— ¿En serio?

— Sí — no dejaba de sonreír — Pero solo al cine y a comer una hamburguesa, sabe que tengo que trabajar.

— Entra tú el domingo más tarde y así sales la noche del sábado.

— No te preocupes...

— Ah no, dijimos un día cada una y para eso también estará Lola los fines de semana.

— Vale, está bien, entraré a las diez y saldré un poco — me acarició el hombro y se fue a

atender dos mesas nuevas que se llenaron. Se habían acabado de quedar vacías y no tardaron en ser ocupadas.

Aquello era un trasiego impresionante de gente. Cada vez se nos agotaba antes el género, menos mal que esa vez pedí más aún y teníamos algo reservado para no quedarnos tan pronto con las manos vacías.

La tarde estaba siendo impresionante de público. No me dio tiempo ni a tomar un café, increíble pero cierto, pero es que no paramos ni un solo momento.

A las siete cerramos la baraja y nos tomamos el café juntas, bueno ella su vaso de leche.

— Joder, voy a llamar a la fábrica, mañana debemos tener más empanadas, que vuelan.

— Es verdad, no nos llegan ni al mediodía.

— Pues ya está, llamo, las pido y también los de hojaldre de chocolate que siguen agotándose los primeros.

— Mira — señaló sonriendo a la cristalera y fue a abrir a sus padres.

Los saludé y no paraban de darme las gracias. Les invité a un café.

Estaban de lo más contentos, pues ellos opinaban que mientras su hija decidía qué hacer con los estudios era genial que estuviera conmigo trabajando y valorando el esfuerzo de ganar el dinero.

Era un matrimonio joven, se notaba que estaban muy unidos entre ellos y hacían gala de unos valores de los que ya no quedan. Era un gusto hablar con ellos.

Estuve un rato charlando con ambos de aquella zona y de lo bien que se vivía en ella. Yo les explicaba que llevaba pocos años allí, pero que me gustaba mucho ese lugar y la ciudad.

A Clara se le notaba una gran complicidad con sus padres, algo tan bonito que hasta sentí envidia sana de no poder disfrutar de una familia así. En cualquier caso, me alegraba mucho por ella ya que era una niña que se lo merecía todo por el buen saber estar y condición que tenía.

Me despedí de ellos y me fui hacia la casa feliz, tenía la sensación de que la vida me sonreía y de que todo comenzaba a brillar en mí con más luz y más fuerza. Me sentía rodeada de las mejores personas, como si de ellos dependiera la paz que no pensaba llegar a encontrar y por fin la empezaba a disfrutar.

Capítulo 11



Llegué a casa de lo más emocionada. No podía ni creérmelo, ¡iba a salir con Thiago! Y, además, por una vez en la vida, iba a dejar mi extrema responsabilidad a un lado y le haría caso a Clara, al día siguiente entraría más tarde.

Al cruzar la puerta escuché que Thiago cantaba, de lo más contento, estábamos los dos pletóricos. Pasé por la puerta de su baño y sacó la cabeza para darme un beso.

—¡Hola, preciosa! ¿Preparada para una gran noche?

—Sí—contesté de lo más contenta, con la vista puesta ya en mi dormitorio para arreglarme.

—Pues entonces relájate. Si quieres pongo música para que la escuches mientras te pones todavía más bonita, si es que es posible.

—Por favor, será un lujo y gracias por el piropo...

Me duché escuchando las notas que llegaban desde el salón. Era una alegría, desde que él había llegado a la casa, todo parecía una fiesta.

Salí de la ducha y me dirigí al armario. Saqué el vestido con el que llevaba todo el día en mente. Era uno que tenía por estrenar desde el año anterior. Una cucada en negro, corto y de punto, que se ceñía perfectamente a mi cuerpo y con el que me veía monísima de la muerte. Escogí los zapatos también en negro, muy altos, tipo *peep toe* y con plataforma delantera, por lo

que resultaban cómodos.

Lo dejé todo colocado, mientras las planchas del pelo se calentaban. Volví al baño y me apliqué un bonito maquillaje de noche en el que destacaban mis labios en un dulce y otoñal tono rosa claro.

Me alisé el pelo e insistí hasta que quedara perfecto, ¡y además lo hice todo en un tiempo récord!

—¡Cielos, muero! —hizo Thiago al verme un gesto de lo más farandulero, como si le hubiera ensartado una flecha en el pecho y se cayera de espaldas.

—¡Desde luego, eres un caso! —reí—Tú también estás guapísimo.

Y lo estaba, con su camisa blanca, sus chinos color tierra y sus náuticos. Era un bombón y daban unas ganas locas de comérselo.

—¿Y qué puedo hacer si Cupido me ha apuntado y me ha dado de lleno? —bromeaba, como recobrando el equilibrio.

—Nada, nada, dejarte llevar—bromeaba yo.

—En serio, Valeria, estás imponente. Siempre estás guapa, pero esto... Yo creo que contigo rompieron el molde.

—No me hables de moldes, que se me representa a las tartas y estoy ya de dulce hasta la coronilla—reí.

—Ah, no, eso por supuesto. Esta noche, nada de trabajo. Ni media palabra, ni del tuyo ni del

mío. Es hora de desconectar y divertirnos. Lo vamos a pasar de vicio.

Me ofreció su brazo, muy caballeroso, para que saliéramos del piso y fuimos en busca de su coche, que estaba en las inmediaciones. Yo lo miraba, estaba pletórico y eso debía ser contagioso, porque yo estaba que me salía del pellejo.

Nos subimos en su coche y fuimos disfrutando el trayecto. En algunos momentos, Thiago retiraba su mano derecha del volante y la dejaba caer en mis piernas, con suavidad y elegancia, como era típico en él... No se podía ser más cuidadoso y detallista al mismo tiempo.

Cuando vi la puerta del restaurante, me quedé fascinada. Conforme me dijo Thiago, ya llevaba abierto un par de años, pero como Edu no había sido precisamente la alegría de la huerta, no es que yo hubiera salido demasiado en los últimos tiempos, de modo que no lo conocía.

—¿En serio no has estado antes aquí? —preguntó—Temí que ya lo conocieras, porque deseaba que fuera una sorpresa.

—No, no he estado, pero Thiago, no me lo puedo creer, ¡esto debe costar un dineral! —me puse las manos en la cara...

—Ni se te ocurra pensar en eso. Yo solo he elegido un lugar que esté a tu altura, en el que te olvides de todo y en el que pasemos una noche preciosa.

—Pues no te preocupes que lo vas a lograr...

El restaurante rezumaba distinción por todos sus rincones. Se trataba de un italiano con unas increíbles vidrieras que daban ganas de perderse en ellas. De sus techos, pendían unas impresionantes lámparas, que daban a las distintas estancias, en las que estaba dividido, una luminosidad perfecta.

Nos sentamos y, antes de que viniera un camarero, me apeteció que nos echáramos un *selfie*. Se lo sugerí y, raudo, se acercó a la silla en la que yo estaba para unir su cara a la mía. No obstante, al enfocarnos, comprobé un tanto extrañada que su rostro se iba descomponiendo por momentos.

—Thiago, ¿qué te pasa?

—Disimula, pero ¿ves esa chica que está delante de ti, dos mesas hacia tu derecha, con un vestido azul?

—Sí—titubeé.

—¡Mierda! Es mi ex mujer, no tendría otro sitio en el que cenar esta noche...

—¡No puede ser! —me tapé la cara con las manos.

—No te preocupes, Valeria. No tenemos absolutamente nada de lo que escondernos, ¡faltaría más! Ella está ahí con su nuevo chico, y aunque estuviera sola, me da exactamente igual...

—No es eso, Thiago, mejor siéntate y te cuento qué me pasa.

—¿La conoces? ¿Es eso? ¿Quizás ha ido por la pastelería?

—No, es algo mucho, mucho, más jugoso. Su nuevo chico es Edu, mi ex novio.

—¡Me caigo muerto! ¡No puede ser! ¿No es una broma?

—¿Tengo yo cara de estar bromeando? —me señalé y él entendió que no. Yo debía estar pálida como la cera, por lo que era normal que me creyese.

En ese momento, la ex de Thiago, que se llamaba Silvia, miró hacia nuestra mesa y, como alma que lleva el diablo, le dijo a Edu que su ex marido estaba allí. En el momento en el que él levantó la cabeza para mirar, sus ojos se cruzaron con los míos, igual que los de Silvia y Thiago.

Creo honestamente que, si nos pinchan en ese momento, no nos sacan ni una gota de sangre a ninguno de los cuatro. ¡Debimos quedarnos helados! ¿Podía existir una casualidad mayor? Tan pronto como me recuperé un poco de la tremenda sorpresa pensé que los tortolitos debían estar hechos el uno para el otro, pues compartían la misma cara de oler mierda.

Miré a Thiago y él me miró a mí. Sin poderlo evitar, nos echamos a reír. No podíamos ni articular palabra, la risa se adueñó de nosotros y, cuanto más nos reíamos, más molestos se les notaba a ellos. ¡Anda y que les zurcieran!

Paramos de reír cuando se acercó el camarero a tomarnos nota. Tan solo pudimos elegir la bebida, una botella de *Lambrusco*, ya que el asombro por tan inesperado encuentro había hecho que ni siquiera reparáramos en revisar la carta.

Terminamos pidiendo algo de pasta y de pizza para compartir, además de un queso *provolone*, que sugirió él, por aquello de que ya conocía que me encantaba el queso.

—Esto es para escribir una novela—negaba con la mirada—En la vida se me podría haber ocurrido esta posibilidad...—soltó.

—Está claro que la vida es una tómbola y que Dios los cría y ellos se juntan... A nosotros nos han hecho un gran favor—sonreí, mientras comprobaba que a Silvia le molestaba profundamente mi sonrisa y que Edu no era capaz ni de mirarme a la cara.

Se me pasaban muchas cosas por la cabeza en ese momento, pero superada la enorme expectación del descubrimiento, no pude evitar también el pensar que ya le valía al muy malnacido, conmigo jamás tenía ganas de salir y me decía que teníamos que ahorrar. Y ahora ya parecía que tenía ganas de fiesta y de gastar el dinero, ¡normal, todas las deudas me las había dejado a mí!

Para más inri, ellos debían haber llegado tan solo unos minutos antes que nosotros, pues también estaban esperando sus platos, con lo cual íbamos a coincidir durante toda la cena. Eso sí, Thiago y yo pensamos que, al mal tiempo, buena cara, y lucimos la mejor de nuestras sonrisas.

Nos trajeron los platos y empezamos a compartirlos con una cara de felicidad que no nos la quitaba nadie, y mucho menos los dos inútiles de nuestros ex, que no habían hecho sino amargarnos siempre la existencia, aunque no hubiéramos sido conscientes de ello en su momento.

—Te digo una cosa, esto merece una celebración todavía mayor. Cuando terminemos de cenar nos vamos a ir a bailar y hoy lo vamos a dar todo en la pista—me sugirió.

—Sí, no creo que estos dos tengan ganas de seguirnos toda la noche.

—¡Estaría bueno! Aunque si lo hicieran, a lo mejor aprenderían algo, por una vez sabrían lo que es pasarlo bien de verdad.

Sin poder ni querer evitarlo, nuestras risas seguían resonando por todo el salón y, cuanto más nos reíamos nosotros, más amargados parecían ellos. Me daba a mí que aquellos dos habían matado la gallina de los huevos de oro para ver lo que tenía dentro, los muy desgraciados. Con nosotros lo habían tenido todo y no lo habían valorado...

Terminamos de cenar y salimos cuando ellos estaban todavía pidiendo la cuenta, de modo que nos levantamos e, ignorándolos por completo, salimos del restaurante tan campantes y

mueertos de la risa otra vez.

Ya en el coche, a Thiago lo único que le interesó saber fue el tipo de trato de Edu hacia las personas, por aquello de que sería la pareja de la madre de su hijo y por la forma en la que eso podía afectar al niño.

Yo le comenté que en ese sentido no tenía nada que temer, que era un mindundi, pero que al niño lo trataría bien y eso le hizo respirar más tranquilo.

De allí nos dirigimos a un local que solo llevaba abierto un mes pero que nos habían dicho que se ponía de lo más ambientado. Incluso Clara me había comentado que ella había ido ya y que merecía la pena, así que no lo pensamos.

Al entrar y, aunque todavía no había demasiado ambiente, por aquello de que no era tarde, el local ya apuntaba maneras y la gente parecía de lo más animada.

Empezó a sonar *kizomba*, un baile del que yo había escuchado hablar, pero del que no tenía demasiada idea. Thiago me dijo que tampoco, pero que no podría ser tan difícil.

Echamos una visual a las parejas que lo estaban bailando y pronto comprobamos que se trataba de un baile muy sensual, además de calmado, por lo que nos fuimos quedando con la copla de cómo lo hacían los que ya tenían algo de experiencia.

—¿Te animas? —me preguntó adoptando posición de baile.

—Por supuesto—le contesté.

Y, para nuestro asombro, no se nos estaba dando mal. Incluso algunas de las parejas que estaban a nuestro alrededor, se percataron de que nos fijábamos en sus pasos y nos indicaron cómo podíamos ir haciendo los más sencillos, hasta completar una canción entera.

Se lo agradecemos mucho y, además, nos comentaron que media hora más tarde empezaría un taller, que por lo visto lo daba un profesor muy bueno, y la idea nos entusiasmó.

Efectivamente, el taller, que así se llamaban las clases, fue genial y salimos de allí haciendo nuestros primeros pinitos.

Antes de montarnos en el coche, Thiago me cogió la cara y me dijo que había sido una noche inmejorable. Le sonreí ampliamente y le dije que para mí también.

Por el camino, no pudimos evitar volver a comentar lo de nuestros ex, que nos había dejado en shock, pero ya casi lo hicimos a título anecdótico. Después de unas horas, se ve que nuestros cerebros habían comenzado a procesarlo.

Llegamos a casa y nos besamos con pasión en el sofá. Nos sentíamos de lo más felices el uno con el otro y teníamos ganas de todo, menos de separarnos.

Fue entonces cuando decidí que la “noche inmejorable” a la que se había referido Thiago era susceptible de ser mejorada, claro que lo era. Sin mediar palabra, tiré de él hacia mi dormitorio.

Por mucho que lo desease, yo todavía no estaba preparada para que hiciéramos de nuestros cuerpos uno solo, pero sí deseaba con toda mi alma dormir con él. Y eso hicimos. Fue la primera noche que caímos en brazos de Morfeo abrazados y mi dicha no tenía fin...

Capítulo 12



A las nueve de la mañana ya tenía yo los ojos como platos.

Thiago me miró sonriente y me abrazó. Me encantaba sentir que no estaba sola al comenzar un nuevo día y que lo hacía al lado de él, ese chico que sin previo aviso me había robado el corazón.

Nos levantamos a desayunar. La sensación de hacerlo tranquilamente no la habíamos experimentado aún, así que preparamos los cafés y las tostadas, a las que les pusimos tomate y jamón. Estaban para matarse.

En el fondo ya estaba nerviosa por irme, pero quería disfrutar de ese momento que hacía tanto que no vivía en condiciones y que representaba un placer para los sentidos.

A las diez menos veinte bajamos los dos, ya que él quería ir al mercado a comprar algo de pescado fresco para la comida del mediodía.

Nos dimos un beso y se fue en su coche. Yo crucé hasta la pastelería.

— Buenos días — dije en general y le hice un guiño a las chicas.

Me sorprendí al ver a Lola de lo más suelta con el pan y los cafés, hasta me preparó uno.

— Un cafelito para la mejor jefa del mundo — me dijo con todo su arte.

— Vaya, eso de jefa no me gusta — levanté la ceja.

— Otra no tenemos — salió en su defensa Clara, de lo más sonriente y haciéndome un simpático guiño.

— Vaya dos, no sé dónde me he metido — me bebí el café de un trago y me encantó cómo me lo había preparado Lola.

Estas niñas aprendían muy rápido, aunque no es que yo tuviera demasiados años, me veía como su hermana mayor o inclusive su madre. Eran mis adorables chicas.

— ¿Y qué tal la noche? — preguntó Clara en un momento más tranquilo.

— Increíble, nos encontramos a su ex, con el chico que estaba y claro... ¡Sorpresa! — aplaudí con ironía.

— ¿Qué pasó? — preguntó Lola intrigada, mientras Clara sonreía.

— Que su nueva pareja era mi ex — me encogí de hombros.

— ¿¿¿Que??? — preguntaron las dos a la vez.

— Imaginad mi cara, viendo la vuestra, la mía debió ser un poema — negué riendo.

— O sea, que tu ex te dejó por la mujer de Thiago — decía Lola con la mano en la boca.

— Así como suena y nosotros coincidimos por un anuncio ¡Bendito anuncio! — exclamé

levantando las manos hacia el cielo.

— ¡Estoy flipando! — exclamó Lola y se fue a atender una mesa.

— Es para alucinar — reía Clara — ¿Cómo te lo tomaste?

— Ni me dolió, en el fondo me daban ganas de acercarme a la ex de Thiago y darle las gracias por el cambio tan impresionante que me había hecho — reí.

— Pues sí, al menos te quedaste con lo mejor — sonreía mientras iba a atender a otra clienta y yo por ende a dos más que habían entrado.

Me encantaba lo suelta que era Lola y lo bien que salía del paso cuando no estaba segura de algo.

A media mañana nos comimos una de esas porciones de empanadas, estábamos antojadas y veíamos que nos íbamos a quedar sin ellas. ¡No había tiempo que perder!

— Joder, normal que se vendan como churros — dijo Lola, gimiendo.

— ¿A que sí?

— A mí también me encantan — añadió sonriente Clara, aunque la realidad era que nunca se le borraba la sonrisa de su cara.

— Por cierto ¿Qué tal con Sergio?

— Genial — se le escapó una sonrisa de lo más tonta, no podía evitarlo con solo escuchar su

nombre — Me lo pasé muy bien, primero en el cine y después nos hartamos de charlar durante la cena en la hamburguesería.

— ¡Cuánto me alegro! — le pellizqué la mejilla.

— Yo me fui con mi Arturo, ayer estábamos de buenas, pues verás, para ponerte al día llevamos dos años, de los cuales la mitad de cada semana nos la pasamos peleados sin hablarnos, y la otra mitad intentando hacer las paces y ya algún día como el de ayer de buen rollo — explicaba con gestos de la mano Lola, causándome una carcajada.

— Son el perro y el gato — reía diciéndolo Clara.

— Peor, somos el anti uno del otro, pero, aun así, nos seguimos eligiendo. ¡Qué bonito, por favor! Me quedó divino de la muerte — bajó el tono y se fue a atender a una mesa.

— Madre mía, creo que me lo voy a pasar pipa con vuestras historias — solté una risa poniéndome la mano en la boca.

— Te lo dije, además con Lola jamás nos aburriremos.

— Ya veo, encima es que es graciosa la jodida.

— Mucho, yo me muero con ella y los audios que me pone cuando se enfada con Arturo y dice que no lo quiere ver más son la monda. Se hacían virales si se publicaran.

— Me lo imagino — reí — ¿Has vuelto a quedar con Sergio esta noche?

— Sí, vamos a ir a un pub de música latina — se puso las manos en el corazón y sonrió.

— Mañana ni se te ocurra aparecer antes de las diez, avisada quedas.

— Prometido — hizo un corazón con sus manos y se fue a atender.

Con vaya dos me había juntado yo, de estar desconectada de la vida de los demás a tener dos telenovelas a mi lado, eso iba a ser la bomba.

La mañana pasó rápidamente y nos despedimos hasta la tarde.

Me fui hacia la casa y en el descansillo de mi planta ya olía que alimentaba. Estaba segura de que provenía de mi cocina.

— Los vecinos se van a dar chocazos contra nuestra puerta — dije nada más entrar, refiriéndome al olor.

— Les sacamos una tapa — me agarró por la cintura y me besó — ¿Qué tal la mañana?

— Bueno, con Lola quedé encantada, es muy simpática y tiene mucho desparpajo, sé que nos va a hacer reír mucho y pasar buenos momentos. Está muy suelta para ser su primera vez, es muy lista y le pone mucho empeño. Estoy feliz con mis chicas.

— ¡Cuánto me alegro, preciosa! — me puso una copa de vino por delante.

— Madre mía, con esto no voy a poder trabajar.

— Con una no pasa nada, exagerada — echó el pelo hacia atrás de mi oreja y me besó.

Eso era vida, tener alguien que al llegar a casa te mirara como lo hacía él, aquello no estaba

pagado con nada.

Miré la comida y me morí. Se trataba de unas patatas con chocos guisadas en amarillo, que tenían una pinta espectacular.

— Así no puedo adelgazar — reí.

— ¿Y qué quieres perder? — me metió el dedo en el lado haciendo que me moviera. No podía parar de reír.

— Yo que sé, la verdad que con lo que he perdido estos días ya creo que hasta estoy bien — reí.

— Estás más que bien, estás espectacular — me pegó contra él y me besó de nuevo, una vez más, como yo quería que siempre fuera.

Preparamos la mesa y yo moría de amor con su cocina. Aquellos chocos eran los mejores que había comido en mi vida, estaban riquísimos, el sabor del plato era realmente perfecto.

Comimos relajadamente y luego nos echamos un rato en mi cama a dormir la siesta. Una hora y media era suficiente para coger fuerzas.

Cuando me levanté, por supuesto que ya tenía mi café, por favor, a ese hombre no se le podía pasar. Es que era para comérselo ¿sería un sueño? No, no podía ser, los sueños no duraban tanto en el tiempo...

Me fui a la pastelería y llegamos las tres a la vez, así que nos pusimos rápido manos a la obra. Era sábado y eso se notaba, al igual que el domingo, aunque entre semana tampoco es que fuera flojo, pero ya se sabe los fines de semana...

Lola decía que ya había reñido con Arturo y que esa noche no salía, que pasaba, además lo había bloqueado en todas partes, aunque Clara no tardó en decir que no tardaría ni cuatro horas en desbloquearlo. Se conocía ya la relación de su amiga al dedillo.

Yo me reía escuchando cómo se soltaban las cosas, una tan salerosa y la otra tan dulce. Si es que era para adorarlas como yo lo hacía, no era para menos, hasta Lola me había ganado en unas horas.

No sabía si era por las circunstancias de mi vida, pero yo me veía muy mayor a su lado, sobre todo de mentalidad, como si fuera veinte años por delante. Era increíble, o a mí la vida me había hecho madurar de forma demasiado precipitada, o es que estas generaciones venían con otro chip en el coco, aunque solo me separaran siete años de ellas.

Esa tarde íbamos a toda mecha, no paraba de entrar y salir gente. A las cinco nos quedamos ya solo con los cafés y zumos, así que pedí más género añadido para el domingo. Era increíble, además la gente cada vez venía antes sabiendo que se podían quedar sin nada.

— Os juro que se me fue el día volando — dijo Lola.

— Normal, si no hemos parado — le respondió Clara, preparando un café para mí y otro para Lola, para ella su vaso de leche.

— Me encanta que no se os haga pesado, aunque sí cansado, ya que estamos molidas.

— Pues yo estoy para irme de fiesta, nueva, nueva, aunque como estoy enfadada con el Arturo, me voy a quedar en mi casa de relax con el Netflix.

— Yo mañana entro a las diez, así que por lo menos hasta las dos o las tres me quedaré — sonreí feliz Clara.

— Yo hoy no tengo planes, pero con el maromo que tengo en casa seguro que me lo paso genial — me froté las manos y les hice un guiño.

Terminamos la tarde y me fui para casa. Allí estaba Thiago esperándome con un montón de chucherías y palomitas sobre la mesa del salón.

— Luego hacemos sesión de serie — me hizo un guiño.

— De lujo — lo besé riendo.

Nos pusimos a preparar la cena, bueno la preparó él, no me dejó moverme de la silla de la cocina. Allí estaba yo tomando un refresco y mirándolo embobada mientras charlaba con él.

Hizo una riquísima pizza artesana que estaba de vicio, del tamaño del horno, además de una ensalada de pasta con frutos secos que era el acompañamiento ideal.

Nos pasamos toda la cena charlando animadamente, nuestras miradas también hablaban por sí solas.

Thiago echaba mucho de menos a su hijo y siempre lo tenía en la boca, hablaba con él y se le dibujaba una preciosa sonrisa en la cara que me partía el alma. Yo deseaba con todas mis fuerzas que se reencontrara con él pronto. Me daba mucha pena que por la mala fe de su ex mujer estuviera separado de él ese tiempo, a pesar de tenerlo tan cerca.

Después de la cena nos acomodamos en el sofá y un poco después le sugerí ver una comedia romántica y no tardó en acceder, así que nos lo pasamos pipa riendo, además de dejarnos llevar por esa historia de amor que nos tenía de los nervios, los personajes eran unos mete patas y eso que se querían mucho.

Nos hartamos de palomitas, chuches y refrescos. Nos pusimos guarros de porquerías y nos fuimos a dormir a mi cama como dos barriletes que no se podían mover por todo lo ingerido.

Me dejó caer sobre su pecho y comenzó a acariciar mi pelo cuando apagó la luz, al mismo tiempo que me daba infinidad de besos en la sien.

Sentía que me había enamorado. Sin darme cuenta, pero lo estaba, aunque me costaba arrancar muchas cosas de mi pasado yo quería vivir mi presente, dejarme llevar por eso tan bonito que estaba sintiendo y que sin duda se llamaba amor...

Capítulo 13



Por la mañana abrí los ojos y ya estaba él en la cocina con el tema del café.

— No me hace gracia que te levantes tan temprano un domingo — le di un beso.

— Como defensa puedo alegar que cuando atraveses esa puerta tengo la posibilidad de volverme a acostar — hizo un carraspeo y me dio el café.

— Tienes delito — negué, riendo.

— Verás la comida que voy a hacer para luego — me hizo un guiño.

— Hagas lo que hagas será un premio para mi paladar — lo besé y me fui hacia el trabajo.

En la puerta estaba Lola sonriente con un par de clientes, parecía que se les habían pegado las sábanas a los de las colas de los demás días.

Me tomé otro café con Lola, aprovechando que aún no había revuelo.

— ¿Has desbloqueado ya a Arturo? — pregunté aguantando la risa.

— Pues claro, ayer tal como salí — hizo un gesto de ladeo con la cabeza — yo tenía que

vigilar si ponía algo — se llevó el dedo abajo del ojo.

— ¿Y descubriste algo?

— Sí, que me escribió que estaba debajo de mi balcón — se echó a reír — Así que me asomé y... — se acercó a mi oído — Ahí estaba el mamonazo — nos echamos a reír.

— ¿Y qué hiciste? — aplaudí emocionada con la historia, pero entró un cliente y nos interrumpió.

Cinco minutos después se volvió a acercar.

— Yo estaba tan enfadada que le hice señas con la mano de que se esperara allí y fui a la cocina, cogí un huevo y se lo tiré desde el balcón — comenzó a reírse a carcajadas.

— Será broma... — me quedé con la boca abierta.

— ¡No! — se puso la mano en la boca, riendo.

— ¿Y él que hizo?

— Me sacó el dedo, arrancó la moto y se fue. Acto seguido me bloqueó de todas partes y aún estoy esperando que me desbloquee — se encogió de hombros.

— Pero ¿cómo se te ocurrió eso? — pregunté, negando.

— Se me fue la pinza, pero es que me tenía muy quemada.

— ¿Tenía?

— Sí ya con el lanzamiento del huevo me desahogué para dos días — rio y se fue a atender a otros clientes, al igual que yo.

A las diez llegó Clara, con una sonrisa de oreja a oreja. Se puso a contar lo bien que le había ido con Sergio y que en la puerta de su casa la despidió con un beso.

Me eché a reír con Lola, no era para menos. La inocencia de Clara era digna de admirar, era esa especie de dulzura que no conoce la maldad, sacando la parte buena de todo. Lo del beso lo dijo con una ternura que nos dio un golpe de risa, no por el beso en sí, sino por cómo lo dijo, como la niña de cinco años que viene a decir que rompió algo.

Esa mañana no nos daba tiempo ni a respirar. Vinieron todos de golpe a partir de las diez y aquello era un huye que te alcanzo, pero me reí de lo lindo con Lola, que cada vez que pasaba por nuestro lado nos soltaba en el oído una de las suyas.

A la una me fui directa para casa. Estaba loca por ver a Thiago, ese que me abrió la puerta cuando sintió el ascensor y me recibió con un precioso beso.

Joder, ¡qué paella tenía ante mis ojos! La estaba cocinando con marisco que compró el día anterior en el mercado. Me encantaba, además tenía una pinta de diez, aquel hombre cada día me sorprendía más.

Nos tomamos un vino blanco mientras se terminaba de hacer y otro comiendo, así que después de disfrutar de esa espectacular paella, nos echamos a dormir un rato en la cama hasta la hora de irme, en la que como siempre nos tomamos el café.

Lola estaba matándonos de la risa contando que Arturo apareció antes de venir por debajo de su casa y que le había perdonado lo del huevo, aunque le dijo que se había pasado tres pueblos, a

lo que ella contestó bromeando que mientras fueran solo tres iban bien.

Clara no podía quitar su cara de asombro, negaba escuchándola, pero queriéndola matar por tratar al chiquillo así. No podíamos dejar de reírnos, tenía cada cosa...

Ahora estaban de nuevo de buen rollo, pero había que esperar la siguiente pelea, que seguro que se desarrollaría liando otra de las suyas.

Se me pasó la tarde volando, a pesar de que ese día casi nos llegó el género hasta media hora antes del cierre, ya que había pedido muchísimo más de cada especialidad, todo lo cual se vendió.

Me despedí de las chicas y sobre todo de Lola, que no volvería hasta el sábado siguiente. Antes de irse le pagué los dos días e iba loca de contenta.

Llegué a casa y Thiago tenía preparado lo necesario para hacer unos sándwiches de pollo y vegetales para la cena, me encantaban.

Me metí un rato en el baño a relajarme, necesitaba ese día mi propio momento y fue todo un placer estar en esa bañera, de lo más tranquila, sabiendo que todo estaba bien y que el esfuerzo arrojaba sus beneficios.

Me sentía pletórica, feliz, con mucho ánimo, con fuerzas, con ganas de vivir cada momento...

Luego la cena fue muy divertida con él, como todas, además de bonita, donde nuestras miradas decían todo lo que nuestros labios callaban.

A la hora de dormir nos fuimos como siempre a mi cama. Ya no me imaginaba hacerlo sin sus abrazos, sus gestos de cariño, sus masajes en mi pelo, sus besos cariñosos... Ya era imposible, no podría coger el sueño con la misma sensación.

Thiago era un hombre que me sorprendía cada día, que me cuidaba, que estaba pendiente de mí, que era detallista. No me prometía nada a largo plazo, sino que me lo demostraba con su día a día y sus constantes muestras de amor, respeto y lealtad.

Me sentía tan bien que me preguntaba si realmente me merecía todo eso, era demasiado para mí, como si la vida me hubiera hecho un regalo que no me pertenecía. Yo me conformaba con poco, pero me estaba dando demasiado y eso me generaba miedo, perder las cosas y personas que ahora tanto amaba...

Esa noche me dormí pensando que cada vez me sentía con más fuerzas y ganas de entregarme a él en cuerpo y alma, solo de pensarlo me ruborizaba. Soñé despierta con ese momento, que debía de ser fascinante con Thiago.

Yo era una persona muy chapada a la antigua en las cuestiones sexuales. Solo podía entregarme a alguien si mis sentimientos eran cien por cien fuertes, de lo contrario era incapaz, por mucho que me gustara una persona.

Y ahora sentía así por él, razón por la que pensaba que el gran momento estaba a punto de llegar.

Capítulo 14



Me levanté a la vez que Thiago y nos fuimos a tomar el café *espresso* a la cocina, después de unos preciosos besos mañaneros.

— Joder, sueño con el momento en el que no tenga que trabajar un día, aunque a este paso lo veo cercano. Contrataré a Lola más días, seguro.

— A este paso la vas a tener que contratar todos — reía.

— Si, si sigue la cosa así, ni me lo pienso.

— ¿Qué vas a hacer con tanto dinero dentro de un año?

— ¡Tonto! — reí — Tengo muchos años de hipoteca y crédito por delante, de modo que dentro de un año seguiré como este, pagándolos — solté una carcajada y él me miraba con ese gesto provocador que me hacía reír más aún.

— Lo mismo en dos años lo tienes todo liquidado — carraspeó.

— Sí y comprado alguno de los locales de al lado para ampliarlo — bromeé, negando.

— Lo veo, lo veo...

— Me piro que me vas a volver majara antes que los clientes — le di un beso en los labios y salí muerta de risa.

Por un día, fui la primera en llegar a la pastelería. Además, no había nadie, no sabía si me daba alegría o miedo.

Cinco minutos después llegaron Clara y el chico del reparto. No tardó en ponerse la pastelería hecha una feria.

La primera hora fue de tensión total, no podíamos respirar, la gente se agolpaba y no dábamos abasto. Le dije que llamara a Lola por si podía venirse y no tardó nada, a las nueve y media estaba allí, poniéndose el delantal y encargándose de la pastelería con Clara y yo de la parte de cafetería.

En un momento de esos de relax donde las mesas estaban todas atendidas y la cosa había aflojado unos minutos, aproveché para preguntarles a las chicas sobre sus historias, la primera en saltar fue Lola.

— Ay, el Arturo de los cojones — se puso la mano en la frente metiéndose en su papel — ¿No os dije que ya me desbloqueó y que me perdonó lo del huevo?

— Si — murmuró Clara sin dejar de sonreír.

— Pues ya me bloqueó de nuevo — soltó una carcajada y nos echamos a reír las tres, pues no era para menos — Pues no me dice anoche que se iba a comer con su amigo Pepe a la pizzería y yo claro, le registro a la hora de dormir a su amigo el perfil y, ¡bingo! Lo tenía todo en abierto, hasta la foto que había acabado de colgar con el Arturo con una copa cada uno en las manos en el Pub de las Frambuesas.

— ¿Qué dices?

— Lo que oyes.

— ¿Y por qué te bloqueó él? — preguntó Clara mordisqueando un trocito de uña que se le había roto.

— Pues muy sencillo, verás — hizo un gesto con la mano — Yo le cogí la Vespa a mi padre sin permiso, le dije que iba a salir un poco a ver a una amiga y me colé en las Frambuesas. Cuando ese chiquillo me vio entrar se quedó pálido como un muerto — ella hablaba haciendo gestos y viviéndolo de nuevo — me fui para él, cogí su copa de la barra, se la tiré por encima y me fui — hizo una mueca — Cuando me acosté miré el móvil y ya estaba bloqueada por todos lados.

— Lo que no sé es cómo te habla — dijo Clara en ese tono que parecía que estaba comprando una barra de pan.

— Lola, hija, se te va la olla — la reprendí, moviendo la cabeza.

— ¿Qué? Se lo merecía.

— Mujer, pues déjalo, pero no andes arrojándole todo lo que pillas a su cabeza — resopló Clara.

— La próxima vez le tiro desde mi ventana un cubo de fregona con lejía — ladeó la cabeza mientras Clara y yo reventábamos a reír.

— No creo que haya próxima vez — dijo Clara — No creo que se arriesgue a otra locura tuya más — sonreía y se fue a atender, al igual que nosotras, otra vez las avalanchas.

Hasta la una menos cuarto no tuvimos otro respiro, mi café se enfrió a primera hora de la mañana y no me pude hacer ni uno más.

— Me rindo, no puedo — me dejé caer sobre la barra.

— Joder, es que es una pasada. Al final me vas a tener que contratar todos los días como a la Clara — sonrió.

— Quedas contratada todos los días y así de paso libramos un día cada una a la semana.

— ¿En serio? — preguntó Lola, poniéndose las manos en la boca y Clara sonreía mirándola feliz.

— Y tan en serio, este ritmo no se puede aguantar los siete días, necesitamos apoyo y descanso.

Las chicas se pusieron a tocar las palmas hasta que entraron los últimos clientes de esa mañana.

A la hora de la salida me abrazaron las dos y yo no lo esperaba. Me hizo mucha gracia, se veía que estaban muy felices allí y conmigo y me lo transmitían con ese abrazo y sonrisas llenas de vida.

— Prométeme que vas a dejar en paz al Arturo ese que tiene el cielo ganado — le dije mientras echaba la baraja.

— Ese no vuelve — soltó Clara, mirándola sonriente.

— Ese hoy me viene hasta con ramo de flores, ya lo veréis.

— Seguro... — ironizó Clara.

Llegué a casa y miré a Thiago, me puse la mano en el pecho e hice como la que me desmayaba.

— Me muerdo — saqué la lengua en plan de cansancio.

— No lo hagas sin darme un beso antes — me agarró y me pegó a él, por supuesto me lo dio.

— Tú no digas que no me puedo morir y esas cosas, tú directamente beso, y ya te puedes ir al infierno — volteé los ojos y puse gesto de resignación.

— Sabes que no es así, era en plan de broma de esas que se deben de pillar a la primera — me mordisqueó el labio — Vete al sofá anda, mientras termino de preparar la comida — se fue a la nevera y me dio una lata de refresco.

— No, yo me siento aquí y te hago compañía — sonreí.

— Vamos a comer rápido y así te puedes echar un buen rato.

— Sí, por favor, señor de la casa — le saqué la lengua mientras él sonreía y me miraba con esos ojos de felicidad que le producía mi presencia y que yo percibía de forma fulminante.

— ¿Me has llamado chacha? — sonrió levantando la ceja.

— ¿Acaso no lo eres? — reí, poniéndome la mano en la boca.

— Es verdad, además hasta me gusta — me hizo un guiño con ese descarado que le salía y a mí

me ruborizaba tanto, pues se me pasaba de todo por la cabeza...

Pusimos la mesa y nos sentamos a comer ese delicioso puchero con arroz que estaba de muerte.

Me dispuse a contarle lo de Lola y se moría de la risa.

— Pobre chaval... — reía negando mientras comía.

— Esa chica tiene un desparpajo, además que lo vive como si tuviera razón, como preparando la próxima — no podía dejar de reír.

— Pero mira que él reincidir en buscarla y encima mentirle sabiendo como es...

— Ese tiene delito, o está atontado de serie o en la edad del pavo, aunque yo creo que ambas cosas. Pero ¿cómo va a permitir que le vayan tirando cosas a la cabeza? — hice como si me fuera a dar dos chocazos con la mesa.

— Los hay de todos los colores y para todos los gustos, así que en la viña del señor tiene que haberlos de todas clases — reía.

Terminamos de comer y nos echamos en la cama un rato abrazados, hasta que llegó la hora de irme, que me tomé con él un café rápido y salí hacia la cafetería.

Las chicas ya estaban dentro, dos mesas atendidas y Clara mirándome con un gesto que entendí que era algo de Lola y no tardé en reaccionar.

— Lola ¿Noticias de Arturo? — aguanté la risa al ver a Clara girarse a disimular.

— Calla, calla, no me preguntes — volvió esa mano a la frente a ponerse en modo situación — Pues se lio la del dos de mayo — resopló — Estaba yo tan tranquila comiendo cuando tocó al telefonillo del bloque, descolgué y me dijo que me asomara al balcón...

— ¡No! — exclamé abriendo la boca y suponiendo lo peor, más aún que por detrás veía a Clara decir que sí aguantando la risa.

— No ni *ná*, pues verás, me asomé y me dijo que le tirara el gorro de lana que me dejó una noche que estaba temblando de frío. ¡El gorro! ¿Será cínico?

— ¿Y qué pasó? — pregunté deseosa de conocer ese final.

— Entré a mi cuarto, miré el móvil y no me había desbloqueado, así que cogí el puñetero gorro, le vacié dentro un tubo de pasta de dientes, lo metí en una bolsa y se lo lancé. Cogió la bolsa y sin mirar se fue. Ahí lo llevaba con dentífrico incluido — se encogió de hombros.

— No puedo contigo — negué riendo y me fui a atender una mesa que había acabado de ocuparse.

Y no podía con ella, esa era la verdad ¿cómo podía tener esos arrebatos con aquel chico? Madre mía la que le había caído al pobre chaval y cuán valioso tenía que ser aquel gorro para tener los santos huevos de ir a por él sabiendo como era Lola.

Clara se pasó toda la tarde mirándome sonriente y negando, Lola iba a su bola como un correcaminos atendiendo a las mesas y yo poniendo todo lo que me pedía. Lo cierto era que nos habíamos convertido las tres en un *pack* perfecto.

No paramos y a las seis ya no quedaban ni pan, ni empanadas y algunos pasteles contados que a las seis y media terminaron de desaparecer.

— Joder, lo vendemos todo — decía Lola.

— Cualquier día vendemos las sillas y las mesas — bromeó Clara.

— Cualquier día me vendo yo — reí.

— No, le puede dar algo a Thiago — decía sonriendo con ternura Clara.

—El Thiago está bueno ¿eh?

— ¡Lola! — la reprendió Clara.

— No pasa nada, está de muerte, todo sea dicho — reí mirando el rubor de Clara y la carcajada de Lola.

— Hostias... — murmuró Lola y la miramos sin entender — Aquel de la acera de enfrente y la moto es el Arturo, ese está esperando a que salga, me tendré que llevar un buen merengue por si se lo tengo que estampar en la cara.

—¡No! — exclamé nerviosa — Tiene una cara de bueno...

— De buen elemento — hizo un gesto chulesco que me hizo reír mucho.

Terminamos de trabajar y Lola se fue, Clara y yo nos quedamos en la puerta hablando un poco.

— Me da mucha pena de ese chico, pero es que vuelve — negó, sonriendo.

— Lola es muy graciosa, pero se pasa con el pobre chico, madre mía y encima viene a buscarla.

— Sí, sí, una y otra vez— levantó un poco las manos.

— Pero está loco con ella, se nota a leguas y además que la trata con un cariño impresionante. Eso no me hace falta verlo, otro hubiera reaccionado con lo del huevo de otra manera y con el cubata también, no volvería como hizo con el gorro y encima ahora ahí lo tiene.

— Lo mismo aún no vio el contenido del gorro...

— También puede ser — reímos.

— Yo hoy he quedado a las nueve con Sergio, me invitó a cenar pizza — sonrió.

— Te veo un brillo en los ojos muy bonito — le pellizqué la mejilla.

— Me siento bien con él, es muy como yo, tranquilo, nada conflictivo...No sé, me siento muy en armonía, ya sabes como soy, no podría con un tío que me diera mucha guerra o no tuviera una condición pacífica.

— Yo tampoco podría estar con un cabra loca.

— Pues nada, voy a ir a ducharme, a charlar un rato con mis padres y marcharme a cenar, aunque me recogeré no más de las once, no es día de estar en la calle — sonreía.

— Ya comienza a refrescar bastante.

— Sí y llegarán las lluvias fuertes. Me encanta ver llover, me relaja mucho y me causa mucha ternura.

— Tierna eres tú — sonreí y la abracé — Bueno me voy que me espera mi amor en casa, no hay nada más bonito que ver que alguien cuenta las horas para que vuelvas.

— Claro, se te ve muy feliz y me alegro mucho.

— Lo sé bonita y a ti también se te ve muy bien con ese chico — le hice un guiño.

Capítulo 15



No podíamos haber tenido un comienzo de semana mejor. Yo estaba encantada y cada día más. Salí a la calle con la mejor de las sensaciones, la que me generaba saber que la vuelta a casa de cada tarde, era la vuelta a un hogar de verdad.

Abrí la puerta e inmediatamente comprobé que algo estaba pasando y, desde luego, era bueno.

—¿Qué celebramos? —pregunté de lo más intrigada.

A ver, una cosa era que Thiago fuera un verdadero amor y todos los días me hiciera un recibimiento estupendo, y otra que me encontrara aquello, es decir, una cubitera con una botella de champagne *Moet & Chandon* dentro, en lo alto de la mesa.

—Esto, celebramos esto—me miró, levantando con su mano unos papeles.

—Un boleto de lotería premiado no me parece, ¿qué es? —mi intriga crecía por momentos, mientras me acercaba a él.

—Te lo digo si me das un beso—me puso morritos y yo es que me lo quería comer. ¡Era un auténtico amor mi chico!

—¿La sentencia de divorcio, ya?

—Va a ser que sí. Resulta que acaban de abrir un nuevo Juzgado de Familia y, antes de que se colapse, han dado trámite a algunos de los divorcios como el mío, que estaban totalmente consensuados. Así, que ya la tengo. Increíble, pero cierto.

—Vamos y, dicho de otra manera, que has tenido más suerte que un quebrado.

—Pues creo que sí, para qué nos vamos a engañar.

—¿Y eso se traduce en...? —arqueé la ceja. Tenía muy claro que era lo que quería escuchar...

—¡En que mañana mismo podré ir a recoger a Nico! —Thiago daba saltos de alegría.

—¿Mañana? ¿Te toca mañana?

—Sí, porque las visitas intersemanales comprenden dos horas por la tarde los martes y jueves.

—¡Toma ya! —alcé el puño en señal de victoria.

Estaba de lo más emocionada y se me notaba. Y el caso no era para menos, porque Thiago tenía los ojos vidriosos. Le había costado mucho llegar a una mediana normalidad con su ex y por fin estaba a veinticuatro horas del gran día, después de la vorágine que había supuesto su separación.

—¿Entiendes ahora lo del champagne? —reía, alborotado, mientras me besaba. Estaba de lo más nervioso.

—Perfectamente, ahora mismo vamos a brindar—serví un par de copas y le puse una en la mano. Me impresionó notar que estaba tembloroso. ¡Deseaba mucho ese momento!

—Gracias, Valeria, tú has sido parte de esto.

—¿Yo? Para nada, para nada—reí, negando—¡Por Nico y por el padre que lo hizo! —reí, contagiándolo y chocamos nuestras copas.

—No me podían haber dado una noticia mejor, ni más rápida—la ilusión le salía por la punta de las orejas—Mira tenemos esto también para celebrar—tiró de mi brazo y me colocó delante de la nevera.

—¿En serio? ¡Te tiene que haber costado un riñón!

—No tanto—miraba a la impresionante mariscada que nos esperaba para cenar.

—¡Madre mía! Todo va sobre ruedas, desde luego que no nos podemos quejar, ¡ya solo falta que nos toque la lotería! —yo estaba de lo más contagiada por lo impresionante del momento.

—Lo de la lotería no sé, pero respecto a lo de ir sobre ruedas, ya iremos, que a Nico también le encanta la bicicleta.

—¿Sí? Pues entonces ya nos haremos unas buenas rutas, anotado queda.

Y lo anoté en el sitio que más me gustaba, en mi mente, en mi lista de propósitos inminentes.

—Te va a conquistar, el pequeño es un embaucador nato.

—Entonces tiene a quien salir—reí.

—¡Qué va! ¡Eso quisiera yo! El niño tiene mucho más gancho que el padre...

—¿Más gancho? Pues entonces que venga Dios y lo vea—me eché a reír y él más, porque sus carcajadas debían resonar en las escaleras.

Nos sentamos en el sofá, con las copas de champagne en la mano. Lo que estaba surgiendo en ese momento entre nuestras miradas era lo más parecido a magia, así nos lo estaba pareciendo a ambos.

Thiago me recostó sobre él y besó mis labios. Sus besos transmitían pasión, pero ni un ápice de prisa. A esas alturas, seguía respetando mis ritmos y, lo mucho que eso representaba para mí, hacía que tuviera más y más ganas de caer en sus brazos, de que me hiciera suya, de que nos fundiéramos en uno...

Nos quedamos mirándonos durante un rato, en el que dejamos que hablara el silencio, tras el cual, esbozamos la más amplia de las sonrisas.

—¿Qué te pasa? —susurré.

—Que nos vamos a tener que levantar, ¡o no respondo! —negaba con la cabeza e iba camino nuevamente de la botella de champagne.

—¿Me quieres emborrachar? —reí.

—Lo mismo me salía a cuenta, pero no, cuando llegue el momento te quiero completamente consciente y deseando que suceda.

Se hizo un corto silencio de nuevo. Yo ya no sabía cuánto más iba a poder prorrogar un momento que estaba deseando, y se me notaba, igual que a él.

—¿Te respondo o...?

Se echó a reír, me estaba entendiendo de sobra, todo estaba preparado entre nosotros para dar el pistoletazo de salida a un asalto sexual que ambos estábamos ya pidiendo a gritos.

Noté que mis mejillas se habían ruborizado un poco, o quizás un mucho. Hacía demasiado tiempo que no estaba con nadie que no fuera Edu y eso provocaba que estuviera a la expectativa en aquel momento.

Aproveché para ir a mi dormitorio a cambiarme y entrar en el baño. Me miré en el espejo y, efectivamente, parecía que me habían dado un pellizco en cada mejilla. Me eché un poco de agua fría, entre risas.

Salí con unas mallas y una camiseta de mangas largas a juego. Era ropa cómoda, de estar por casa, pero me notaba sugerente con ella. No quería que se notara a leguas que quería tema, pero tampoco me iba a poner un saco de patatas para salir al salón. Eché una última visual y vi cómo marcaba mis caderas. Le lancé un guiño al espejo.

—Quizás es un poco temprano, pero soy de los que opina que una buena mariscada merece tiempo para ser degustada, ¿no crees? —ya estaba él poniendo la mesa.

—Creo, creo, me parece de lo más acertado—le ayudé con los últimos preparativos.

—Por cierto, te sienta genial esta ropa.

—¿Sí? Gracias, bueno, es lo primero que he pillado en el armario.

Obviamente, me daba corte decir que la había escogido para salir, de modo que lancé esa mentirijilla piadosa.

Nos sentamos y yo no sabía si estábamos saboreando más el marisco o el uno al otro. Aquello era un verdadero festival de miradas intensas. Entre nosotros había surgido un inmenso cariño que, cómo no podía ser de otra manera, iba acompañado también de mucha pasión.

Pensé que era momento de romper un poco el hielo o al final me iban a hervir las orejas, las estaba notando ardiendo. ¡Menos mal que el pelo me las tapaba!

—¿Y qué piensas hacer mañana cuando salgas con Nico?

—Bueno, todavía no lo tengo decidido. Supongo que ir al parque, aunque en realidad, hay una idea que me ronda la cabeza.

—Dime—yo ya imaginaba por dónde venía el tema.

—A ver, lo recojo de seis a ocho, cuando salga de las clases de inglés, de modo que había pensado que igual te daba tiempo a unirte un ratito a nosotros. No puedo evitarlo, estoy deseando que lo conozcas.

—Y yo estoy deseando comerte ese corazón bonito que tienes por eso, pero te diría que, por ser el primer día, me parece más lógico que vayas tú solo con él. Ten en cuenta que también para Nico están siendo muchos cambios.

—Ya, y quizás sugieres que los vaya asimilando de uno en uno, ¿no?

—Exacto.

—Vale, pues mañana iré solo con él, pero que sepas que le hablaré de ti.

—¿Y qué le dirás?

—Pues que hay alguien importante para mí a quien quiero que conozca pronto.

—Trato hecho—le guiñé el ojo—Pero ahora entre tú y yo y qué él no se entera, ¿cuánto de importante para ti?

—Más de lo que crees pequeña, te has hecho imprescindible en mi vida en muy pocos días.

—¡Ahora sí que te como! ¡Tú te lo has buscado!

Me levanté y me senté en sus rodillas mientras sostenía su bonita cara. Empezamos a besarnos lentamente y él me apretó contra su pecho, fuerte, muy fuerte. Nuestras miradas se quedaron fijas la una en la otra y ya era inevitable: la maquinaria se había puesto en marcha.

Noté cómo Thiago me levantaba con sus fuertes brazos, buscando en mis ojos un consentimiento que naturalmente le di, en forma de sonrisa cómplice. Me sentí de lo más nerviosa mientras recorría conmigo en brazos el pasillo que separaba el salón de mi dormitorio.

Llegamos a los pies de la cama y me bajó lentamente, poniéndome boca arriba y colocándose a mi lado.

—¿Preparada? —preguntó con sus labios lo que en salón había preguntado con la mirada.

—Sí—mi rubor era evidente, pero mayores eran mis ganas.

Con toda la suavidad y el tacto del mundo, comenzó a besarme en los labios para a continuación bajar por el cuello. Noté cómo se me erizaba la piel y a él tampoco se le pasó por alto.

—¿Tienes frío, mi niña?

—No, tengo...—sonreí y callé, me dio corte decir nada más.

Con lentitud, me despojó de la camiseta y de las mallas, mientras yo me quitaba las zapatillas deportivas, ayudándome con ambos pies.

—¡Preciosa, realmente preciosa! —musitó cuando quedé expuesta ante él con aquel conjunto de ropa interior cuidadosamente elegido también por mi parte, con mucho encanto y en tonos pastel.

—Gracias—acerté a decir, mientras veía como él se despojaba también de la camiseta.

¡Cielo santo! Era como un modelo griego de esos de las esculturas. Tenía unos abdominales que me dejaron sin aliento.

—¡Esto es una tableta de chocolate y lo demás son tonterías! —solté, sin darme prácticamente cuenta de que lo había dicho en alto.

Se echó a reír por mi comentario y me apretó contra él. Sentir su pecho contra el mío, así como estábamos, me revolucionó por completo. Él aprovechó ese momento, para incorporarme un poco, desabrochando mi sujetador y dejando mis senos al aire.

—No tengo palabras, eres sencillamente perfecta, Valeria...

Yo podía notar mi corazón a mil y él también lo notó. Con disimulo, volvió a tumbarme y me acarició lentamente, con todo el cariño del mundo, pero también derrochando sensualidad.

En la cama Thiago era una perfecta muestra de dulzura y dominio. Manejaba la situación con una sutileza que me hacía estremecer, pero que también me excitaba hasta la extenuación.

En un momento dado, sus caricias dejaron paso a su lengua, que empezó a recorrerme de arriba abajo, con suaves paradas para comprobar que yo estaba cómoda. Hasta que, en un momento dado, no le hizo falta. Mis gemidos le iban guiando. Y es que la lengua de Thiago en mis senos, en mi línea alba y en la entrepierna me estaban llevando al límite. No había recodo de mi piel que dejara sin probar.

Para cuando llegó a la entrada de mi cavidad más íntima, la humedad que esta desprendía le hizo comprender que yo no estaba solo preparada, sino, deseosa.

Su lengua preparó el camino a una penetración con la que Thiago me hizo suya, fusionando nuestros cuerpos, nuestras miradas y, en definitiva, nuestras almas.

No sé cuánto duró aquello, solo sé que perdimos la noción del tiempo y del espacio. Prácticamente desde que lo conocí me preguntaba cómo sería Thiago en la cama y ahora ya lo sabía. Aquella noche, hicimos por primera vez el amor, porque eso es lo que sentí con él.

Yo quedé laxa antes que mi chico, llegando al sumun del placer, e instantes después fue él quien se vació en mí. Agotados por la emoción del momento, nos besamos como solo los enamorados pueden hacerlo, poniendo el alma y el corazón en cada beso. Fue así como nos quedamos dormidos en una noche memorable en la que ardimos en las llamas de nuestro amor.

Capítulo 16



Desperté entre esas sábanas donde nuestros cuerpos desnudos yacían abrazados.

Nos miramos y besamos con una ilusión increíble, nos vestimos y fuimos a la cocina a desayunar.

— Gracias por tanto — me dio la taza.

— Gracias a ti, Thiago — lo abracé emocionada, no era para menos, me había levantado de mi lecho de muerte en vida.

Salí de allí como una adolescente que lo hace por primera vez, así me sentía, totalmente en una nube de esas que te hacen vivir en una armonía infinita.

Llegué a la par de Lola, Clara ya estaba dentro atendiendo a Juan, ese señor adorable que no faltaba cada mañana.

Lola preparó el café y la leche para las tres, aprovechando que estaba la cosa en ese momento relajada.

— A ver, Lola, sorpréndeme — apreté los dientes.

— Siéntate, siéntate — Clara me miró a modo de resignación.

— No, no, dime, estoy preparada — carraspeé.

— Pues eso, que ayer vino y se plantó ahí enfrente... — señaló a la calle.

— ¿No me digas? — pregunté bromeando.

— No seas mala — rio y vi cómo Clara se iba a atender a la vitrina de la pastelería.

— Venga cuenta — levanté la ceja.

— Me llevó a la puerta de mi casa y me dijo que me iba a desbloquear si le prometía que no le haría más perrerías.

— Pobrecito — negué.

— Le he prometido que ya no lo ataco más — se llevó los dedos a la boca y los besó en plan de prometido.

— Más te vale, así no se puede ir Lola — dije a modo de riña.

— Pero es que me provoca — resopló y se fue a atender.

Madre mía qué colleja le daba, aunque en el fondo era un amor, se le iba la olla considerablemente y ese chico debía ser San Arturo, pues aguantar eso era demasiado.

Nos pusimos toda la mañana a trabajar a la velocidad de la luz, aquello era una prueba de destreza, menos mal que al ser tres ya asimilé que mi café escondida en el trastero me lo tomaba, al igual que ellas, así que nos turnábamos.

El trabajo iba de escándalo, se notaba por momentos la fidelidad de los clientes, el buen rollo y la armonía que se respiraba tanto dentro como fuera de los escaparates.

Clara estaba muy contenta con Sergio, me contó que en la pizzería le pidió salir y ella aceptó, para verla contarle, era toda ternura.

Esa mañana me acordé mucho de Thiago, por la tarde se reencontraría con su hijo, eso me emocionaba mucho, ya que se lo merecía por encima de todo.

A la hora de la comida lo encontré de lo más nervioso, había preparado una carne en salsa que acompañó con unas patatas fritas.

— Me va a dar algo — decía, histérico, cuando se sentó.

— Relájate, sé cómo estás, pero debes mantenerte tranquilo sobre todo a la hora del reencuentro.

— Lo sé, pero es que he soñado tanto con ese momento — jugueteaba con la carne.

— ¡Come! — le reñí bromeando.

— ¿Crees que me mirará con el mismo amor que lo hacía semanas atrás?

— Estoy segura y más ¿Por qué piensas eso?

— No sé, pero como ella actuó tan mal, pensé que es capaz de todo.

— No — le cogí la mano por encima de la mesa — Estoy segura de que, por cómo me

hablaste del amor que sentía hacia su hijo, no le va a comer la cabeza con cosas feas, verás que todo sale bien.

— Ojalá, me dolería en el alma que no fuera él.

— ¡Thiago! ¿Te doy una colleja y te espabilo? O no, mejor te parto un huevo en la cabeza como hizo Lola, verás que hasta lo pone de moda — le provoqué una carcajada.

— Tampoco hace falta — carraspeó.

— Mira, procura acabar antes que yo o te juro que me encierro en mi cuarto sola — le advertí con el dedo.

— No serías capaz — reía.

— Ponme a prueba guapo — hice una mueca.

— No, no, no, que estoy viendo que me lo partes — se puso a comer como loco.

— De verdad, no tengas miedo y disfruta cuando lo veas, es vuestro momento y os lo merecéis.

— Claro — ya se le dibujó una sonrisa más relajada.

Terminamos de comer y nos echamos en el sofá. Esa vez, yo encima de él mientras me hablaba acariciando mi pelo, me encantaba con el cariño que siempre lo hacía, no tenía ninguna duda de que era lo mejor que me había pasado en la vida.

Llegué al trabajo y estaba Clara, no tardó en llegar Lola, la cosa estaba tranquila y nos

tomamos el café.

Estuvimos planeando el día libre de la semana de cada una. Lola quería los viernes porque ese día no trabajaba Arturo, Clara prefería los sábados y yo los domingos, así que no tardamos en ponernos de acuerdo.

La tarde pasó volando con tanto ajetreo, de modo que me fui a mi casa y esa vez me puse a preparar yo la cena para cuando viniera Thiago.

Preparé una ensalada de pasta con bacon pasado por la sartén y frutos secos, además de la verdura y el huevo duro.

Sobre las ocho y veinte llegó él, sonriente y me abrazó.

— Está loco por conocerte, dice que el próximo día te quiere ver.

— Eso me deja tranquila — sonreí — Cuéntame todo mientras preparo la mesa.

— Pues me recibió con un abrazo de película, estaba feliz, no paraba de besarme y nos hemos pasado las dos horas merendando y jugando al fútbol. Cuando se despidió me decía que dos días para vernos. No lloré de milagro, pero me encogió el alma.

Empatizaba con él y me dolía una barbaridad pensar lo doloroso que tenía que ser para él no ver todos los días a su hijo.

Esa noche cenamos relajados hablando sobre ello, luego nos fuimos a la cama y lo volvimos a hacer, con ese tacto que él tenía, con ese control, con esa forma de mirarme, aquello era algo que me llenaba aún más si es que eso era posible.

Capítulo 17



Llegué al trabajo y Lola tenía más mala cara que un condenado a muerte.

— ¿Y a ti qué te pasa?

— Estoy muy enfadada con el Arturo — decía negando muy indignada, preparándome un café y Clara poniéndome ojitos, aguantando la risa.

— A ver, cuéntame...

— Anoche que salí a cenar con él y se enfadó porque le dije al camarero “gracias, guapo” — Clara y yo nos echamos a reír — No os riais, pues no sabéis el número que me formó — resopló.

— Los que habitualmente vosotros os montáis — me encogí de hombros.

— No, pero esta vez fue él, vamos que decir guapo es una cosa normal — seguía resoplando.

— Se puso celoso — decía Clara con ese tono bajito.

— Pues no tiene que estar celoso, ya que él es el hombre de mi vida — ahí sí que nos echamos a reír — No os riais, que es la verdad — negaba indignada.

— Bueno, es bonito que sienta celos — quise aplacarla.

— Pues no veas la que se lio...

— A ver, termina de contarme — reí.

— Si no me dejáis con esas risas — negaba.

— Ya nos callamos — dijo Clara, haciéndome un gesto de susto y yo aguantando la risa para no liarla más.

Pasamos la mañana muertas de risa con las cosas de Lola. A última hora llegó una visita inesperada.

En ese momento entró la ex de Thiago por la pastelería, no podía creérmelo ¿Qué carajo hacía allí?

— Buenos días, vengo a hablar contigo — se dirigió a mí con tono borde.

— Buenos días, salgamos a la calle — le extendí la mano.

No entendía qué tenía que hablar conmigo esa mujer, pero bueno, la iba a escuchar.

— Te voy a decir algo claro, deja de buscar a mi pareja, comprende ya de una vez por todas que te dejó por mí ¿no tienes a mi ex? ¿no te parece suficiente?

— ¿Qué dices, chavala? — pregunté en tono chulo e incrédula por lo que me estaba diciendo.

— Apareciste por ese restaurante porque sabías que estaríamos ahí, a mí no me engañas.

— ¿Tú de verdad me estás diciendo que yo os busqué? Creo que no tienes ni idea de nada. Para empezar, me llevó mi pareja — dije refiriéndome a su ex — Y créeme que lo último que yo quisiera es volver con Edu, no me interesa lo más mínimo, que no te quepa duda de que lo que más me alegra en el mundo es tenerlo lejos.

— Y él se alegra más, pasa de ti como de la mierda — por lo visto intentó hacerme daño.

— Pues yo me alegro, no sabes cuánto...

— Te advierto que no debes acercarte a nosotros, que él es mío.

— Pues no será tan tuyo cuando tienes temor a que otra se lo lleve.

— ¿Temor? — hizo un gesto de ironía — No tienes ni idea de lo que siente Edu por mí.

— Pues no — me encogí de hombros y sonreí — Si yo estuviera tan segura no tendría necesidad de ir a buscar a nadie.

— Yo no vine a buscarte, pasaba por aquí y te quise advertir.

— A mí no me tienes que advertir, en absoluto. No eres nadie para pedirme explicaciones de absolutamente nada, así que estás perdiendo el tiempo y más cuando te repito que paso de él y que no me hace falta ni lo quiero en mi vida.

— Ni lo tendrás — se hizo la chula.

— Y erre que erre, que muy bien, para ti entero, haz el favor de no volver a buscarme pues no te tengo que dar cuenta de nada que concierna a mi vida.

— Vendré las veces que me dé la gana...

— Pues espero que no me conozcas enfadada — me acerqué a ella — No tienes ni puta idea de lo chula que puedo llegar a ser y si tú estuvieras tan segura de Edu no vendrías aquí, ni me hablarías. Qué pena me da como mujer ver a otra arrastrarse por un hombre, qué poco te tienes que querer y valorar.

— Mira pastelera de mierda, más vale que no te acerques — me señaló con el dedo y se fue a marchar cuando apareció Thiago.

— ¿Qué pasa aquí? — preguntó enfadado.

— Que viene a pedir explicaciones del otro día, cuando me invitaste al restaurante y estaban ellos, dice que estuvimos allí porque yo los quise seguir. Según ella persigo a mi ex — resoplé.

— Escucha — se dirigió a ella — Fuimos porque yo la llevé, te pido por favor que como mujer, como madre de mi hijo y como la persona que tiene una parte de su educación en sus manos, además de por el amor que no dudo que sientes por él, dejes de hacer estas tonterías. La invité yo, ella ni lo nombra, es parte de su pasado. De todas formas, tú no tienes derecho a actuar así y está muy feo por tu parte — decía en un tono calmado, pero de advertencia.

— A mí tú no me vas a decir a estas alturas qué puedo hacer o no.

— Hazme el favor de dejar que todo siga su curso. Tú tienes tu vida junto a él y nosotros la tenemos en común. No tienes por qué hacer estas tonterías y menos molestar a alguien a quien lo último que se le ocurriría es volver con quien ya es parte de su pasado y del que aprendió lo que sí y lo que no debe aguantar de un hombre.

— Él es mejor que tú — dijo de forma chulesca y yo me tuve que echar a reír de la incredulidad.

— Pues para ti entero, de verdad, deja de hacer estas cosas que no tienen ni pies ni cabeza y mucho menos sentido.

— Vendré cuando quiera...

— Te voy a decir una cosa — ya se mostró más serio y enfadado — Si apareces por aquí de nuevo o la buscas para molestarla, me saltaré el juramento que te hice un día y perderás por un juzgado a Nico — eso me dejó impactada.

— Si haces eso te mato.

—Entonces perderás de todas formas al niño porque irás a la cárcel. Máchate de aquí, no vuelvas a molestar a mi pareja y sé feliz por el niño que tienes, es la mejor calidad de vida que le podrías dar.

— ¡No me digas qué tengo que hacer!

— No me hagas hacer lo que no quiero, que sabes que te arruino la vida...

Se colocó bien su bolso en el hombro y se fue con una cara de perro impresionante.

— Lo siento — me abrazó.

— ¿Tú? Viene a pedirme cuentas de mi ex novio, no de ti.

— Ya, pero me siento responsable.

— No, te juro que no estoy mal. Me importa una mierda lo que piense o diga, eso no me define a mí, la define a ella.

— Qué rabia me da que tengan que venir a molestarte al trabajo y más por una gilipollez de ella.

— Tranquilo de verdad, te prometo que no pasa nada, que no me va a joder el día — le di un beso — Entra te preparo un café.

Entramos y las chicas nos miraban sabiendo que algo había pasado. Obvio que no sabían que era ella, así que en clave de humor les dije que era la ex de Thiago y sus caras al enterarse eran dos poemas, menos la de él que sonreía negando, mientras volteaba los ojos.

Se tomó el café y se quedó allí hasta la una, hora en que salimos y nos fuimos a comer a un restaurante chino.

— Te juro que me siento súper indignado con la actitud de Silvia...

— Thiago — resoplé — De verdad, no pienses en eso, no merece la pena.

— Pero no es justo que vengan a tocarte las narices con lo tranquila que tú estás.

— Ya, pero son cosas que no se pueden evitar. No hay que hacerle mayor caso.

— ¿Y si vuelve a venir?

— Pues la mando a paseo de nuevo y ya, hasta que se aburra.

— No es así...

— Pues esperemos que no pase, pero de verdad, Thiago, no merece la pena pensar en ello — le acaricié la mano por encima de la mesa.

Por fin se relajó un poco y le cambié el tema, así que pasamos la comida más animados y haciendo planes para el domingo, ya que yo no trabajaba y ese finde teníamos al niño.

De allí nos fuimos al super a comprar cosas. Cogió batidos para Nico, zumos, galletas, de todo lo que se le pudiera antojar al niño en nuestra casa y a mí eso me encantaba. Yo le pillé chuches, tenía que malcriarlo y ganármelo.

El resto del día transcurrió sin más altercados. Con lo de la aparición de Silvia había sido suficiente, así que por la tarde trabajé y luego, como siempre, cena con mi chico y a ver una peli.

Al día siguiente por la mañana fui a comprar al mercado buenas naranjas, e hice unos recados de banco, así que dejé mi negocio en manos de mis dos adorables chicas y Thiago se quedó trabajando en casa.

Al mediodía comimos y estaba muy nervioso por el encuentro con su hijo. Yo me fui a trabajar a las cuatro, quedando en vernos luego para conocer a esa preciosidad que tenía como hijo.

La tarde fue increíble, como siempre se vendió todo y a última hora nos quedamos las tres tomando el café y hablando.

Clara estaba súper bien con Sergio y se veían todas las tardes un rato cuando salía de trabajar,

o iban a cenar juntos.

Lola nos contó sus peripecias con Arturo desde esos celos que él sintió a consecuencia del piropo que soltó ella. Arturo seguía enfadado y al mediodía la bloqueó de nuevo. Esa pareja vivía en una montaña rusa, pero yo ya hasta me lo pasaba bien escuchando sus locuras, sus enfados y sus cosas.

A las siete estaba saliendo la última clienta cuando aparecieron Thiago y Nico de la mano.

— Hola — dije quitándome el delantal y agachándome a saludarlo.

— Hola — sonreía con las manos en la boca.

— Eres precioso y estás altísimo, te haces un hombre pronto.

— Sí — sonreía, mirándome con esos ojitos que derretían a cualquier mortal y enamoraban a todo corazón que se topase con ellos.

Nos fuimos a tomar algo a un parque y Nico estaba de lo más gracioso. Era como Clara, todo dulzura y amor, no tenía ni un acto o gesto feo.

En el rostro de Thiago se reflejaba su alma, con una sonrisa y una felicidad que salía por todos los poros de su piel. Le hablaba con un cariño al niño que se me caía la baba, aunque él era así realmente, puro amor y cariño hacia todo lo que le rodeaba.

Fuimos a entregar a Nico y lo recogió la madre. Ni nos miró, agarró al pequeño y se fue mientras el peque giraba su cabeza y nos decía adiós con su mano.

Caminamos charlando sobre lo grande que era como persona ese pequeñajo, la verdad es que

se había ganado en una hora mi corazón, ya tenía ganas de volverlo a ver.

Esa noche preparamos la cena entre risas y besos, esos mismos con los que nos fuimos a la cama a ejecutar el amor en forma de deseos.

Me sentía tan afortunada, tan cómoda, y tan feliz con mi vida junto a Thiago que me negaba a vivir amargada por nada. No tenía razones, por mucho que se empeñara la gente como su ex en decir gilipolleces, yo lo tenía todo. Lo último que quería en mi vida era un Edu y menos a ese que no me valoró como ahora comprendía que me debía valorar un hombre.

Me costó coger el sueño pensando en todos esos momentos vividos desde que conocí a Thiago, cómo cambió mi miedo por sueños, cómo transformó el trabajo en recompensa. No podía ser más feliz, me sentí la mujer más afortunada del mundo en estos momentos.

Me daba miedo que en cualquier instante todo se desmoronara, para qué iba a mentirme, pero mi felicidad era más grande que mis miedos, así que no podía más que sonreír por mi dicha.

Capítulo 18



Y llegó el viernes con ese primer café de la mano de Thiago.

— Al mediodía nos vemos.

— Claro, recuerda que llego a las dos y veinte de recoger al niño, pero dejaré la comida lista.

— Tranquilo, así aprovecho y cuando salga de la pastelería voy al banco, que tengo una gestión que hacer.

— ¿Todo bien?

— Todo genial, solo es que quiero abrir una cuenta de ahorro para apartar lo que me sobra del mes e ir guardando para la cancelación de los préstamos, o sea, ir entregando de vez en cuando alguna cantidad a cuenta.

— Eso está genial — me besó.

— Luego nos vemos.

Me fui a la pastelería. Ese día le tocaba librar a Lola, así que estaría sola con Clara.

— Buenos días, preciosa — dije al verla ya atendiendo.

— Buenos días, jefa — sonrió — ¿Un café y mi leche?

— Ahora mismo lo preparo — le sonreí.

— Anoche estuve hablando con Lola por la noche, estaba muy enfadada porque aún Arturo no la había desbloqueado — volteó los ojos.

— Vaya dos — reí.

Esa mañana hubo como siempre mucha gente, pero sobrevivimos a ella. A esas alturas era innegable que teníamos el rollo cogido e íbamos rápidas, no nos gustaba hacer esperar a nadie, pues no daba buena imagen.

Le conté mi encuentro con Nico y su cara era de lo más simpática, bonita y adorable. Le encantaba la idea de que ese pequeño me hubiera conocido y sobre todo de que se hubiera comportado así conmigo.

A la una me dirigí al banco e hice el trámite, así que hasta las dos no me fui a casa. Llegué y me puse a calentar la comida, no tardaron en llegar.

Nico corrió hacia mí y me dio un abrazo, casi me desmayo de la emoción, al igual que su padre, que me besó sonriente mientras el niño nos miraba riendo con esa ternura que me hacía babear.

Comimos los tres mientras nos contaba lo bien que se lo había pasado esa mañana en el cole en el que habían programado actividades con las que los niños disfrutaron mucho.

Tras la comida se puso a ver dibujos y yo me fui un rato a descansar. Estaba agotada, así que me eché una hora para luego tomar el café, tranquila con ellos, antes de irme.

Cuando me levanté de la cama Nico volvió a darme un beso, me hizo mucha gracia, era para comérselo.

Me despedí de ambos prometiendo volver a las siete, es que me lo hizo prometer, como si tuviera otra opción mejor que volver a mi casa, le di varios besos y me despedí.

Abrí la pastelería y llegó Clara, que se tuvo que poner el delantal a toda mecha pues ese día no nos dieron tregua. El público con la idea de los pasteles para el fin de semana comenzó a agolparse en la pastelería.

A las siete menos diez pudimos tomar ese café, que siempre nos esperaba a esa hora como compensación de la tarde. Bueno, ella su vaso de leche.

Nos despedimos y me fui hacia casa donde me esperaban para irnos al *McDonald's* a cenar. Era el deseo de Nico, que estaba de lo más emocionado con ello.

Nico no nombraba a su madre para nada. Si lo hubiera hecho resultaría de lo más normal, pues su madre era, pero parecía que con su corta edad sabía diferenciar las cosas y comprender la vida que sus padres habían retomado por separado. Era muy inteligente.

Lo pasamos en grande y estuvimos una hora más para que él pudiera jugar en el parque de bolas que tenía dentro y del que muchos niños disfrutaban mientras comían. Eso hizo Nico, que iba y venía, le tiraba un bocado a su hamburguesa, se comía dos patatas y volvía a marcharse. Estaba de lo más inquieto con los juegos, como todos los peques.

Thiago me miraba con felicidad. Parecía pletórico por tenernos a los dos, se notaba que éramos esa energía que llenaba su vida.

— Mañana tú trabajas — dijo Nico.

— Sí, cariño, pero por la tarde, a las siete, termino — le hice un guiño.

— Pero tienes que venir a comer — sonreía.

— Claro que lo haré y el domingo no trabajo.

— ¡Bien! — aplaudió emocionado.

— ¿Me vas a echar de menos mañana un poquito?

— ¡Sí! Pero le diré a papá de ir a verte un rato.

— Eso sí que no me lo esperaba — adopté cara de asombro y me puse las manos en el pecho
— Eso me da mucha emoción.

Nico era un encanto. Thiago nos miraba con la baba caída. Poca duda había de que ese momento de complicidad entre Nico y yo, era importante para él y le traía esa calma que tanto necesitaba.

De allí nos fuimos para la casa y vimos una película de *Disney*, con palomitas incluidas. Fue el momento de Nico y tuvimos que ponernos a su altura, no era para menos.

— Me gusta esta casa — decía comiendo palomitas y viendo la peli.

— Me alegro mucho, hijo.

— Yo también — le hice un guiño.

— Y yo — repitió de diferente manera y soltamos una carcajada.

Era muy cómico, un niño muy alegre y feliz a pesar de que a su corta edad sus padres se habían separado y eso podría haberle afectado. Pero no, él intentaba darle normalidad, ni siquiera hacía por referir nada al respecto. Me daba la sensación de que tenía un corazón y unos valores demasiado grandes, me estaba ganando por minutos.

Luego se quedó dormido en el sofá y lo llevamos para la habitación que tenía Thiago con sus cosas, lo acostamos y nos fuimos a dormir.

Empezaba entonces nuestro momento, ese en el que el amor reinaba y nuestros cuerpos se fusionaban para ser uno, ese que tanto nos llenaba.

Me quedé dormida de lo más feliz. Aquella noche la casa estaba más llena de amor que nunca y se notaba en el ambiente, en la alegría que había traído Nico en forma de niñez, con esos toques que le daba a unos momentos de lo más bonitos y divertidos.

Capítulo 19



Escuché las carcajadas de Nico y de su padre, que ya estaban en el salón. Sonreí al pensar lo locos que estaban por despertarse tan pronto, pero eran felices juntos, lo que se dejaba ver por sus tempranas risas.

— Buenos días — sonreí apareciendo y Nico no tardo en correr a mis brazos.

Luego le di un beso a Thiago, sin soltar al niño que estaba a mi costado, y se puso a preparar el café.

Desayuné con ellos de forma relajada, ya que eran apenas las siete y diez, de modo que tenía tiempo por delante.

Nico estaba súper nervioso, pero de felicidad. No dejaba de sonreír y de proponer ideas, casi me organiza mis huecos libres y yo le decía a todo que sí ¿Qué me costaba hacer feliz al amor del amor de mi vida?

Llegué al trabajo y estaba llegando Lola.

— Veremos con qué me sorprendes hoy — le saqué la lengua.

— Joder, ayer no trabajé, así que vengo con bastantes titulares, pero como no me hagas mi café, esta lengua ni se mueve.

Le hice el café mientras ella atendía a los primeros clientes. En cuanto hubo un hueco vino a contarme.

— Ayer me la lio el Arturo.

— ¿Te desbloqueó?

— Sí y se coló debajo de mi casa, pero a resguardo, me dijo que bajara.

— Normal que se ponga a resguardo sabiendo la de cosas que le pueden caer por encima — reí.

— Pues cojo y bajo, me dice que me tiene una sorpresa, que cierre los ojos y ponga las palmas de la mano hacia arriba. Él no se bajó de la moto. Le hice caso — volteó los ojos.

— ¿Y?

— Me puso dos mierdas de perro, una en cada mano y se fue. No sabes la que me entró.

— Pero bueno... ¿Y a santo de qué venía ahora eso?

— Descubrió lo del gorro, hasta esta mañana no lo había abierto...

— Ay Dios, estáis predestinados a llevaros muy mal, pero qué asco, mierdas de perro... — hice un gesto de arcadas.

— No sabes qué rabia sentí. Después me fui a buscarlo, si ese se pensaba que iba a quedarme

de brazos cruzados...

— Ay no, no me cuentes.

— Sí — me hizo un gesto de que me esperara y atendió a un par de clientes.

Yo la miraba negando, incrédula. Esos chiquillos se llevaban a matar, lo peor de todo es que ninguno hacía nada por frenar esas cosas.

— Cuando me lo encontré, después de pasar dos horas buscándolo, le dije de todo menos bonito, pero no le lancé nada, prometido. Eso sí, le monté un número delante de dos amigos, que no tenía saliva para tragar.

— Y, ¿qué pasó?

— Por la tarde recibí un mensaje suyo, diciendo que estaba debajo de mi balcón esperando a que le tirara una docena de huevos, pues se lo merecía — nos echamos a reír. No era para menos, encima me dio hasta pena el pobre.

— Y tú, ¿qué hiciste?

— Pues ir al frigo y complacerlo. Sé que lo prometí, pero lo amo tanto que sus deseos son órdenes para mí — se puso las manos en el pecho y ya fue cuando tuve que cruzar las piernas, pues estaba a punto de mearme encima, hasta que...

— No sé qué cojones hace esa aquí ahora — murmuré por lo bajo cuando vi asomarse al cristal a la ex de Thiago.

Salí tan chula, si ella se pensaba que iba a tocarme las narices, no sabía que yo se lo iba a

hacer peor.

— Dime.

— Quería pedirte disculpas por el numerito anterior... — joder hasta parecía que lo decía en serio.

— Nada, tranquila — me sorprendí.

— Realmente estaba nerviosa — su tono denotaba preocupación.

— No tienes que estarlo...

— No era por él, quería saber con quién iba a compartir también mi hijo su vida — se le saltaron las lágrimas.

— Por mí puedes estar tranquila, lo último que yo haría sería tener un gesto feo con el niño ni nada por el estilo — le toqué el hombro y rompió a llorar.

— Ven, entra, te pongo un café — la agarré del brazo para que entrara y Lola nos miraba sin entender nada.

— Gracias — dijo cuando sostuvo la taza entre sus manos, apoyada en la barra.

— No hay de qué y déjame decirte que yo quiero que haya armonía entre todos por el bien de Nico. Se lo merece, además le habéis dado una gran educación y es un niño con muchos valores.

— Yo le pedí que fuera bueno contigo, para que todo estuviera bien.

— Pues te hizo mucho caso — le toqué la mano.

— Jamás pensé que el hombre del que me había enamorado sería el ex de la persona que estaría con el padre de mi hijo — seguía sollozando — Siento lo que os hicimos.

— No, de verdad, nos habéis dado la oportunidad de ser felices juntos, de poder construir algo que está marchando muy bien — me sinceré.

— Quiero que me cuidéis a Nico, cuando esté con vosotros, con el amor que yo lo haría y Thiago sé que lo hace, ahora te lo imploro a ti.

— Eso no hace falta que me lo pidas, solo una mala persona no cuidaría a un pequeño como Nico, quédate tranquila.

— Yo no lo os voy a dar ningún problema con Nico, os lo podéis llevar y traer cuando queráis, no quiero que esto sea una guerra innecesaria y menos hacerlo sufrir.

— Tranquila, estoy segura de que Thiago y tú solo queréis su bienestar y yo por supuesto pondré todos mis medios para que esté bien.

— Gracias y disculpa por todo, estoy muy nerviosa con lo que estamos viviendo. No he sabido actuar en este tiempo.

Me sorprendió que antes de irse me diera un abrazo, que por supuesto no le negué.

— Tienes que averiguar qué fuma esta tía para entrar de repente en esa paz y amor — volteó los ojos.

— Lola estoy flipando, vaya cambio de repente, no sé si esto me pone más nerviosa o si de verdad quiere paz — resoplé.

— A ver si va a ser como el Arturo que un día viene de buenas, otro de malas y el otro lo peta — soltó una carcajada.

— ¡Bruta! — reí.

Thiago apareció más tarde con el niño y en un momento que se puso a charlar Nico con Lola le conté lo de su ex. Se quedó blanco, pero me dijo que si había dado ese paso con lo orgullosa que era, estaba convencido de que lo hacía por alcanzar el bien común.

Estuvieron por allí merodeando hasta que salimos, momento en que fuimos a comer a una pizzería. Era el fin de semana del consentido, así que Nico mandaba.

Hicimos tiempo en un parque tomando un café, luego me fui a trabajar para echar el poco rato de la tarde que quedaba y ya no volvería hasta el lunes, ¡qué bien sonaba eso...!

La tarde pasó volando. Me despedí de Lola hasta ese día y me fui hacia la que ya era nuestra casa, donde me esperaban los chicos haciendo croquetas.

Esa noche y el día siguiente fueron espectaculares. Reímos, jugamos, vimos pelis y a la hora de entregar al niño su madre nos recibió de lo más amable y simpática. A Nico se le notó la alegría en la cara...

Capítulo 20



2 meses después...

Y llegó el día de Fin de Año, esa fecha tan esperada por ambos.

Thiago y yo habíamos pasado nuestras primeras Navidades juntos y el balance no podía ser otro: absolutamente maravilloso. Además, tuvimos la suerte de poder compartirlas con Nico, que estuvo con nosotros durante el primer período de sus vacaciones escolares.

Así, lo habíamos llevado con su madre el día anterior, y ahora nos tocaba a nosotros disfrutar en plan parejitas, como estaba mandado.

—Espera que paso un momento por la pastelería antes de irnos—solté y salí corriendo. Ahora vengo.

—Me parto contigo, pero si lo dejaste todo listo anoche, ¿a santo de qué tienes que volver a pasar?

—Tú déjame a mí, por favor, porque si no me voy a ir de los nervios.

—No, no, relax, ve. Yo te espero.

Seguía siendo un santo. A esas alturas ya tenía claro que Thiago era real, ni un sueño, ni un embaucador que me hubiera enseñado su mejor cara en las primeras semanas. Seguía siendo, sencillamente, un amor.

—¿Qué te dije? Me debes diez euros—le soltó Lola a Clara tan pronto aparecí por la puerta de la pastelería.

—¿Y eso? —reí.

—Porque anoche me aposté con Clara diez euros a que te pasabas por aquí otra vez, antes de irte.

—No me llamo Valeria si no lo hago. Es que no me llega la camisa al cuerpo...

—Ah, ¿no? —salió Clara a abrazarme—¿Y se puede saber por qué? ¿Acaso no confías en nosotras?

—Claro que confío y lo sabéis. Lo que pasa es que la pastelería es mi responsabilidad y no deja de darme cosa el irme.

—¿Sí? Pues que sepas que también es parte de esa responsabilidad el saber cuándo debes desconectar, bonita. Valeria, necesitas irte, respirar aire puro y cargar las pilas a tope. Y cuando vuelvas, vamos a echarle un montón de ganas todas juntas, para tener un año con mejores resultados todavía que el anterior, si es que cabe.

—¡Claro que cabe! Cabe toda lo que una se proponga—ya estaba tardando Lola en soltar una de las suyas, aprovechando que el cliente al que estaba atendiendo acababa de salir por las puertas.

—¿Si no la dices, no te quedas tranquila! —reí.

—¿Y qué sería la vida sin un poco de marcha? —me contestó y pensé que tenía toda la razón del mundo.

Eché una última visual, vitrinas llenas, pedidos para los próximos días controlados... tocaba carretera y manta, ¡por fin!

—Chicas, os voy a echar de menos—las abracé cuando salieron a despedirme.

—Y nosotras a ti—señaló Clara con ese tono de voz tan bonito suyo—Pero vamos Valeria, que no te vas a la guerra—rio.

Les sonreí y me fui a buscar a Thiago, que ya me esperaba a pie de coche, con las maletas de ambos.

—¿Lista para pasar un Fin de Año sensacional?

—¡Totalmente! Pero todavía no tengo idea de a qué lugar vamos.

—¡Ni falta que hace! Me gusta el factor sorpresa.

Dos horas de carretera y yo todavía no lo tenía claro, ni me importaba. Solo sabía que estaba siendo el trayecto más ameno de mi vida, los dos sonrientes, cantando y dedicándonos unas miradas tan profundas...

—¡Mira para la carretera no sea que nos la demos! —reí.

—No, mujer, está todo controlado, aunque tengo que reconocer que esos ojos tuyos me entretienen más de la cuenta—se contagié de mi risa.

En un momento dado, un cartel me dio la pista. No había duda.

—¡Vamos a esquiar! —exclamé, esperando no haberme equivocado, porque la idea me hacía una ilusión tremenda y se me notó.

—No, lo siento, pero no... Es otro el plan.

Me quedé cortada unos segundos, ¡vaya metedura de pata!

—Vale, vale.

—No pasa nada, pero lo apunto para la próxima.

Pero no, para la próxima solo faltaban diez minutos, el tiempo suficiente para llegar y aparcar en la preciosa estación de esquí que era nuestro destino.

—¡Te has quedado conmigo! —exclamé, de lo más emocionada.

—Pues sí, y espero que para siempre—soltó con doble sentido, haciendo que me derritiera. ¡Era tan mono!

—Te dije una vez que...

—Que te encantaría aprender a esquiar y hacer deportes de nieve y aquí estamos, habrá que probar qué es lo que más te gusta—me abrazó al salir del coche.

—Pero yo no vengo preparada para esto. Vale que el equipo y todo eso se alquila, pero hace falta ropa especial para el intenso frío.

—¿Igual que la que tenemos en esta maleta?

En ese momento acababa de sacar del maletero una tercera maleta que debía llevar ahí unos días, porque en casa no la había visto.

Como siempre, Thiago seguía ocupándose de todo y se había encargado de comprar ropa de nieve para ambos. ¿Era un amor o no era un amor?

—Pero ¿tú dónde estabas metido hasta que a mí me dio por poner el anuncio? —pregunté, de lo más bromista.

—Yo, esperándote, esperándote, bueno y comprando ropa de nieve—tenía un sentido del humor que me fascinaba.

—Vale, vale... Tomo nota.

—Nos hospedamos allí—me señaló el más lujoso de todos los hoteles de la estación.

—¿En serio? Pero, por Dios, eso tiene que costar un pastizal tremendo...

—¿No te acuerdas de que me devolviste el dinero del primer mes de alquiler?

—Déjate de coña, ni que lo hubieras estirado como el chicle, ¡no te fastidia! Eso ya te lo has gastado diez veces en nuestras salidas.

—¿Sí? No entiendo, la verdad, a mí me parece que todavía sigue dando de sí.

Y es que así era mi chico, entre sus muchos valores, destacaba una increíble generosidad, vaya que no tenía un pan suyo. ¡Cómo no iba a salir el pan hasta allí! —reí.

Entramos en el hotel y era una verdadera maravilla, de lo más lujoso y confortable. Abrí los ojos como un búho. Me encantaba todo lo que veía.

—¡No me puedo creer que vayamos a pasar el Fin de Año aquí! —solté mientras botaba sobre la inmensa cama, al llegar a la habitación.

—El Fin de Año y dos días más, que no te vas a escapar tan pronto—me besó.

—Ni quiero, ni quiero. Por mí le doy dos patadas al reloj ahora mismo y otras dos al calendario.

—Apoyo la moción—sonrió.

En aquella preciosa cama, y antes de bajar, tuvimos un primer y apasionado encuentro de los muchos que se sucederían en aquellos días, porque nosotros nos rozábamos y nos encendíamos.

Todavía era media mañana, de modo que teníamos la posibilidad de aprovechar varias horas antes de almorzar.

Salimos y aquello sí que era respirar aire puro. Nada que ver con la ciudad. Inspiré hondo. ¡Estaba tan nerviosa que parecía que éramos dos Valerias en vez de una!

—Como sigas así, te voy a tener que dar una Valeria-na—hizo el juego de palabras con mi nombre.

—Muy agudo—reí.

—Pues el agudo opta porque nos apuntemos hoy a un curso de iniciación al esquí, y mañana a otro al *snowboard*, y el tercer día ya veremos lo que hacemos, ¿cómo lo ves?

—Lo veo genial.

Nos apuntamos con un grupo de gente joven de lo más divertida. Incluso algunas parejitas se me parecían mucho a mis niñas y me acordé de ellas.

—¿Te las imaginas aquí con sus chicos?

—Sí, otro año las traemos. Lo malo sea que a Lola le de un siroco de los suyos y despeñe a Arturo.

—¿Te imaginas? El pobre, ya lo que le faltaba.

—Sí, sí, y lo peor sería que ese va al día siguiente, escayolado, a por ella con un ramo de flores.

—Sí, sí, es un poco masoca.

—Un poco, bastante.

Optamos por curso de un día de iniciación y tenía la mejor pinta. Me morí de la risa porque se me estaba dando bastante mejor que a Thiago y él se estaba poniendo un poco nervioso.

—¿Nos han dado el mismo tipo de esquís o los míos están defectuosos? Aunque a lo mejor, el defectuoso soy yo.

—No, no, de eso nada. Tú no estás defectuoso—lo miré y es que me daban ganas de abalanzarme para él—tú quizás seas un poco patoso, eso sí.

—Menos palique, chicos, que es para hoy—bromeó el monitor.

—Vale, vale, es que estaba intentando ayudar a mi chica, que se le da un poco regular—bromeó.

—Sí, sí, en eso es en lo que me estaba fijando, parece ser que se le da fatal y a ti genial—rio.

A la hora del almuerzo hicimos una parada en la que entablamos conversación con alguno de los chicos del grupo. Hicimos buenas migas con una parejita, cuyos nombres eran Aurora y Unai.

—¿Venís de luna de miel? —nos preguntaron.

—No, ¡qué va! Si solo llevamos unos meses juntos.

—¿En serio? Se os ve de lo más compenetrados, tanto que Unai y yo pensábamos que os acababais de casar, como nosotros.

—¿Sí? Ah, pues no— Thiago y yo nos miramos y nos hizo mucha gracia.

—Entonces, ¿vosotros sí venís de luna de miel?

—Sí, bueno, pero es que lo nuestro es de traca, empezamos a salir con quince años y, a los

diecisiete, nos tuvimos que separar porque destinaron a mi padre a la otra punta del país—nos contó Aurora.

—¡Qué penita! —no pude evitar el comentario.

—Sí, pero el que la sigue la consigue y seguimos la relación a distancia.

—¿A tantos kilómetros y siendo entonces tan jóvenes? Pues sí que merecéis un premio—añadió Thiago.

—Sí, incluso nos las ingeniamos para estudiar los dos lo mismo, una carrera que prácticamente solo se cursaba en Madrid, para poder estar juntos.

—Vuestros padres ya sospecharían el motivo...

—Sí, claro, pero nos dijeron que no se meterían mientras aprobáramos...

—¿E hincasteis codos a tope?

—A tope, a tope, por la cuenta que nos traía. Y encima era difícil y al principio no nos gustaba.

—¿En serio?

—¡Y tan en serio! Pero al final nos terminó encantando y con el tiempo trabajamos juntos. Desde que la comenzamos no volvimos a separarnos.

Por la tarde, nos apuntamos con ellos a una preciosa actividad que también nos dejó el mejor

sabor de boca. Después de haber disfrutado de la mañana de esquí, hicimos una increíble excursión en telesilla que arrancó a dos mil trescientos metros de altura, alucinante.

Vivimos el magnífico momento en el que el sol se pone y recibe a la noche, montados en el telesilla y con las manos entrelazadas.

Volvimos al hotel y coincidimos en que la historia de aquellos chicos nos había conmovido. Cuando nos estábamos arreglando para bajar a cenar, Thiago y yo comentamos que era cierto eso de que el amor movía montañas.

Antes de llegar a la estación de esquí, yo desconocía nuestro destino, pero tenía claro que un precioso vestido de fiesta tendría que llevar para recibir el Año Nuevo con mi chico como era debido y donde fuera, con lo que nos pusimos nuestras mejores galas y marchamos rumbo al salón.

Los dos íbamos muy guapos y conjuntados y nos hicimos un montón de fotos en el elegante comedor que estaba preparado para la ocasión. La decoración era exquisita y el ambiente inmejorable. Además, tocaban música en directo, de lo más agradable.

Mientras esperábamos a que llegaran los platos, aproveché para enviarles algunas de las fotos a mis chicas y fue entonces cuando caí en la cuenta de que tenía un mensaje suyo de hacía varias horas, también con foto, en el que me enseñaban la caja del día, señalando ambas con sus manos hacia ella y haciendo la señal de la “V”.

—¿Son o no son un encanto?

—Lo son, lo son—Thiago se rio mucho viéndolas.

Nos trajeron los platos y aquello era un derroche. ¡Vaya glamur y qué bueno estaba todo! La cena me estaba resultando de lo más romántica y ambos sacábamos el máximo jugo a cada minuto.

Antes de que nos trajeron los postres, disfrutamos de un sorteo de un equipo de esquí y, ¡voilà!
Le tocó a Thiago.

—Esto es una premonición, para que me compre yo otro y volvamos el año que viene.

—Estoy de acuerdo, pero yo creo que el sorteo estaba amañado, me lo han dado a mí por ser el más habilidoso del grupo.

—Yo creo que sí, debe haber sido por eso—reí. Menos mal que se lo tomaba con el mejor humor del mundo.

Llegó la hora de las uvas y yo estaba nerviosa. Si he de ser sincera, era un momento del año que siempre me generaba una especie de pequeña ansiedad, por aquello de no atragantarme y terminar a tiempo.

Se lo dije a Thiago y le hizo mucha gracia.

—Esas son las cosas que me enamoran de ti. Los pequeños detalles que te hacen distinta. Eres muy, pero que muy especial, mi niña—me apretó la mano y me sentí genial.

Estaban sonando los cuartos y, uvas en mano, no nos quitábamos ojo el uno al otro.

—Una, dos, tres... iba diciendo yo en alto y me reí al comprobar que Thiago también estaba un pozo azorado por terminárselas a tiempo.

Dieron las doce campanadas y nos fundimos en un precioso beso.

—Nuestra primera entrada de años juntos—me sonrió.

—La primera de muchas, muchas—le devolví la sonrisa.

—Sin duda, y ahora toca eso de hacer propósitos para el Año Nuevo, ¿no?

—Sí, pero yo no los hago nunca, porque antes tenía una lista y al final terminaba el año y no había cumplido ninguno, de modo que me pareció que podía ahorrármela.

—Bueno, eso quizás era porque no tenías propósitos en común conmigo. Sin embargo, ahora se me ocurre uno que...

Se echó mano al bolsillo de su chaqueta y sacó aquella delicada cajita. Me quedé inmóvil, pensando que era imposible que aquello fuera lo que yo me estaba imaginando...

Pero no, no era imposible. Si algo me había enseñado Thiago en el poco tiempo que llevábamos juntos, era que con él los sueños se hacían realidad y, en poco tiempo...

Se acercó a mi silla y, ante la mirada de todos los que estaban en el salón, hincó su rodilla en el suelo. ¡Aquello no podía estar pasándome a mí! ¿O sí?

—Valeria, voy a ser breve porque nos está mirando todo el mundo—sonrió—Si quieres luego en la intimidad te doy todos mis argumentos, pero ahora solo quiero preguntarte una cosa ¿Te quieres casar conmigo?

Mi “sí”, entre lágrimas, debió resonar en todo el salón. Nos dimos un fortísimo abrazo acompañado de un interminable beso y las lágrimas que resbalaban por las mejillas de ambos se fundieron en un único río.

Acababa de vivir el momento más emocionante de mi vida, después del cual, bebimos, bailamos y... al subir a la habitación, nos amamos. Lo hicimos como nosotros sabíamos,

entregando cada uno su alma, dos almas que estaban destinadas a ser una... Thiago me había pedido matrimonio y mi corazón latía más fuerte que nunca.

Capítulo 21



Abrí los ojos con la mejor de las sensaciones.

—Dime que no lo he soñado, que fue verdad lo de anoche...

—¿Qué pasó anoche? No me acuerdo de nada—bromeó.

—¿No? Pues entonces quizá fue otro chico guapo en el que me puso este anillo en el dedo.

Nos empezamos a besar y, como era de esperar, una cosa llevó a la otra. Volvimos a rozar el cielo juntos antes de bajar a desayunar.

Llegamos al salón y mucha gente nos miraba. Es que lo de la noche anterior había sido un numerito muy romántico que no había pasado en absoluto desapercibido.

Yo estaba emocionada hasta más no poder y se me notaba.

—¿Contenta? —me preguntó.

—¡Ni te lo imaginas! —solté sin pensarlo.

—Créeme que una ligera idea tengo.

Estuvimos paseándonos por las copiosas bandejas, cogiendo todo lo suficiente para afrontar con fuerzas un día que también se planteaba intenso. La emoción nos podía. Era imposible haber comenzado el año con mejor pie.

—Y dime, ¿cuál es tu idea? ¿Cuándo nos casamos? —ni siquiera habíamos hablado del tema de la fecha todavía.

—Ah no, eso lo dejo a tu elección. Yo ya he dado el paso. Ahora te toca a ti decidir cuándo.

—Lo veo en verano, con el buen tiempo...

—Pues nada más que añadir entonces...

Me dejaba loca ver lo fácil que era todo con Thiago. En mi relación con Edu no había pasado nada igual, ni parecido. Con él costaba llegar a un acuerdo, daba la impresión de que siempre tenía que llevar la voz cantante y, cuando no era así, se incomodaba.

Seguimos hablando un rato sobre el tema, soñando despiertos...

Terminamos de desayunar y nos dirigimos al curso de iniciación de *snowboard*.

—¿Volvemos a coincidir?

Me llamó la atención ver a Aurora y a Unai en el mismo curso que nosotros nuevamente.

—Eso parece. Yo es que le he dicho a Valeria que ya me veía muy suelto en el esquí, de

manera que había que cambiar el tercio...

—Claro, claro. Ya para la próxima que vengamos nos da clases él—añadí.

—Por cierto, vimos anoche la pedida, ¡qué calladito lo tenías! —le dijo Unai a Thiago.

—¡Hombre claro! Si os lo casco antes, vaya sorpresa que hubiera sido...

—Eso es verdad—opinó Aurora—Y, por cierto, fue muy valiente por tu parte hacerlo así delante de todos.

—Sí, sí, tío, eso hay que reconocerlo. Yo tenía pánico escénico. Me hubiera sido imposible pedirselo en público...

—¿Y entonces? ¿Cómo lo hiciste? —pregunté.

—No lo hizo él, lo hice yo, en la graduación del Máster que cursamos tras la carrera.

—¡Qué original! —me salió del alma.

—Sí, sí, le pedí el micro al decano, que debió pensar que iba a dar algún detalle de la cena de aquella noche o algo.

—Y no...

—¡Qué va! Le pedí delante de todos, en el salón de actos, que se casara conmigo.

—¡Me parto!

—No, no, el que casi me parto soy yo, pero la crisma.

—¿Y eso? Cuenta, cuenta— Lo de aquella pareja nos parecía todo muy gracioso.

—Pues que los compañeros empezaron a animarme, pidiendo que saliera a contestarle al escenario y yo, de los nervios, tropecé y di la madre de todas las caídas justo antes de llegar hasta ella.

—¡¡¡No!!! —me puse las manos en la boca.

—Sí, sí, y yo me agaché porque la caída había sido para partirse el lomo. Y allí, en el suelo, él me dijo que sí—a Aurora le brillaban los ojillos recordándolo.

—¿Y nadie se enteró?

—Sí, sí que se enteraron, porque yo me levanté, cogí el micro y lo grité a los cuatro vientos— contestó ella.

Thiago y yo nos echamos a reír. Nos encantaban aquellos chicos, con una relación tan romántica a las espaldas y con lo dicharacheros que eran.

Comenzó el curso y Thiago respiró tranquilo. Aquello ya era otra historia, yo me moría con sus cosas. No paraba de chillar que era el rey de la pista y yo le decía que de la pista no sabía, pero que, de mi corazón, desde luego que sí.

Paramos para almorzar y llamé a mis niñas, mientras Thiago hacía lo mismo con Nico para felicitarle el año.

—¡No! ¡Qué raro, ya me extrañaba a mí! —exclamé mientras reía con Lola, después de haber llamado a Clara.

—Miedo me da—se echaba Thiago las manos a la cabeza—¿Lola ya se ha cargado a Arturo?

—No, solo lo ha bloqueado justo antes del cotillón de Fin de Año, así que al final lo han pasado los dos en el mismo local, pero cada uno por su lado—me reí.

—¡Muero con esos dos! Es la historia interminable. ¡Vaya tela! ¿Y Clara?

—Clara en su línea, feliz como una perdiz con Sergio. Ellos lo llevan fenomenal. Yo creo que esa pareja va a ser para toda la vida, fíjate lo que te digo.

—Bueno, pues entonces como la nuestra—me dio un pellizquito en la nariz—¿Quieres descansar un poco después del almuerzo? —me sugirió.

—Ni en broma. Lo que quiero es volver a hacer esa excursión de ayer, la del telesilla, que me encandiló y luego volver temprano. Esta noche pedimos cena en la habitación y nos quedamos allí.

—¡Me parece una idea fantástica! —exclamó.

—¡Claro, es mía! ¿Cómo quieres que sea?

Nos echamos a reír y, antes de la excursión, dimos un paseo por las inmediaciones, que estaban de lo más concurridas. Obviamente, no éramos los únicos que habíamos tenido la idea de comenzar el año en la nieve.

—¿Y Nico? ¿Qué cuenta?

—Bueno, ese bribón tiene ya los ojos puestos en los Reyes.

—¿Crees que le gustará el patinete que le tenemos?

—¿Bromeas? ¡Le encantará! La cuestión es que igual nos tenemos que comprar otro para alcanzarlo, porque este cuando se suba va a coger las de Villadiego, lo veo venir...

—¡Pues todos en patinete! Otras cosas peores...—reí.

Al rato subimos al telesilla y nos prodigamos todo tipo de caricias, mientras comenzaba a subir.

—¡Todavía cierro los ojos y es que no me lo creo! —le decía, en relación a la pedida de mano.

—Pues ya es hora de que te lo vayas creyendo, cariño. Ya te tocaba ser feliz.

—Y a ti—lo besé mientras nos iluminaba un sol que ya estaba próximo a esconderse.

Terminada la excursión, nos metimos en nuestra habitación.

—¡Yo me quedaría aquí dentro contigo y tiraría la llave! —afirmé decidida.

—No, mujer, la llave no la tires, que tienen que subirnos la cena.

Llegaron con las bandejas y nos lo pusieron todo por delante.

—¡Dios! No me quiero ir de aquí—exclamé.

—Pues nos vamos mañana.

Me quedé un poco desinflada.

—¿Mañana?

—Sí, pero no llegaremos a casa hasta pasado, no te preocupes.

—Ah, vale, vale—su repentino cambio de planes me había alarmado—Y será absurdo que te pregunte dónde vamos a ir, ¿verdad?

—Totalmente, así que ni lo intentes.

Cenamos entre risas, caricias y proyectos. El tema de la boda presidía la conversación y yo le decía que las chicas se iban a volver locas cuando se enteraran.

—Sí, va a ser una revolución en la pastelería, ¡bueno otra! Porque siempre traéis algo entre manos...

—No tanto...

—¿Tres mujeres juntas todos los días y dices que no tanto? —rio.

—Cualquiera diría que nos pasamos veinticuatro horas conspirando—le solté.

—Pues claro, ¡y peor! —rio.

Me eché hacia atrás y comenzamos a besarnos. Nuestras respiraciones se sincronizaron y me perdí en sus ojos y en sus manos y en su boca...

Capítulo 22



El día estaba espléndido. Lo comprobamos desde las amplias cristaleras del salón en el que desayunamos.

—Da penita irse, pero ya estoy nerviosita perdida por saber dónde terminaremos hoy.

—Bueno, no va a ser en un sitio tan lujoso como este, pero sé que eso no es problema para ti.

—Ningún problema y lo sabes, ¡todo fuera eso! Pero suéltalo, suéltalo—empecé a hacerle cosquillas.

—Ni así me tortures.

—Está bien, me aguanto, pero vamos a desayunar ya, que parece que llevo tres días sin comer. No te imaginas el hambre que tengo.

—Pues siéntate y te lo llevo todo.

—¡No, hombre! Bastante es que me sirvas el café en casa todos los días. Tranquilo, que todavía tengo dos manos—se las enseñé.

Es que no le faltaba un detalle. Incluso allí, en el salón en el que todos iban y venían con sus

bandejas, deseaba ponérmelo todo por delante.

Coincidimos con Aurora y Unai de nuevo.

—¿Hoy qué os toca? —nos preguntaron.

—Hoy nos toca retirada—me apresuré a decir.

Nos sentamos juntos a desayunar y después nos despedimos.

Subimos a nuestra habitación a coger las cosas.

—Me voy a despedir de esta cama que tanto me gusta—me tumbé sobre ella, era inmensa y mullida. Una delicia.

—Si no te levantas nos quedamos un día más. Eres una tentación ahí expuesta, Valeria.

Thiago era muy fogoso y eso es que me volvía loca. Le hice una seña para que se tumbara a mi lado y claro, al final salimos una hora después...

Nos subimos en el coche y yo iba expectante. Me encantaban sus sorpresas. No conocía la zona y no tuve nada claro hasta que entramos en aquel pueblecito y vi el nombre.

—¡Thiago! Este es el pueblo de tu abuela, donde veraneabas de niño...

—El mismo. Hoy vas a ver todos los parajes por dónde hacía el gamberro y vas a conocer a esa adorable ancianita, tan especial para mí.

De todas las posibles ideas que pudiera haber tenido él para aquel día, ninguna me hubiera seducido más.

—Los parajes antes porque, cuando ella nos vea, ya va a ser más difícil movernos de su lado.

—Vale.

Thiago me había advertido que me pusiera ropa y calzado cómodo y eso había hecho. Me vino fenomenal.

—Vamos a recorrer el camino que hacía yo con mi padre casi a diario en nuestras vacaciones.

De su mano, fui muy feliz descubriendo aquella zona.

— Mira, aquí me caí y me di justo con esta piedra en la barbilla—me indicó, cuando íbamos andando paralelos al río.

—¿Te hiciste aquí este hoyuelo tan mono? —le pasé la mano por uno que tenía debajo de la barbilla.

—¡Sí, sí, monísimo! No veas la que le entró a mi madre—rio.

—Imagino.

—Y mira, encima de esos árboles siempre había un nido de pájaros y yo me empeñaba en subir a dejarles pan.

—¡Pero si es muy alto!

—Ya, al principio me ayudaba mi padre a subir, pero con el tiempo me las ingeniaba solo.

—¿A quién va a salir Nico, que no para?

—Sí, sí, es verdad que no para, yo era igual.

—Es un mini tú y lo sabes.

—Sí, tenemos que traerlo este verano. Él nunca ha venido. A Silvia no le gustaban los pueblos y la abuela Felisa no lo veía demasiado, solo las veces que mis padres la llevaban a la ciudad.

—¡Ah, pues de eso nada! Ya lo traeremos...

La travesía fue una auténtica maravilla y aprovechamos para hacernos otro montón de fotos. No sé cuántas llevábamos ya en ese viaje, pero es que estábamos disfrutando mucho de nuestra salida de unos días.

Cuando volvimos al punto inicial era casi la hora del almuerzo.

—¿No tendrías que haberla avisado? A lo mejor la hemos cogido sin almuerzo preparado para dos más.

—¿Bromeas? Estamos en el pueblo, aquí siempre tienen la carne de la olla, como ellos llaman, o lo que es lo mismo, comida para un regimiento—ríe.

Era increíble ver cómo, en aquel precioso pueblecito, todas las puertas permanecían abiertas, la de la abuelita incluida.

—Abuela, abuelita—se echó él en sus brazos.

—Thiago, mi niño—los ojos se le llenaron de lágrimas.

La buena señora estaba en su cocina y, lo que fuera que trajese entre manos, olía a gloria.

—¡Pero bueno, si estás hecha una chavala! —él no paraba de abrazarla.

—¿Una chavala dices? Tendrás que graduarte las gafas, hijo mío. Y hablando de chavalas, ¿quién es esta chica tan guapísima?

—Es Valeria, abuela.

—¿Tu Valeria? La chica por la que me dijiste que estabas loquito, ¿no? —se echó ella a reír, porque lo había soltado a propósito.

—Abuela Felisa, no sabe las ganas que tenía de conocerla—me acerqué y le di un abrazo.

—Yo sí que tenía ganas de conocerte, hija, y no me hables de usted, que me hace mayor.

Nos reímos todos con la broma porque ella superaba ya los noventa años.

Nos sentamos con ella y es que no podía estar más contenta.

—Abuela, Valeria es ya mi prometida. De la familia eres la primera en saberlo.

—¡Thiago, qué alegría me das! No puedo creerlo—le pasaba la mano amorosamente por la cabeza—Hija, es que nieto es mi locura. Y yo no quería irme para el otro barrio sin que volviera a tener pareja, después de la faena que le hizo su mujer.

—Claro—asentí.

—Pero abuela, si tú no te vas a morir nunca, no digas tonterías—la abrazó Thiago.

—A ver, hijo, yo no es que tenga pensamiento, pero ya sabes cómo funciona eso—se echó a reír.

Pusimos la mesa y almorzamos con ella. Tenía preparada una exquisita sopa y después probé las excelencias de lo que decía Thiago, la carne de la olla estaba para chillarle.

—Es que aquí en el pueblo hace mucho frío, hija, y de siempre, la gente ha comido mucho para tener reservas—nos decía ella.

—Pues yo no sé dónde estarán las tuyas Felisa, porque tienes un tipo que ya firmaba yo por tenerlo a tu edad.

—Hija, es que yo siempre me he cuidado mucho. Ceno ligero, voy a caminar y, en las patitas de gallo, me pongo mi cremita.

Pasamos una tarde de fábula con la abuela. Thiago nos abrazaba a los dos y estaba de lo más emocionado. Y yo también, pudiendo compartir con él lo más hondo de sus raíces.

—Mi niño fue guapo desde el día que nació—me contaba la abuela, mientras sacaba una enorme caja llena de fotos de todas las épocas.

—¿Este bebé tan adorable eras tú? —a mí me llegaban al alma esas imágenes.

—Eso dicen...

—Clavadito a Nico—yo no daba crédito.

Llegó la hora de la cena y la abuela nos propuso quedarnos a dormir, como ya sabía Thiago que haría.

Para nosotros fue un honor poder acompañarla aquella noche, al calor de su chimenea, mientras escuchábamos de su boca todas aquellas historias de la niñez de mi chico...

Por la mañana cogimos el coche muy temprano. Yo les había dicho a las chicas que me incorporaría según llegara, a las diez o a las once, aunque ellas insistían en que me tomara el día libre.

Enfilamos la carretera de vuelta a casa de lo más a gusto, con las reservas de energía hasta arriba. Habíamos pasado unos días maravillosos y volvíamos con la mejor de las ilusiones en nuestras mentes: la de preparar meticulosamente nuestra próxima boda.

Capítulo 23



6 meses después...

—Dios mío, yo no me lo puedo creer, ¡ya estamos aquí! —Lola se ponía la mano en la boca.

Resulta que ella llevaba meses diciéndome que era una broma, que como iba a ser posible que nos fuéramos a casarnos a un crucero y que nos los lleváramos a ellos. Lola era así y, por mucho que yo le decía que sí, opinaba que me estaba quedando con ella.

Días antes de embarcar, cuando estábamos preparando las maletas, todavía me decía que tenía que haber gato encerrado. Y es que la pobre Lola no había visto mucho mundo, pues ella no pertenecía a una familia acomodada como Clara, por lo que viajar era su gran sueño.

Embarcamos todos juntos, es decir, Clara con Sergio, Lola con Arturo, los padres de Thiago, el pequeño Nico, Thiago y yo, todos de los nervios, aunque mi suegra decía que a Nico íbamos a tenerle que poner una camisa de fuerzas, pues estaba histérico.

Estábamos de lo más entusiasmados y nos dirigimos a los camarotes. El nuestro era un mini crucero de lo más lujoso y bonito. Eso sí, por razones de logística, al irnos todos, tuvimos que optar por uno de esos que tienen una duración de tres días únicamente.

Ya tiempo tendríamos Thiago y yo de ir algo más adelante de viaje a cualquier destino, dejando en manos de las chicas la pastelería por unos días.

—¡Dios mío, esto es un sueño! —escuchamos chillar a Lola desde su camarote—Y tú, Arturo, por los pelos no te has quedado en tierra. Si no llegas a venir a pedirme disculpas debajo de mi ventana antes de ayer, me vengo sola.

—Pero fui, fui y eso que hay que tener valor, con lo poco que te pensaste aquella vez lo de tirarme el huevo.

—¡Anda ya! No me digas que no estuvo sembradito—habíamos dejado la puerta abierta todos y, como eran camarotes contiguos, se escuchaba perfectamente.

—Sí, sí, estuvo sembradito, mi amor—rio él a modo de firmar la pipa de la paz.

Nos dirigimos todos a la cubierta. La cara de Clara era de felicidad completa. Su noviazgo con Sergio no tenía nada que ver. El suyo era un amor como ellos mismos, pausado y adorable, que rezumaba tranquilidad y dulzura por doquier.

Zarpábamos en breve y todos estábamos de lo más emocionados.

—¡Arturo, Arturo! Vamos a marcarnos un “*Titanic*”, soltó Lola, causando la risa en todos y echando los brazos hacia delante.

—Déjate, déjate, que con eso vamos a hacer el canelo y nos va a mirar todo el mundo.

—Tú ponte así que todavía te digo que te bajes, que esto aún no ha arrancado.

—Zarpado, Lola, zarpado—corrigió Sergio.

—¡Mira tú el finolis este! —lo miró—Si yo digo que esto arranca, esto arranca.

—Vale, vale—los ojos de Sergio eran como de asustado.

—No la busques, que la encuentres—reí y todos los demás me siguieron, incluida la propia Lola.

—Bueno, ya sabéis que en el fondo soy todo de boquilla, pero que me da mucho coraje, venga tú, arrea a hacer el “*Titanic*” —volvió a mirar a Arturo.

—Que te he dicho que no, que lo hagas tú...

—¿Yo sola? ¿Para eso tengo pareja? Cría novio para esto.

—¿Cría, dices? ¿Tú me has criado?

—Más o menos, porque tienes menos cerebro que un niño pequeño.

El duelo dialéctico entre ellos era para partirse y todos lo estábamos mirando como quien ve una partida de ping-pong, del uno a la otra y de la otra al uno.

—¿Yo tengo poco cerebro, papá? Porque soy pequeño—preguntó Nico, que se había sentido aludido por el comentario de Lola y ahí ya es que nos tiramos al suelo.

—No, cariño, esas son las cosas de Lola, pero ni mucho menos—lo abrazó.

—Ah, vale—pareció quedarse conforme.

—¿Hay sitio para dos más? —la voz me sonó de lo más familiar, me volví y, ¡cómo para no!

—¡¡Mamá!!! —exclamé—¡¡Qué sorpresa!!!

Me fundí en un fuerte abrazo con ella, con las lágrimas resbalando por mis mejillas.

—¿Pensabas que no iba a venir, hija? Aquí me tienes. Bueno, nos tienes, a Omer y a mí.

Omer, la pareja turca de mi madre me dio también un fuerte abrazo. Desde que ella se marchó a Turquía yo la había echado muchísimo en falta y me daba gran alegría que estuvieran allí.

—Sí, mamá, eso creía, por lo de tu rodilla. Me dijiste que no podría ser...

—Ya. Y lata me ha dado la jodida rodilla para parar un tren, pero no me daba la gana de que el postoperatorio me dejara sin ver casarse a mi única hija.

Resulta que mi madre había sufrido una caída hacía unos meses y todo apuntaba a que no podría asistir a nuestro enlace, pero, por lo visto, cuando comprobó que ya estaba mejor, Thiago y ella se aliaron para que su presencia fuera un secreto hasta última hora.

—¿Quién es, Valeria? —preguntó Nico, tirándome de la camisa.

—Mira, Nico, es mi mamá. Otra de tus abuelitas, se llama Teresa.

A partir de ahí, hice las presentaciones y, ¡ya estábamos todos! La única que faltaba era la abuela de Thiago, Felisa, pero para ella hubiera sido demasiada paliza. La alegría era total y el día acompañaba a tope. ¡Lucía un sol sensacional!

Era el mes de junio y la piscina nos estaba llamando a gritos. Nos pusimos todos la ropa de

baño y, ¡al agua patos! Nico estaba flipando, aunque las caras de los chicos no se quedaban atrás.

Clara se acercó a mí, con cierta cara de preocupación, ¿sabría Dios lo que estaba pensando ese angelito! Se sentó a mi lado en el borde la piscina, mientras todos los jóvenes estaban dentro y los mayores en las hamacas.

—Me da apuro por el pobre Omer—me dijo en su tono bajito habitual—Si no habla ni una palabra de castellano, igual se aburre con nosotros...

—¿Aburrirse con nosotros? Seguro que no, bonita—la tranquilicé, ¡Pues anda que menuda cuadrilla llevábamos por delante!

—Valeria, esto sí que es vida, ¿eh? —me miraba y yo no podía más que abrazarla.

—Sí, hija, casi igual que el primer día que pasaste por la pastelería, que estaba yo que me moría de la agonía—reí.

—¡Y ahora, mírate! Estás hecha una empresaria de éxito.

—Hombre, tanto como una empresaria de éxito, no sabría yo si decirte. ¡Ni que fuera una de las hermanas Koplowitz! —reí.

Pero no podía quejarme en absoluto. Desde que Thiago había entrado en mi vida, la suerte me sonreía. El negocio iba cada vez mejor y nuestra vida era sencillamente preciosa.

A la hora del almuerzo decidimos hacerlo en el coqueto restaurante exterior, en el que degustamos una ensarta de exquisiteces mientras el crucero ponía dirección de Barcelona a Palma de Mallorca.

El almuerzo era de lo más ameno. Mi madre era muy dicharachera e hizo muy buenas migas con Carmen, la madre de Thiago y Omer parecía también de lo más integrado. Parecía quedarse con el cante de nuestros tejemanejes y se reía con los gestos y aspavientos de los chicos. También mi madre le iba traduciendo lo que decíamos cuando venía al pelo.

Thiago me miraba y es que no podía dejar de sonreír. Sentía su mirada sobre mí constantemente. Él estaba loco con la boda y, de hecho, me decía que no tenía nada que ver con la que celebró con Silvia, porque por lo visto ella era una mujer muy fría y no la notó cercana ni siquiera en ese tiempo.

En cuanto a Nico, nos tenía a todos enamorados y se lo estaba pasando de película. Lo único que le interesaba saber era cuánto tiempo faltaba para poder meterse de nuevo en la piscina.

Arturo empezó a buscarle la lengua y es que nos desternillamos.

—¿Por qué tienes tantas ganas de volver a la piscina, Nico?

—¿Por lo que tú me has dicho antes? —preguntó él.

—¿Yo? —se hizo el tonto.

—Sí, tú, que a saber lo que le has dicho a la criatura—le propinó un codazo Lola.

—Dijo que la socorrista era lo mejor de la piscina—soltó Nico, terminando su helado, de lo más sonriente.

—¡Qué bestia! —soltó Arturo—llevándose su mano al pie.

—¿Ya te ha dado un pisotón? —rio Clara.

—Para nada, para nada—negaba él con la cabeza, mirando alucinado a su novia.

—¡Socorristas a mí! —soltó ella, haciendo que todos nos riéramos, incluso Omer, que no teníamos claro hasta qué punto se había enterado del asunto, pero daba igual.

Después de almorzar, volvimos a la piscina y nos pasamos allí toda la tarde.

—¡Mira, Valeria! ¿Has visto la cara que se le pone a Lola cuando se pasea la socorrista por aquí? —me comentó Clara.

—¡Ay, Clarita! Que nos la coge por los pelos—reí.

Antes de la hora de la cena, nos fuimos todos para los camarotes a ponernos guapos. Cenaríamos en el restaurante interior y veríamos el espectáculo.

A la hora convenida nos vimos todos en el salón. Las chicas llevábamos vestidos de noche y los chicos iban de traje.

—¡Menudo ramillete de bellezas! —soltó mi suegro—¡Poneos ahí todas las chicas que os voy a hacer una foto!

Y allá que fuimos.

—Así no, con morritos—soltó Lola.

—Pero yo no sé ponerme así, hija—dijo Carmen.

—Yo te enseño. Espera, espera, Pedro—colocó su mano delante de la cámara, para impedir las fotos hasta que ella dijera.

Entonces se pusieron las dos, ella y Clara, a enseñarle a Carmen lo de los morritos. En cuanto a mi madre, decía que ella sí sabía, porque era mucho de redes y nos lo demostró. Nos reímos mucho con ella y con Omer aplaudiendo.

—Yo también quiero poner morritos de esos para la foto—Nico salió zumbando hacia nosotras.

—¡No, hijo! A ti no te hace falta—lo llamaba Thiago como angustiado y los demás nos partíamos.

—Chaval, tú ven con Sergio y conmigo que te vamos a enseñar poses para que te lleves a las niñas de calle—Arturo volvía a la carga.

Nico se puso con ellos y los tres posaron como le enseñaron, pasándose el dedo por el labio, en plan modelo.

La cena fue de lo más amena y el espectáculo formidable. Después de ella, Nico se empeñó en que tenía que dormir con su padre y conmigo.

—A mí no me importa—le comenté a Thiago—Por mí, encantada.

—De eso nada—se reían los abuelos del peque—Este mozalbete se viene con nosotros y os dejamos a los tortolitos solos.

Nos despedimos y cada uno se fue a su camarote. Desde luego nosotros no a dormir tan pronto. ¡El siguiente era el gran día!

Capítulo 24



—Hoy podrás dejar tu vestido de novia volar al viento en la popa—me dio Thiago el más cariñoso de los besos de buenos días.

—Sí, hoy nos prometemos amor eterno en el mar—le contesté de lo más melosa.

—Lo dijimos y lo hicimos, ¿eh?

—Por supuesto que sí, amor.

Resulta que justo al principio de comenzar nuestra relación, habíamos visto casarse así a una pareja y nos llamó toda la atención. En ese instante, sin pensarlo, yo le dije a Thiago que, si alguna vez me casaba, quería hacerlo en un crucero. Y él tomó nota mental, como siempre. Así, después de la pedida, empezó a darle forma y un buen día me lo propuso. ¡Me encantó!

—Y esta noche, noche de bodas...

—Sí, aunque no tengo queja tampoco de la de anoche—reí, mordiéndome el labio inferior y provocando a un sugerente Thiago que cayó sobre mí como un león.

Al final, pasó de nuevo lo que tenía que pasar y es que Thiago y yo estábamos cada día más enamorados y no perdíamos ninguna ocasión para perdernos bajo las sábanas y disfrutar a tope el uno del otro.

—¡Métete en la ducha, pero rápido, o no llegamos a desayunar! —reía, después de terminar.

—¿Y eso por...? —me encantaba buscarle la lengua.

—Porque me pierde esa mirada tan bonita, y este cuello de cisne—iba bajando sus dedos sobre mi cuerpo todavía desnudo—Y estos senos de diosa y esta línea, que lleva a esta zona prohibida en la que...

—¡Ya, ya! Lo he entendido—reí.

El caso era que, por mucho que dijéramos, nos habíamos despertado súper bien de tiempo y llegamos a desayunar a la misma hora que los demás.

—¿Nerviosa? —me preguntaba Clara, mientras se servía su vaso de leche y yo me ponía un café.

—Mucho, mi niña. Tiemblo como una hoja...

—Va a ser una boda íntima, pero muy bonita, Valeria.

—Yo estoy encantada, Clarita, están todos los que yo deseaba.

—Secretitos en reunión son de mala educación—se acercó Lola a nosotras.

—¿Qué dices de secretitos, petarda? —reí—Ven y acércate tú también—la abracé—¡Ainss, mis niñas!

—En cuanto desayunemos nos vamos para tu camarote, ¿eh?

—Hombre claro, necesito a mis damas de honor cerca. ¡Faltaría más!

Y así lo hicimos. Después de desayunar, mandé a Thiago al camarote de Sergio, al que también se unió Arturo, y yo me quedé con las chicas en el mío.

—¡Se muere cuando te vea, Valeria! —Clara parecía ese día más dulce todavía, si es que eso era posible.

—¿Te gusta? —le pregunté.

—¿Cómo no le va a gustar? —Lola miraba el vestido, por delante, por detrás y solo le faltaba meterse dentro— Y Thiago se va a cagar vivo, que no es lo mismo.

—¡Mujer, espero que no!

—¡Vaya historia más romántica la vuestra! —Clara me miraba, mientras Lola le abría la puerta del camarote a la peluquera y maquilladora, cuyos servicios había contratado.

—Sí que lo ha sido, bonita. Y la tuya con Sergio va por el mismo camino.

—Pues entonces, como la mía con Arturo—soltó Lola una carcajada maléfica.

—Lo mismito, lo mismito—reímos las tres.

Comenzaron a lavarme el pelo y sonó la puerta. Me traían el ramo de flores natural, cortesía del crucero, que yo había elegido. Una preciosidad en rosa y blanco que hizo mis delicias y que

dejé a mi lado. Quería sentirlo cerca. Todo aquello estaba significando mucho para mí y estaba embelesada.

Una hora y media después, yo veía mi melena preciosísima, con esas ondas que me habían puesto, y el resultado del maquillaje me parecía espectacular.

Llegó el fotógrafo cuando todavía yo tenía puesto el típico camisón para la sesión de la mañana de boda.

—Estás sublime—Clara me animaba para que me hiciera las primeras fotos en la terraza del camarote, antes de vestirme.

Accedí e hicimos algunas que francamente me encantaron. No podían ser más bonitas.

Después volví al interior del camarote, respiré hondo y las chicas descolgaron mi vestido. Ellas ya estaban fantásticas, con los suyos de damas de honor en rosa pastel, que realzaban el moreno de sus pieles.

Mi vestido era sencillamente una maravilla, una pieza singular que destacaba por un sensual corte sirena que se ceñía a mis curvas y con un elegante escote *halter* que coronaba un cuerpo de encaje con pedrería de lo más impresionante. Con una espalda ilusión, yo había sentido un auténtico flechazo por ese vestido, con un diseño tan íntimo como atrevido y en color blanco roto.

Las chicas se llevaron las manos a la boca y se abrazaron entre sí, dando saltitos, cuando me lo terminaron de cerrar, de lo más emocionadas. Llamaron a la puerta del camarote y era Omer quien venía a ofrecerme su brazo, como padrino.

—No entiendo—los miré a él y a mi madre.

Aunque pudiera resultar un poco raro, en principio habíamos decidido que la madrina sería mi

suegra y el padrino mi suegro, dado que ningún hombre de mi familia iba a acudir a la boda. Luego llegaron mi madre y Omer, pero yo no sabía nada...

—Cariño, lo hemos estado hablando todos hace un rato y a Pedro le hacía ilusión cederle su lugar a Omer, para que también nosotros ocupáramos un lugar destacado en vuestro enlace.

—Me parece genial, mamá—Omer estaba plétórico y le escuché sus primeras palabras en castellano.

—Valeria, eres una novia preciosa y yo soy muy afortunado de poder llevarte al altar—casi se me saltan las lágrimas cuando mi madre me dijo que llevaba toda la mañana ensayándolas.

—¡Qué bonito! —gritaban las niñas tras de mí, dando palmaditas y siguiéndonos.

Subimos a la cubierta y ya estaban allí todos esperándonos. El decorado no podía ser más de cuento, ¡estaba todo ideal!

La ceremonia la iba a officiar el capitán del yate y los arreglos florales eran sencillamente maravillosos. Todo un lujo, aunque mis ojos lo único que buscaban era a Thiago, que ya estaba esperándome, guapísimo, con su traje de chaqueta en color crema, con una sonrisa preciosa donde las hubiera.

—Valeria, ¿eres real? —me susurró cuando me acerqué a su altura.

—¡No vale, te has copiado! Eso te lo pregunté yo a ti durante mucho tiempo—reí—Por cierto, eres el novio más atractivo del mundo, me caigo de espaldas.

—¿Y me lo dices tú, mi niña? Ni a soñar que me hubiera echado hubiera podido imaginar tener una mujer tan increíble en la vida.

—Eres un sol.

—¿Y yo? ¿Qué soy? —carraspeó el chiquitín y yo es que quería darle un bocado allí mismo.

—Tú eres un mini Thiago y yo es que te voy a comer el sentido, guapo—Nico nos llevaba las alianzas.

—Ajam, ajam—carraspeó el capitán.

—Lo sentimos—nos echamos a reír los dos—No nos habíamos dado ni cuenta.

—No pasa nada—negaba el capitán con la cabeza.

Y es que estábamos tan a gusto, que por un momento no veíamos a nadie más. Éramos solo nosotros cumpliendo nuestro maravilloso sueño de darnos el “sí, quiero” en un entorno inigualable.

Comenzó la ceremonia y fue cien por cien emotiva, porque el capitán les dio la palabra a nuestras madres en sendos momentos, para que dijeran lo que quisieran. Un acto absolutamente improvisado, con el que ellas se emocionaron al máximo. El resultado fue que nos pusieron por las nubes y allí lloró hasta el apuntador.

Pero la gran anécdota de la ceremonia estaba por llegar y, sin saberlo, el gran protagonista sería Nico, que se las prometía muy felices con su cojincito de alianzas en la mano.

Era el momento de que intercambiáramos los anillos y Nico, con su angelical sonrisa, entonó un “no están”.

—¿Cómo que no están, cariño? —empecé a ponerme nerviosa.

—Nico, hijo, no es momento para bromas—Thiago estaba también un tanto alucinado.

—No, es que hace un rato sí estaban, pero ahora no los veo.

—¿Se te han caído, pequeñín?

—No sé, es que Arturo ha visto antes a la socorrista y me ha dicho que se los diera para gastarle la broma de que se quería casar con ella. Y después, creo que a lo mejor se me han perdido, porque ya no estaban atados por el lacito...

Roja, lo que se dice roja, fue la cara que se le puso a Lola en ese momento, en el que el prenda de Arturo debía estar pensando “tierra trágame”, porque ella es que lo estaba fulminando con la mirada.

—Bueno, parece que tenemos un problema—sonrió el capitán—No os preocupéis que ya le buscaremos una solución.

—¿Les podemos dejar nuestras alianzas? —preguntaron nuestros suegros.

—Por supuesto, si lo tienen a bien...

Total, que al final llegó el momento más esperado y Thiago y yo nos fundimos en el más apasionado y romántico de los besos. Estábamos pletóricos y, tan pronto como acabó la ceremonia, recibimos una colorida lluvia de pétalos de rosa de parte de los nuestros.

Después se acercaron para darnos las más cariñosas de las felicitaciones y Thiago cogió a Nico en brazos, para hacernos las primeras fotos en familia.

—¡Ya somos marido y mujer! —levantamos ambos los brazos y las fotos quedaron de lo más simpáticas, con Nico chillando y abrazándonos. ¡Estaba eufórico!

La felicidad nos salía a borbotones por las orejas. Eso sí, nos reímos mucho mirando a uno al que sabíamos que ese día se le caía el pelo.

—¡Te lo advierto, yo no voy a liar ninguna hoy por no darles la boda, pero tú duermes esta noche al raso! —le soltó Lola a Arturo.

—Venga, chicos haya paz—reímos todos y le quitamos importancia.

Teníamos todo un día de celebración por delante y estábamos dispuestos a pasarlo fenomenal.

El pequeño convite fue de lo más lujoso y nos sirvieron gran cantidad de platos preparados especialmente para la ocasión, en una gran mesa redonda que todos compartimos al aire libre. La decoración era exquisita y los platos a cuál más delicioso.

Como complemento, música en directo que amenizó el almuerzo y, como colofón, le entregué mi ramo de flores a Clara.

—¿Para mí, Valeria? —me miró temblorosa y se cogió a mi cuello llorando como una niña pequeña.

—Para ti, preciosa—le devolví el abrazo.

Muy condescendiente, protagonizó otra de las anécdotas del día.

—Si quieres te doy la mitad—señaló a Lola.

—¡No seas empanada! Si yo ya sabía que el ramo era para ti, lo habíamos hablado la jefa y yo. ¿No ves que eres la siguiente? Porque lo que toca yo, no me voy a casar, y mucho menos con el mequetrefe este, ¡que se case con la socorrista! —se echó a reír y todos con ella.

Nos hizo mucha gracia porque, en lugar de tarta nupcial, nos sirvieron una selección de dulces de alta repostería, que lo cierto es que constituían un auténtico espectáculo para el paladar y la vista.

—Pues te digo una cosa, Valeria, yo no digo que no estén buenos, que lo están, pero me gustan más los nuestros—se sinceró Clara.

—¡Di que sí, mi niña! Tú barre para casa...

Después del almuerzo, el grupo nos tocó el *“Perfect Duet”* de Ed Sheeran & Beyoncé y con él Thiago y yo abrimos un baile que duró varias horas y en el que todos lo pasamos fenomenal, bailando unos con otros, como si no hubiera un mañana.

En un momento dado, nos tuvimos que reír a mandíbula batiente con Nico, que fue a buscar a una niña de su edad y se la trajo para bailar con ella. La peque al final se quedó con nosotros, pues hasta sus padres se unieron, celebrando con nosotros.

Eran de las pocas personas que estaban en el barco, pues esa mañana habíamos llegado al puerto de Palma de Mallorca y la mayoría de pasajeros se había bajado. Nosotros, sin desmerecer para nada a la isla, que nos parecía una maravilla, habíamos tomado la decisión de casarnos en el barco.

La tarde fue pasando y, por la noche, todos fuimos a cambiarnos para acudir de nuevo a la cena con espectáculo. Y espectáculo tuvimos, porque los chicos estaban más bien achispados todos y, en un momento dado que a Arturo se le fueron los ojos, Lola terminó echándole una

cubitera de hielo por la cabeza. ¡Ya estaba tardando en ponerlo como una sopa!

—¡Para que se te baje la temperatura! —lo miró y le hizo la señal de la victoria.

Fue algo tan espontáneo e inesperado que todos los que estaban en la sala comenzaron a aplaudir y a reír. El pobre Arturo no sabía dónde meterse y Sergio voló a inmortalizar el momento en una imagen que desde luego quedaría para la posteridad.

Un rato después, nos despedimos de los nuestros y, en la puerta de nuestro camarote, Thiago me cogió en brazos. Todavía no habíamos entrado cuando escuchamos que el pequeño Nico corría hacia nosotros, de lo más contento.

—¡He encontrado los anillos! Al final los tenía en el bolsillo, creo que cuando Arturo me los devolvió los debí meter ahí—se encogió de hombros.

Les devolvimos a mis suegros los suyos, que venían detrás de él, y nos despedimos.

Thiago me sentó en la cama y, con el cariño que le caracterizaba, me puso la alianza en el dedo anular, lo mismo que yo hice en el suyo a continuación. Acabábamos de sellar nuestra unión y teníamos toda la noche para consumarla en un entorno idílico, donde el deseo y la pasión se dieron la mano ante nuestros brillantes ojos, que reflejaban la felicidad de un momento único... el de nuestra noche de bodas.

Capítulo 25



—Papá, Valeria, ¡el desayuno! —tocaba Nico en la puerta de nuestro camarote y nosotros no sabíamos ni en qué mundo estábamos.

—¡Ya vamos, Nico! —acerté a decir.

—Buenos días, esposa—me miró Thiago con un cariño inmenso.

—Repítelo otra vez.

—Buenos días—repitió sin añadir nada más, con su sal y su pimienta.

—Eso no, lo otro.

—¿Lo de esposa?

—Sí, es música para mis oídos. Me encanta.

—¿Sí? Pues a mí me encantas tú—me dio un toquecito en la punta de la nariz.

Me miró con una cara de deseo que lo decía todo y a mí me entró esa risilla floja que precedía a nuestros momentos íntimos.

—¡Levántate y no me mires así, anda! O no vamos a llegar al desayuno y los demás se van a alarmar.

—Sí, se iban a alarmar mucho, sobre todo eso. A ver si te crees que ellos han estado anoche rezando el rosario.

—Ya, ya, bueno tus padres igual sí, con eso de que tienen a Nico...

—A esos les ha tocado contar cuentos antes de que se durmiera.

—No sé qué decirte, porque él iba anoche reventado. Se lo está pasando de miedo.

—De miedo estás tú, ¿es necesario que te pongas tan guapa? Que sepas que me provocas—rio, cogiéndome por la cintura y espetándome un sonoro beso, mientras comenzaba a vestirme.

Y el “tan guapa” consistía en un bikini rosa con un lazo en la parte superior y un Kaftán verde agua monísimo que me había comprado para la ocasión. Volvería a ser jornada de piscina y sol en cubierta.

Llegamos y ya estaban todos sentados. Ni cortos ni perezosos, empezaron a aplaudirnos y yo me puse un poco colorada porque nos miraron los de las otras mesas.

Lola se dio cuenta y lo arregló, a su estilo.

—¡Vivan los novios! —exclamó, haciendo que me ruborizara todavía más.

Y todos los demás la siguieron, lo que hizo que lo coreara la cubierta entera.

—¡Calla, jodida! —le solté.

—Disfruta jefa, tú relajada—provocó mi risa con su gesto—Algo tenía yo que liar o no me llamo Lola, por cierto, habéis tardado mucho.

—Encima—la miré haciendo el gesto con la mano de que le iba a dar una colleja.

—Eso, encima—rió Thiago—Ten presente que hemos rechazado un desayuno romántico que nos traían al camarote, por subir a cubierta a desayunar con vosotros.

—¡No me digas! Pues si me lo llegan a ofrecer a mí os dan morcillas a todos los demás. Oye que me caéis muy bien y eso, pero que las cosas claras y el chocolate espeso.

—Ella es así, genio y figura...—comenzó a decir Arturo.

—Hasta la sepultura, terminamos la frase todos los demás, menos el pobre Omer, claro.

—Yo me quiero ir ya a la piscina—me tiraba Nico del brazo.

—Espera un poquito, cariño—terminé de untarle la tostada.

—Pero es que mi novia igual llega antes y me la quitan—puso carita de pena y provocó nuestras carcajadas.

Terminamos de desayunar y nos fuimos para la piscina. Thiago se metió con el niño y las chicas nos quedamos en el borde.

—¿Qué se siente al ser una mujer casada? —suspiró Clara.

—Pues qué se va a sentir, empanada—interrumpió Lola—Lo mismo que ayer, pero con un anillo en el dedo.

—Oye y tú—la miré con cara de malas pulgas—¿Te parece bonito lo que le hiciste ayer a Arturo?

—Pues que no me provoque, que ya sabe cómo me las gasto. Y si no, que no hubiera venido, que a él no le habría dado nadie vela en este entierro si no fuera por mí—nos sacó la lengua.

—Bueno, pero que ya hoy es el último día, así que córtate un poco, por lo que más quieras.

—Vale, lo prometo, entonces no cogeré a la socorrista por los pelos, que es lo que tenía pensado como mirara al Arturo, porque él hoy no la va a mirar, de eso ya estoy segura.

—Eres un caso y bueno, Clarita, que esta jodida no me deja ni contestarte. ¡Qué te voy a decir yo! Estoy inmensamente feliz...

El día transcurrió de lo más divertido y todos disfrutamos y nos relajamos al máximo. Incluso Lola y Arturo habían enterrado el hacha de guerra y se mostraron de lo más acaramelados.

Por la noche, cenamos juntos y quise brindar.

—A ver, prestarme un poco de atención, quiero hacer un brindis por la bonita familia en la que nos hemos convertido. Thiago y yo tenemos la suerte de teneros a todos y cada uno de vosotros en nuestras vidas y eso nos llena de dicha. ¡Por muchos años de felicidad juntos! Os queremos.

—“*Esa jefa, esa jefa, eh, eh*”—empezó a entonar Lola y Clara y los chicos la siguieron, lo

mismo que Nico, que se puso a bailar.

Nos fuimos a nuestro camarote con la mejor de las sensaciones. Thiago y yo habíamos cumplido el sueño de unir nuestras vidas en aquel idílico escenario. Nos llevábamos mil recuerdos y no solo en forma de fotografías, sino de vivencias, que son mucho más valiosas.

Cerramos la puerta del camarote y dimos rienda a la pasión, o sea, a nuestra afición favorita. En el silencio de la noche, resonaron nuestros gemidos como la mejor de las melodías posibles.

Por la mañana, cuando nos levantamos, ya estábamos llegando al puerto de Barcelona, desde el que partimos. Comenzaba nuestra nueva vida, una vida que esperábamos fuera tan plena y plagada de momentos increíbles como lo había sido hasta ese momento. Ambos sentíamos que el destino estaba de nuestro lado. Nos miramos y nos comimos a besos. Con las manos entrelazadas, nos disponíamos a recorrer juntos el camino de la vida.

Epílogo



3 años después...

—Yo creo que esa mesa quedaría mejor en el otro lado, ¿no te parece Clara?

—Puede ser. Ayúdame, Lola, que la veo venir y va a querer hacerlo ella—me miró a modo de riña.

—Pero Clara, estoy embarazada, no imposibilitada—reía, mientras me pasaba la manita por el vientre, como solía hacer tantas veces a diario. ¡Apenas podía creer que el pequeño Pablo llegaría en breve!

—Para mover peso sí estás imposibilitada y lo sabes—me sacó la lengua.

—Clara tiene toda la razón—Thiago me cogió por la cintura y me dio un fuerte beso en el cuello—Nadie me había avisado de que podrías estar todavía más guapa embarazada. De ser así, lo hubiéramos hecho antes.

—No, antes no—reí—Pablo va a llegar justo en el momento adecuado, ahora que hemos conseguido nuestros sueños.

—Que has conseguido, querrás decir, el mérito es solo tuyo, mi amor—me besaba una y otra vez.

—¿Bromeas? No podría haberlo hecho sin tu ayuda. Bueno, y sin la de Clara y la de Lola tampoco—estiré los brazos y les cogí las manos a mis niñas.

—No te me pongas sentimental, Valeria, que ya me conoces, me da aquí la llorera y me quedo sola—Clara estaba también de lo más emocionada aquel mediodía.

Y es que todos andábamos revolucionados a más no poder. Era el día de la ampliación de la pastelería y queríamos que todo saliera a pedir de boca.

En aquel momento y gracias a que la pastelería no había hecho sino crecer desde la llegada de Thiago a mi vida, por fin habíamos pagado todas las deudas que adquirí en su día, cuando Edu salió por mi puerta y me dejó tirada como una colilla con una lista de acreedores a mis espaldas.

Menos mal que llegó Thiago y, su forma de promocionarla, supuso un antes y un después en la pastelería. Y luego llegaron mis niñas, primero Clara y luego Lola, cada una en su estilo, pero dando una increíble vida al negocio.

Una vez finiquité la última de las letras, una sola idea ocupaba mi cabeza: no pararía hasta hacerme con el local de al lado. El negocio pedía a gritos una ampliación y yo me negaba en rotundo a cambiarlo de ubicación, pues eso me parecía demasiado arriesgado.

Sin embargo, desde el mismo día que vi que la mercería que teníamos pared con pared echó el cierre definitivamente por jubilación de su dueña, pensé que ese local tenía que ser mío y hacía seis meses que lo habíamos comprado, estando yo ya embarazada de Pablo.

Antes de hacerlo, Thiago y yo echamos números y llegamos a la conclusión de que el nuevo préstamo nos lo quitaríamos también en un abrir y cerrar de ojos, como había sucedido con el primero, pues el negocio cada día gozaba de mayor éxito.

Total, que acometimos la obra, pensando que iba a durar unos dos meses. Sin embargo, no contábamos con unos problemas burocráticos que surgieron y que nos la tuvieron parada varios meses. Total, que al final nos había cogido el toro, y allí estaba yo, inaugurando local justo una semana antes de salir de cuentas: objetivo cumplido.

Para hacerlo, esa noche, daríamos unas copas en el local y, para esa hora, ya acudirían los dos chicos nuevos que habíamos incorporado a plantilla, conocidos de Clara y Lola y de los que me habían dado las mejores referencias.

Durante aquel tiempo, Thiago también había crecido mucho profesionalmente como *Community Manager*, pero sin ampliar nada su horario, como siempre había sido su deseo. Para lograrlo, también se había dejado ayudar por una joven promesa del mundillo, un chico llamado Ismael que se había convertido en su mano derecha.

Eso sí, no hubo ni un solo día en aquellos años en los que yo dejara de notar que estaba totalmente por la labor de ayudarme y, eran muchas las veces en las que miraba para la puerta y lo veía entrando, para echar una mano o por si necesitábamos cualquier cosa.

Seguíamos viviendo en mi casa, porque nos venía muy cómoda por la proximidad a la pastelería y porque, al tener tres dormitorios, nos había dado la posibilidad de poner un despacho para Thiago y el dormitorio que hasta ahora había ocupado Nico y que también daría la bienvenida a Pablo.

Miré a mi alrededor y ya estaba todo prácticamente terminado. Nos habían servido una barbaridad de género ese día, que era sábado, de forma que pudiéramos afrontar las ventas diarias y lo que quisiéramos servir por la noche junto con las copas.

Clara se acercó a mí con cara de satisfacción.

—Está todo precioso, Valeria. Va a ser verdad eso de que tenemos que pensar en grande—rio.

—Di que sí mi niña, ¡quién me lo iba a decir el día que viniste a ofrecerme lo de las prácticas!

—Eso, y ahora ya estoy a punto de amadrinar al pequeño Pablo.

—Sí, ¡qué mayor mi Clara!

—Eso sí, una cosa te voy a advertir, tú lo has querido. Yo a mi ahijado lo pienso consentir y si no te gusta, se siente—rio.

—Bueno, bueno, pero si luego me da malas noches porque sea un consentido, te llamo a ti y santas pascuas.

—Completamente de acuerdo—asintió Thiago.

—¿De qué estáis hablando, del pequeñajo ese que nos tiene locas a todas? —llegó Lola a mi altura. A su forma, mucho más descarada que la de Clara, era otro amor.

—De ese mismo.

—Pues ya sabes, si se te ocurre tener otro renacuajo de esos, la madrina seré yo—me sacó la lengua.

—Ya sabes que te lo he prometido.

—Vale, vale, por cierto, a ver si subo mañana a ver el dormitorio, que me ha dicho Clara que es como un rincón mágico, una verdadera preciosidad...

—Sí, para mi gusto ha quedado de dulce—reí, porque parecía que el dulce era la piedra

angular de nuestra vida.

—Sí, yo casi me caigo infartada cuando lo vi—hizo Clara un gesto de desvanecimiento, con el que nos tuvimos que reír mucho.

—Hija, pero es que tú eres muy exagerada y un poquito ñoña—le soltó Lola.

—Anda ya, es que tú lo tenías que ver... Es una cucada total, con sus muebles lacados en blanco, con una nube azulina y una luna amarilla, sus paredes amarillas empapeladas y cientos de osos de *Tuc-Tuc*.

—¿Cientos de osos? —pregunté riendo—¿Tú no serás un poco exagerada?

—Bueno un poco, pero di la verdad, ¿no te has traído todos los que había en la tienda?

—Eso sí es cierto. No he podido evitarlo...

—Ni tenías por qué—añadió Thiago que acababa de unirse a la conversación.

—Además, el otro día, la abuela de Thiago, Felisa, nos dio unos cuadros que ella misma pintó para el cuarto de su nieto cuando nació y que después guardó como oro en paño. Son una reliquia familiar, una verdadera preciosidad y ya los hemos colgado. Ahora serán para su bisnieto.

—Sí, y, de hecho, mi abuela quiso dárnoslos a Silvia y a mí cuando nació Nico, pero ella le dijo, en un alarde de sensibilidad de los suyos, que no le iban esos gestos sentimentales.

—Menudo cambio más bueno que hiciste—soltó Clara.

—¡No lo sabes tú muy bien! —añadió él.

—Bueno, cada palo que aguante su vela—añadí—A nosotros lo único que nos importa es que Nico esté bien y disfrutar de él.

—Eso es, ¿sigue entusiasmado total con la idea de su hermano? —preguntó Lola.

—Mucho, una barbaridad, y es que ya le ha cogido con más añitos y la idea de hacer de hermano mayor le vuelve loco.

—Sí y el otro día nos decía que cuando sea un muchacho, ya tenemos canguro, que él se quedará encantado con su hermano.

—Y seguro que lo hará, pero tendrá que competir con su tía Clara, que también se lo quiere quedar...

—Y con su tía Lola, no me seas tan acaparadora—ponía ella los brazos en jarra.

—¡Madre mía, Thiago! A este paso, los que no vamos a ver al niño vamos a ser tú y yo, cómo está el patio.

—Eso parece. Bueno chicas— miró a las dos y a un electricista que acababa de terminar de reparar un enchufe que estaba dando un fallo—aquí ya está todo el pescado vendido. Nos vamos a casa y nos vemos esta tarde a las ocho para la inauguración.

Salimos de allí a la hora de almorzar. Esa sobremesa no abríamos, sino que esperaríamos a la hora convenida para reunir a todos nuestros clientes y enseñarles el resultado de la obra.

Antes de pisar la calle, me giré para mirarlo todo de nuevo. Estaba realmente impecable y el

nuevo local estaba perfectamente integrado en el antiguo, logrando una total continuidad visual.

—¿Qué te parece? —me besó Thiago.

—Me parece que formamos un gran equipo—lo besé.

Llegamos a casa y, mientras él me decía que me sentara en la cocina, para que descansara un poco las piernas, recibí una llamada que me tocó la fibra sensible.

—Es la abuela Felisa—me pasó el teléfono Thiago.

—Abuelita—le dije con todo el afecto del mundo, me encantaba hablar con esa mujer que había pertenecido a mi gremio y que me parecía un gran ejemplo a seguir.

—Valeria, cariño, me ha dicho un pajarito que hoy es la inauguración de tu pastelería y yo quería darte la enhorabuena. Eres una campeona, hija.

—Abuelita, ¿y me lo dices tú? Soy yo quien te admira y lo sabes...

—Bueno, las dos hemos sido muy luchadoras, vamos a dejarlo así. Por lo visto ese local te ha quedado precioso, según dice mi nieto...

—Sí, por supuesto, pero es muy modesto, no podría haberlo hecho sin él.

—Os complementáis muy bien, hija, eso es lo bueno. Me hubiera encantado haber podido asistir a la inauguración.

—Todavía hay tiempo de que tu nieto coja el coche y te traiga en un plis...

—¡Qué más quisiera, hija! Ya estoy muy pochita y me cuesta mucho salir. Los próximos que cumpla son noventa y cinco, pero una cosa te digo...

—Dime, abuelita.

—Cuando estéis en la fiesta, me mandáis una foto al WhatsApp, que ya sabéis que con el móvil me entiendo la mar de bien...

—Eso está hecho.

Nos despedimos y me eché a reír. ¡Vaya mujer, yo la adoraba! Y era verdad, en las piernas ya no tendría destreza, pero en las manos, para escribir en el móvil, competía con los chavales del pueblo...

Thiago sirvió la comida. Se lo agradecí mucho. Ya tenía una barrigota imponente y unas ganas sensacionales de verle la carita a nuestro peque.

—¿Estás bien, mi vida? —me acarició la cabeza al ponerme el plato.

—Sí, fenomenal, lo que pasa es que me siento un poco más cansada de lo normal. Entre tu hijo y la pastelería me tienen en órbita...

—Alguien se va a ganar un masaje de piernas de esos que tanto le gustan en cuanto almorcemos—se ofreció, no podía ser más cariñoso y servicial.

—¡Sí! Me vendrá fenomenal, que esta tarde-noche, queramos o no, nos quedan unas cuantas horas en danza.

—Bueno, procuraremos que no sean demasiadas.

—Ya veremos—reí—Me hacía mucha ilusión el evento. Por cierto, no queda nadie sin avisar, ¿verdad?

Yo iba haciendo el repaso mental en mi cabeza. La inauguración estaba anunciada en las redes, por lo que esperábamos bastante afluencia de público, pero aparte, lo habíamos ido diciendo, de viva voz, a nuestros clientes habituales.

—Están avisados absolutamente todos, incluso la señora Adelina, que era la que faltaba...

—Es verdad, fue Clara hace dos días a su casa, ¿no?

—Sí y le dijo que llevaba unos días sin aparecer por el local porque había pasado un catarro fuerte, pero que ya estaba mucho mejor y que se iba a reservar hasta el momento de la fiesta, como por lo visto lo llamó.

—¿Dijo que era una fiesta? ¡Qué graciosa!

Terminamos de almorzar y el masaje que me dio Thiago me vino de perlas. Después nos echamos un rato, poniendo la alarma sobre las seis, hora que consideré prudente para arreglarme tranquila.

—No para quieto hoy, ¿no? —me preguntó Thiago antes de dormirse. Tengo la mano puesta aquí y no paro de notar sus patadas.

—Está totalmente revolucionado desde esta mañana. Yo creo que es que se ha enterado de lo de la “fiesta”, como dice la señora Adelina, y él también quiere asistir. ¡Nos ha salido fiestero el enano!

Nos dormimos una siestecita que nos supo a gloria y, prácticamente al mismo tiempo que sonaba la alarma, lo hizo el telefonillo. Era Nico que venía a quedarse con nosotros, pues también queríamos que fuera partícipe de nuestra celebración.

Llegó y, después de darnos un beso y un abrazo, se vino corriendo para poner amorosamente la carita sobre mi barriga.

—¿Qué cuenta hoy mi hermanito? —sonreía como un ángel.

—¡Hoy está hecho un guerrero total! —le puse la mano en la cabeza e hice como que lo despeinaba.

A las ocho menos cuarto, salimos los tres de la mano para la pastelería. Cuando llegamos ya estaban Clara, Lola y los chicos nuevos en la puerta, todos deseando entrar y cambiarse. Yo había comprado unos bonitos uniformes coordinados. Un rato después se unirían Sergio y Arturo, con el resto de invitados.

Abrimos y cada uno se puso a lo suyo. A las ocho en punto comenzaron a llegar todos nuestros clientes, así como un montón de caras nuevas, atraídas por la mucha publicidad que Thiago le había hecho al asunto.

Por suerte, la noche estaba buenísima y la gente iba entrando al local, pero los más jóvenes iban saliendo a la plazoleta, con sus copas, empanadas y dulces.

Mis cuatro chicos estaban haciendo una labor formidable, atendiendo a diestro y siniestro con destreza y una preciosa sonrisa en la cara. La gente estaba encantada y hablaba maravillas del local.

Todos querían saludarme y me hizo especial ilusión ver a la señora Adelina, que vino a

tocarme la barriguita.

—Se te nota ya muy bajita, este chavalín en nada está en el mundo—me sonrió.

—Eso espero, que ya tengo ganitas.

Me llamó la atención que el señor Juan estaba muy cerca de ella en todo momento, cuando, hasta donde yo sabía, solo eran conocidos como tantas otras personas en el barrio.

—Yo creo que el señor Juan te mira con buenos ojos, Adelina—le dije en voz bajita, para que nadie se enterara y mucho menos él.

—Sí, hija, lo sé. Me mira muy bien. Hace unas cuantas semanas hicimos amistad en el parque porque, como los dos estamos viudos, nos pusimos a charlar. Y, cuando he estado malita, ha venido todos los días a verme y me ha traído unos calditos y unas cosas riquísimas. Es un encanto de hombre.

—Y que se conserva muy bien, parece un galán—reí—Lo mismo que tú Adelina. Yo creo que te pretende.

—¿Tú crees, hija?

—Por su forma de mirarte, yo estoy segura.

—Ainss, por Dios, pero es que una no está ya en edad de merecer, ¿qué diría la gente?

—¿Y dónde estaba esa gente cuando te hacía falta que te cuidaran y el que iba era él, Adelina?

—Ahí tienes razón, hija.

Me hizo mucha ilusión comprobar que, a partir de ese momento, no se separaron durante el tiempo que permanecieron en la pastelería, en el que él estuvo de lo más atento con ella.

La inauguración, poca duda cabía, estaba siendo todo un éxito y, en torno a las once de la noche, me pareció un buen momento para decir que la dábamos por concluida y que abriríamos nuestras puertas al día siguiente en el horario habitual.

Una vez se hubieron ido todos, nos quedamos dentro del local las chicas, los dos camareros, Sergio, Arturo, Thiago, Nico y yo.

—Quiero hacer un brindis por mi gente—dije, levantando la única copa que sostuve en toda la noche y de la que solo di un sorbo corto, dado mi estado.

Todos levantaron su copa y yo sentí que no podía estar mejor rodeada. Los chicos nuevos tenían visos de ser buenos camareros y, en cuanto a mis niñas, ellas llevaban años demostrándome de qué pasta estaban hechas. Y a sus novios también los quería mucho.

Antes de irme para casa, me fundí con ellas en un intenso abrazo.

—¡Os quiero, preciosas! Mañana os veo temprano.

—De temprano nada, que te conozco, Orozco—me guiñó el ojo Clara.

—Vale, pues un poquito más tarde, entonces.

—Por supuesto y no te preocupes que ahora nos quedamos nosotros limpiándolo todo para que a la hora de abrir esté limpio como la patena—me sonrieron.

Les di las gracias mil veces y salí del local con mis dos chicos de la mano. La noche seguía impresionante y todos íbamos emocionados por lo bien que había salido. Incluso Nico se lo había pasado de fábula, porque muchos de los clientes habían traído a sus niños y todos los críos se habían hartado de jugar en la plazoleta.

Llegamos al portal y escuchamos la voz de Clara, tras nosotros.

—¡Valeria, te has dejado el bolso!

—Y no me dejo la cabeza porque no puedo—reí.

Fue entonces, al adelantarme para cogerlo, cuando noté agua corriendo por mis piernas.

—¡Clara cariño, llévate a Nico!

—Cariño, ¿estás bien? — Thiago palideció al no entender el sentido de mis palabras.

Señalé al suelo, en el que ya era visible lo que estaba pasando, y me sonrió.

—Clara, ¿puedes hacerte cargo de Nico esta noche?

—Naturalmente que sí—le cogió la mano, no sin antes fundirse conmigo en otro precioso abrazo—Te deseo una horita corta Valeria, por Dios manda foto en cuanto nazca.

Asentí con la cabeza y le di la mano a Thiago, que me miraba rebosando nervios y emoción por todos los poros de su piel. De esa forma, recorrimos los pocos pasos que nos separaban del coche. Camino del hospital, mientras él me decía que respirara, yo solo quería perderme en sus preciosos ojos, esos de los que un día me enamoré y en los que me gustaba verme reflejada cada

noche de mi vida, incluida aquella, que era la más especial de todas.

